



Nathan
Filer

La
LUNA
NO
ESTÁ

Lectulandia

“Te contaré lo que pasó, porque será un buen modo de presentar a mi hermano. Se llama Simon. Creo que te caerá bien. A mí me cae muy bien. Pero en pocas páginas habrá muerto. Y después nada volverá a ser igual.” La vida puede cambiar vertiginosamente en pocos segundos. Matthew Holmes tiene nueve años. Nunca se separa de su hermano mayor, Simon, al que todos tratan como si fuera menor por una enfermedad cuyo nombre Matt no recuerda. Durante unas vacaciones en Ocean Coves, Simon muere de forma accidental tras salir con Matt una noche de la caravana familiar para curiosear por los alrededores. Es algo que Matt nunca podrá olvidar y que le llevará a encerrarse en sí mismo. No sólo por el sentimiento de culpa, también por un secreto guardado que lo oprime, la presión familiar y la pérdida progresiva del sentido de la realidad. Diez años después, Matt encuentra fuerzas para volver a empezar. Exterioriza su historia en todo tipo de medios, desde un ordenador a una vieja máquina de escribir, cuando no es a mano. Su gran ayuda es la abuela Noo, pero sobre todo Annabelle y el recuerdo de Simon que “tenía una cara grande y redonda, siempre sonriente, que me recordaba la luna.” Un relato esperanzador que nos recuerda que las tragedias, aunque necesitamos olvidarlas para poder sobrevivir, afrontadas debidamente también nos pueden ayudar a crecer como personas. Una historia de amor y esperanza, de perdón y comprensión. Una novela emocionante y dramática, pero también divertida, sobre la aventura de un niño que encuentra el valor para luchar contra sus propios monstruos y madurar hasta convertirse en hombre.

Lectulandia

Nathan Filer

La luna no está

ePub r1.0

17ramsor 06.06.14

Título original: *The Shock of the Fall*
Nathan Filer, 2013
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Emily

la niña y su muñeca

Tengo que decir que no soy buena gente. A veces lo intento, pero en general no lo soy. Por eso, cuando me tocó taparme los ojos y contar hasta cien, hice trampa.

Estaba donde tenía que quedarse el que se la ligaba, al lado de los contenedores de basura, cerca de la tienda donde vendían barbacoas de usar y tirar y clavijas de repuesto para las tiendas de campaña. Y cerca también de una zona donde la hierba está muy alta, escondido detrás de un grifo.

Pero no recuerdo que estuviera allí. En realidad no lo recuerdo. Uno no siempre se acuerda de esos detalles, ¿o sí? Uno no se acuerda de si estaba al lado de los contenedores o un poco más arriba, cerca de las casetas de las duchas, y si de verdad es ahí donde está el grifo.

No oigo ahora los graznidos frenéticos de las gaviotas, ni noto el sabor del aire salado. No siento el calor del sol de la tarde, ni el sudor en la rodilla por debajo de la venda blanca y limpia que me habían puesto, ni el picor del protector solar en los arañazos y en las costras. No consigo revivir la vaga sensación de que me habían abandonado. Y tampoco, por la cuenta que me trae, recuerdo que decidiese hacer trampa y abrir los ojos.

Parecía de mi edad. Era pelirroja y tenía la cara llena de pecas. Llevaba un vestido de color crema, con el dobladillo manchado después de arrodillarse en la tierra, y una muñeca de trapo apretada contra el pecho: una muñeca con la cara rosa y sucia, el pelo de lana marrón y dos botones negros y brillantes a modo de ojos.

Lo primero que hizo fue dejar la muñeca a su lado, acostarla con mucho cuidado en la hierba crecida. Parecía muy cómoda, la muñeca, con los brazos a lo largo de los costados y la cabeza un poco incorporada. Al menos a mí me pareció que estaba muy cómoda.

Estaba muy cerca de la niña, y oí el ruido que hacía al arañar la tierra, cuando empezó a hacer un hoyo con un palo. Ella no me vio, ni siquiera cuando lanzó el palo, que aterrizó rozándome los dedos de los pies, porque los llevaba al aire, con esas absurdas chanclas de goma. Yo prefería ponerme las deportivas, pero mi madre es así. ¡Las deportivas, un día tan bueno! ¡Ni hablar! Así es ella.

Una avispa revoloteaba alrededor de mi cabeza, y normalmente eso habría bastado para que me pusiera a dar saltos y manotazos, pero esta vez no me lo permití. Me quedé muy quieto, porque no quería molestar a la niña, no quería que me viese. Siguió cavando con los dedos y sacando la tierra seca con las manos, hasta que terminó de hacer el hoyo. Entonces se limpió las manos lo mejor que pudo, cogió su muñeca y le dio dos besos.

Esto es lo que mejor recuerdo: los dos besos. Uno en la frente y otro en la mejilla.

Se me ha olvidado decir que la muñeca llevaba un abrigo. Era amarillo, con una hebilla de plástico negra. Es un detalle importante, porque lo siguiente que hizo la niña fue desabrochar la hebilla y quitarle el abrigo. Lo hizo muy deprisa y se guardó el abrigo debajo del vestido.

A veces, como ahora, cuando me acuerdo de esos dos besos, casi me parece que llego a sentirlos.

Uno en la frente.

Otro en la mejilla.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo con tanta claridad, porque se ha confundido con otros muchos recuerdos, y lo he repasado tantas veces, de tantas maneras distintas, que ya no soy capaz de distinguir lo real de lo imaginado, ni siquiera estoy seguro de que haya alguna diferencia. Por eso no sé exactamente cuándo empezó a llorar o si ya estaba llorando. Y tampoco sé si dudó antes de arrojar el último puñado de tierra. Lo que sí sé es que cuando terminó de enterrar a la muñeca y de aplastar la tierra con las manos, estaba inclinada, estrechando el abrigo amarillo de la muñeca contra su pecho y llorando.

Cuando tienes nueve años, no es fácil consolar a una niña. Menos aún si no la conoces o no sabes qué le pasa.

Lo intenté como pude.

Pensé pasarle un brazo por encima de los hombros, como hacía mi padre con mi madre cuando salíamos a dar un paseo, y di el primer paso, pero dudé un momento y no fui capaz ni de arrodillarme a su lado ni de quedarme de pie. Hice un movimiento torpe, a medio camino entre las dos cosas, y perdí el equilibrio. Me caí a cámara lenta, y la primera noticia que la niña tuvo de mí fue que aterricé encima de ella y le aplasté un poco la cara contra la tumba recién cavada. Sigo sin saber qué tendría que haber dicho para consolarla, aunque lo he pensado mucho. Al verme en el suelo, con la punta de la nariz casi rozando la suya, dije:

—Soy Matthew. ¿Cómo te llamas?

Tardó un rato en contestar. Ladeó la cabeza para verme mejor y, al moverse, un mechón de su pelo largo se me metió en la boca, me rozó la lengua y volvió a salir muy deprisa.

—Soy Annabelle.

La niña pelirroja y con cientos de pecas se llamaba Annabelle. Intenta acordarte de eso. Aférrate a eso con independencia de todo lo demás que pueda ocurrir en la vida, entre todas las cosas que prefieres olvidar. Guárdalo a buen recaudo en alguna parte.

Me levanté. La venda que llevaba en la rodilla se había manchado de tierra. Le dije que estábamos jugando al escondite y que podía jugar si quería. Pero me interrumpió. Me habló muy tranquila, sin enfadarse ni alterarse. Y esto fue lo que dijo:

—No eres bienvenido aquí, Matthew.

—¿Qué?

No me miró. Se apoyó en la tierra con las rodillas, se quedó mirando el pequeño montón de tierra removida y volvió a aplastarlo hasta que quedó perfecto.

—Este cámping es de mi padre. Vivo aquí y no eres bienvenido. Vete a tu casa.

—Pero...

—¡Piérdete!

Al momento se había incorporado y estaba por encima de mí sacando pecho, como un animal que intenta parecer más grande de lo que es.

—Piérdete —repitió—. No eres bienvenido.

Una gaviota lanzó una risotada burlona.

—Lo has estropeado todo —gritó Annabelle.

Era demasiado tarde para explicarme. Cuando volví al camino, vi que había vuelto a arrodillarse y se cubría la cara con el abrigo amarillo de la muñeca.

Los demás niños estaban gritando, llamándome para que los encontrara. Pero no fui a buscarlos. Pasé por delante de las casetas de las duchas, por delante de la tienda, atajé por el parque y corrí con todas mis fuerzas, sintiendo el golpeteo de las chanclas en el asfalto caliente. No me permití parar, ni siquiera me permití aflojar el paso hasta que estuve cerca de nuestra caravana y vi a mi madre en la hamaca. Llevaba puesto su sombrero de paja y estaba mirando el mar. Me sonrió y me saludó con la mano, pero yo sabía que seguía enfadada conmigo. Habíamos tenido un percance unos días antes. Es absurdo, porque yo fui el único perjudicado y las heridas ya casi se me habían curado, pero a mis padres a veces les cuesta pasar por alto las cosas.

A mamá sobre todo. Es rencorosa.

Creo que yo también lo soy.

Te contaré lo que pasó, porque será un buen modo de presentar a mi hermano. Se llama Simon. Creo que te caerá bien. A mí me cae muy bien. Pero en pocas páginas habrá muerto. Y después nada volverá a ser igual.

Cuando llegamos al cámping de Ocean Cove, aburridos del viaje y con muchas ganas de explorar los alrededores, nos dijeron que podíamos ir a donde quisiéramos dentro del recinto, pero nos prohibieron ir solos a la playa, porque el camino es muy empinado y está lleno de agujeros. Además, para llegar al camino, hay que recorrer un trecho de la carretera principal. Nuestros padres eran de los que se preocupan por esas cosas: por los caminos y las carreteras. Yo decidí ir a la playa de todos modos. Muchas veces hacía cosas prohibidas, y mi hermano me seguía. Si no hubiera decidido llamar a esta parte de mi historia **la niña y su muñeca**, podría haberla llamado **el golpe de la caída y la sangre en la rodilla**, porque eso también fue importante.

Me caí y me hice sangre en la rodilla. Nunca he sido capaz de soportar el dolor.

Es algo que odio de mí. Soy un llorica. Cuando Simon me alcanzó, en un recodo del camino donde las raíces que asomaban de la tierra se enredaban en los tobillos incautos, me encontró llorando como un niño de teta.

Se asustó tanto que casi fue divertido. Simon tenía una cara grande y redonda, siempre sonriente, que me recordaba la luna. Pero en ese momento estaba preocupado que te cagas.

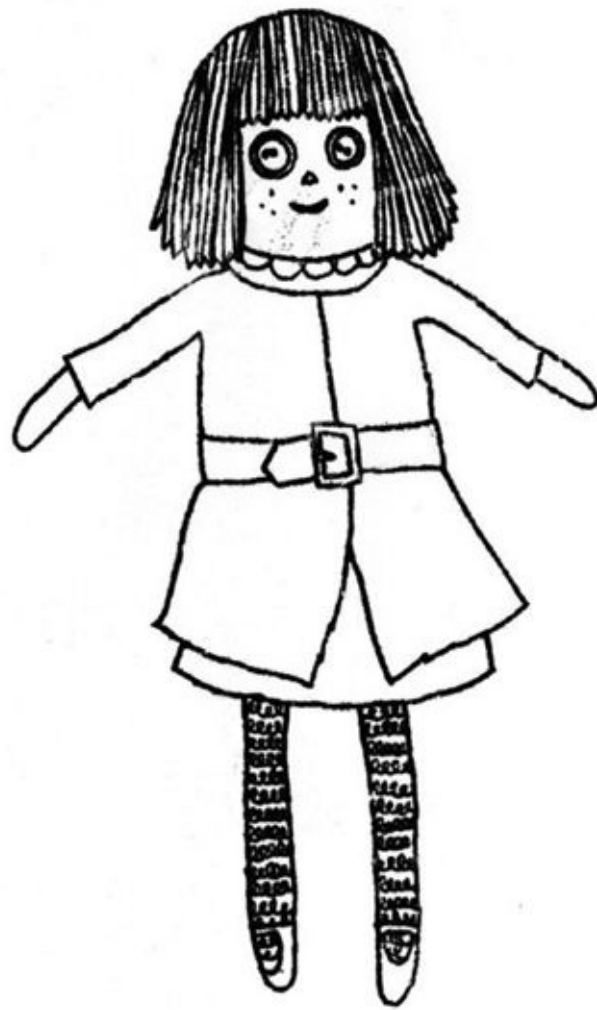
¿Qué hizo Simon? Me cogió en brazos y me llevó paso a paso por el camino del acantilado y casi otro medio kilómetro hasta la caravana. Hizo eso por mí.

Creo que un par de adultos quisieron ayudarnos, pero lo que interesa saber de Simon es que era un poco distinto de todo el mundo. Iba a un colegio especial donde le enseñaban cosas básicas, como no hablar con desconocidos; por eso, cuando se sentía inseguro o le entraba el pánico, echaba mano de esas lecciones. Así funcionaba Simon.

Me llevó en brazos, a pesar de que no era fuerte. Ése era uno de los síntomas de su enfermedad: la debilidad muscular. Tiene un nombre del que ahora no me acuerdo, pero lo buscaré si tengo ocasión. Eso significaba que el paseo conmigo en brazos casi mata a mi hermano. Cuando volvimos a la caravana, se pasó el resto del día en la cama.

Éstas son las tres cosas que mejor recuerdo de cuando Simon me llevó en brazos:

- 1/ Que mi barbilla chocaba contra su hombro mientras andaba. Me preocupó hacerle daño, pero estaba demasiado absorto en mi propio dolor para decir nada.
- 2/ Que le besé el hombro para curárselo, como haces cuando eres pequeño y crees que eso funciona de verdad. Creo que no se dio cuenta, porque la barbilla no dejaba de chocar a cada paso, y, cada vez que lo besaba, en lugar de la barbilla le clavaba los dientes, así que probablemente le hacía más daño.
- 3/ Chsss, chsss. No te preocupes. Eso dijo cuando me dejó delante de la caravana y entró corriendo a avisar a mamá. No sé si he sido suficientemente claro: Simon no era fuerte. Llevarme así fue el mayor esfuerzo que había hecho en su vida, y sin embargo intentó consolarme. Chsss, chsss. No te preocupes. ¡Parecía tan mayor, tan cariñoso y tan seguro! Por primera vez en la vida sentí de verdad que tenía un hermano mayor. En los pocos segundos que tardó mamá en salir, mientras me acunaba la rodilla y me miraba la herida sucia y manchada de tierra, convencido de que veía el hueso, durante esos pocos segundos, me sentí completamente a salvo.



Mamá me lavó la herida, me la vendó y después me gritó por haber puesto a Simon en una situación tan peligrosa. Papá también me gritó. Hubo un momento en que los dos me gritaron a la vez y no sabía muy bien a quién mirar. Así fue. Aunque mi hermano era tres años mayor, yo siempre era el responsable de todo. A veces le guardaba rencor por eso. Pero esta vez no. Esta vez era mi héroe.

Bueno, ésta es mi historia para presentar a Simon. Y también es la razón por la que mamá seguía enfadada conmigo cuando llegué, sin aliento, a nuestra caravana, tratando de explicarme lo que acababa de ocurrir con la niña y su muñeca de trapo.

—Estás pálido, cielo.

Siempre dice que estoy pálido, mi madre. Últimamente lo dice a todas horas. No recuerdo si en ese momento también lo dijo. Se me ha olvidado por completo que siempre me decía que estaba pálido.

—Siento mucho lo del otro día, mamá. —Lo sentía de verdad. Le había dado muchas vueltas a cómo tuvo que llevarme Simon y a lo asustado que estaba.

—No pasa nada, cielo. Estamos de vacaciones. Pásalo bien. Tu padre ha bajado a la playa con Simon. Se han llevado la cometa. ¿Vamos con ellos?

—Creo que prefiero quedarme aquí. Hace mucho calor. Voy a ver la tele.

—¿Un día tan bonito como hoy? ¡Ay, Matthew! ¿Qué vamos a hacer contigo?

Lo dijo con cariño, como si en realidad no hubiese ninguna necesidad de hacer nada conmigo. A veces era así de buena. Definitivamente era capaz de ser así de buena.

—No lo sé, mamá. Siento lo del otro día. Lo siento mucho.

—Ya está olvidado, cielo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Anda, vamos a volar la cometa.

—No me apetece.

—No vas a ver la tele, Matt.

—Estoy en mitad de un juego de escondite.

—¿Te estás escondiendo?

—No. Me la ligo yo. Tendría que estar buscándolos.

Pero los demás se habían hartado de esperar que los encontrase y se habían dividido en grupos más pequeños para jugar a otras cosas. Yo no tenía ganas de jugar y estuve dando vueltas hasta que volví al sitio donde había visto a la niña. La niña ya no estaba. Sólo quedaba el montón de tierra, decorado con un ramo de margaritas y botones de oro, y dos palos en forma de cruz para marcar la tumba.

Me dio mucha pena. Todavía me da pena cuando me acuerdo. De todos modos, tengo que irme. Jeanette, la del grupo de arte, me está haciendo esos gestos de pájaro nervioso: está revoloteando al final del pasillo para llamar mi atención.

El papel maché no se hace solo.

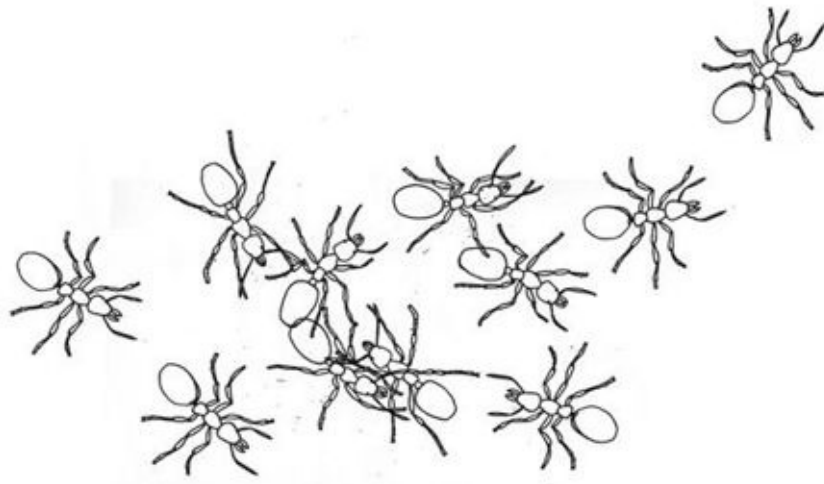
Tengo que irme.

retratos de familia

Lo siguiente fue que mamá subió el volumen de la radio para que no la oyese llorar.

Era una tontería. La oía de todos modos. Estaba sentado en el asiento de atrás y ella lloraba con mucha fuerza. Mi padre hacía lo mismo. Lloraba mientras conducía. Sinceramente, no recuerdo si yo también estaba llorando, aunque creo que es probable. Además, parecía que tenía la obligación de llorar. Me toqué las mejillas y resultó que estaban secas. No estaba llorando.

Eso es lo que significa quedarse de piedra, ¿no? «Me quedé tan petrificado que ni siquiera podía llorar», se oye decir a veces a la gente en la tele. En esos programas del corazón o lo que sea. No era capaz de sentir nada, explican. Estaba completamente petrificado. Y el público asiente con compasión, como si todos hubieran vivido la misma experiencia y conocieran perfectamente la sensación. A mí me pasó lo mismo, pero en ese momento me sentí muy culpable. Escondí la cabeza entre las manos para que si mamá o papá se volvían a mirarme pensarán que estaba llorando con ellos.



No me miraron. No recibí un solo apretón de consuelo en la pierna, ni me tranquilizaron diciendo que no pasaba nada. Nadie me susurró: Chsss, chsss.

Supe que estaba completamente solo.

Fue un descubrimiento muy extraño.

El DJ, en la radio, estaba presentando una canción nueva, con mucho entusiasmo, como si fuera la mejor canción de todos los tiempos y el hecho de presentarla diera sentido a su vida. Para mí nada tenía sentido. No entendía por qué estaba tan contento el DJ cuando acababa de ocurrir una desgracia. Ése fue mi primer pensamiento consciente. Es lo que recuerdo que estaba pensando cuando de pronto tuve la sensación de despertar bruscamente. No soy capaz de describirlo mejor, aunque en realidad no me había quedado dormido.

Los recuerdos se escapaban, como un sueño cuando abrimos los ojos. Se parecía mucho a eso. Sólo conservaba fragmentos: la noche, carreras, la policía en alguna parte.

Y Simon estaba muerto.

Mi hermano estaba muerto.

No era capaz de aceptarlo. No sería capaz de aceptarlo hasta mucho tiempo después.

Todavía sigo sin poder hablar de eso. Tengo la oportunidad de solucionarlo y tengo que hacerlo con mucho cuidado. Desenvolverlo todo poco a poco, para saber cómo volver a envolverlo si me siento desbordado. Y todo el mundo sabe que para desenvolver algo como es debido, lo mejor es seguir los pliegues.

* * *

Mi abuela, la madre de mi madre, a la que llamamos la abuela Noo, lee novelas de Danielle Steel y Catherine Cookson, y cada vez que consigue una nueva, lo primero que hace es leer la última página.

Siempre hace lo mismo.

Fui a pasar unos días con ella. Sólo la primera semana, más o menos. Fue una semana muy triste y puede que también fuese la más solitaria de mi vida. Me parece imposible sentirse más solo, aunque el abuelo y la abuela Noo estaban allí para hacerme compañía.

Seguramente no conoces a mi abuelo. Si lo conocieras sabrías que es un jardinero de primera, sólo que no tiene un jardín. Tiene gracia, si lo piensas. En realidad no tiene ninguna gracia. Tiene alquilada una parcela, no muy lejos de su casa yendo en coche, y allí cultiva verduras y hierbas, como el romero y otras que siempre se me

olvidan.

Esa semana pasamos siglos en el huerto. A veces yo lo ayudaba a quitar hierbajos, otras veces me sentaba en el borde de la parcela a jugar al Donkey Kong en mi Game Boy Color, aunque con el volumen apagado. La mayor parte del tiempo la pasaba dando vueltas y levantando las piedras para observar a los insectos. Lo que más me gustaba eran las hormigas. Simon y yo siempre buscábamos hormigueros en el jardín de casa. A Simon le parecían inteligentísimas y le suplicaba a mamá que le dejase tener una granja de hormigas en su habitación. Normalmente se salía con la suya, pero en este caso no lo consiguió.

Mi abuelo me ayudaba a levantar las losas más grandes para buscar los hormigueros. En cuanto levantábamos la piedra, las hormigas se volvían locas: empezaban a escabullirse, transmitiéndose mensajes secretos, y enterraban los diminutos huevos, blancos y amarillos, en un lugar seguro.

En un par de minutos la tierra se quedaba desierta. Como mucho quedaban algunas cochinillas merodeando con torpeza y sin entender a qué venía tanto revuelo. A veces yo metía una ramita en los agujeros, y una docena de hormigas soldado respondía a la ofensiva al instante, dispuesta a dar la vida por la colonia. Y eso que nunca les hacía daño. Sólo quería mirar.

Cuando mi abuelo terminaba de arrancar hierbajos, de recoger la verdura o de plantar, volvíamos a colocar la piedra en su sitio y nos íbamos a casa. No recuerdo que hablásemos nunca. Sé que por fuerza tuvimos que hablar, pero lo que dijimos se me ha escapado por completo, igual que se escapaban las hormigas para refugiarse en el hormiguero.

Mi abuela Noo cocinaba muy bien. Es de esas personas que quiere darte de comer en cuanto entras por la puerta y no deja de alimentarte hasta que te marchas. Incluso te prepara un sándwich de jamón en un segundo para el viaje.

Vivir así es agradable. Creo que las personas que son generosas con la comida son además bondadosas. Pero la semana que pasé con ellos se me hizo muy difícil, porque no tenía ganas de comer. Tenía el estómago revuelto casi siempre, y una o dos veces llegué a vomitar. Para mi abuela también fue difícil, porque cuando no conseguía resolver un problema a través del estómago, con un cuenco de sopa o un poco de pollo asado o una rebanada de bizcocho, se sentía perdida. Una vez la espíe: estaba en la cocina, inclinada sobre los platos que yo no había tocado, sollozando.

Lo peor era el momento de acostarse. Yo dormía en el cuarto de invitados, que nunca está del todo a oscuras, porque las cortinas son muy finas y hay una farola pegada a la ventana. Me pasaba siglos despierto todas las noches, envuelto en la penumbra y con ganas de volver a casa, sin saber si algún día podría.

—¿Puedo dormir aquí esta noche, abuela?

Ella no se movía, así que me acercaba despacio y levantaba la colcha. Mi abuela

Noo tiene una manta eléctrica, porque se le mete el frío en los huesos. Esa noche no hacía frío y no había encendido la manta. Lo siguiente que recuerdo es que se me escapó un grito, aunque bajito, al clavarme en el pie el enchufe que estaba en el suelo.

—¿Cariño?

—¿Estás despierta, abuela?

—Calla, no despiertes al abuelo.

Levantó la colcha y me acosté a su lado.

—He pisado el enchufe —dije—. Me duele un poco el pie.

Sentía el aliento cálido de mi abuela en el oído y oía los ronquidos acompasados de mi abuelo.

—No me acuerdo de nada —dije por fin—. No sé qué pasó. No sé qué hice.

Quería decir al menos eso. No podía pensar en otra cosa y necesitaba contarlo desesperadamente, pero no podía. Sentía el aliento de mi abuela en el oído.

—Has pisado el enchufe. ¡Pobrecito mío! Te duele el pie.

Cuando volví a casa estábamos solos mamá, papá y yo. La primera noche nos sentamos en el sofá verde, como hacíamos siempre, porque Simon prefería sentarse en la alfombra con las piernas cruzadas, pegado a la tele.

Ése era nuestro retrato de familia. No es precisamente una escena que pienses que algún día echarás de menos. Puede que ni siquiera te des cuenta de las miles de veces que te has sentado en el sofá verde entre tu madre y tu padre, con tu hermano mayor en la alfombra, delante de la tele. Puede que ni siquiera te fijaras en eso.

Pero notas que él ya no está. Notas la cantidad de sitios en los que no está y oyes la cantidad de cosas que no dice.

Eso me pasa.

Lo oigo a todas horas.

Mamá encendió la tele cuando estaba a punto de empezar EastEnders. Era una especie de ritual. Hasta lo grabábamos en vídeo cuando no estábamos en casa. Era divertido, porque Simon estaba coladito por Bianca. Nos metíamos con él y le decíamos que Ricky le iba a dar una paliza. Lo decíamos en broma, claro. Él se reía mucho y daba volteretas en la alfombra. Tenía esa risa que se llama contagiosa. Cuando se reía, todo parecía un poco mejor.

No sé si tú verás EastEnders, ni siquiera sé si, aunque lo veas, te acuerdes de un episodio que pusieron hace mucho tiempo. Yo no lo he olvidado. Recuerdo que estaba en el sofá, viendo cómo todas las mentiras y los engaños de Bianca, que se acostaba con el novio de su madre y muchas otras cosas, llegaban por fin a una amarga conclusión. Fue el episodio en que Bianca se marchaba de Walford.

Nos quedamos mucho rato en silencio cuando terminó el capítulo. Ni siquiera nos movimos. Empezaron y terminaron otros programas, hasta bien entrada la noche. Éste era nuestro retrato de familia: los tres en el sofá, mirando el espacio de la

alfombra donde siempre se sentaba Simon.

POR FAVOR DEJA DE LEER POR ENCIMA DE MI HOMBRO

Se empeña en leer por encima de mi hombro. Ya es bastante difícil concentrarse aquí para que encima vengan a leer por encima de tu hombro.

Tuve que escribir un cartel con mayúsculas para que el mensaje llegara a su destino. Dio resultado, pero ahora me siento mal. Fue la estudiante de trabajo social la que se puso a leer por encima de mi hombro, una chica muy joven, con aliento de olor a menta y unos pendientes de oro muy grandes. Es muy guapa.

El caso es que se ha ido brincando por el pasillo, tan contenta, como si nada, pero sé que le he hecho pasar vergüenza, porque la gente sólo brinca así y parece tan contenta cuando está avergonzada. Cuando no pasamos vergüenza no necesitamos dar brincos, nos basta con caminar.

De todos modos me alegro de poder utilizar este ordenador. Lo usé una vez en una sesión, con el terapeuta ocupacional. Se llama Steve, y no creo que vuelva a hablar de él. Se contentó con que yo no intentase comerme el teclado, o lo que sea que les preocupe, y me dijo que podía utilizarlo para escribir. Eso sí, todavía no me ha dado la contraseña, así que tengo que pedirle permiso cada vez que quiero entrar, y sólo nos dan cuarenta minutos. Así son las cosas aquí: cuarenta minutos para esto y cuarenta minutos para lo otro. Sin embargo, siento haber hecho pasar vergüenza a esa chica. Lo siento de verdad. No me gustan nada esas cosas.

pataleos y lloros

No tenía obligación de asistir al entierro de mi hermano, pero fui de todos modos. Me puse una camisa blanca de poliéster, que picaba una barbaridad alrededor del cuello, y una corbata negra de esas que se cierran con un corchete. La iglesia retumbaba cada vez que alguien tosía, y después del funeral hubo panecillos con nata y mermelada. No recuerdo nada más.

Tengo que frenar un poco. Suelo precipitarme cuando estoy nervioso. Me pasa lo mismo cuando hablo, y es raro, porque parece que eso es propio de hombrecillos que están muy pirados y hablan a toda pastilla. Yo mido un metro ochenta y tres, y es posible que todavía esté creciendo. Tengo diecinueve años, así que es posible que ya no crezca más. Lo que está claro es que crezco a lo ancho. Estoy mucho más gordo de lo que debería. La culpa la tiene la medicación: es uno de sus efectos secundarios.

El caso es que hablo muy deprisa. Me atropello con las palabras que me resultan incómodas y eso es lo que me está pasando ahora mismo.

Tengo que frenar, porque quiero explicar cómo se frenó mi mundo. También quiero decir que la vida tiene una forma y un tamaño, y que puede amoldarse para que quepa dentro de algo pequeño, como una casa.

Lo primero que quiero contar es lo silencioso que se quedó todo. Eso fue lo primero que noté, como si alguien bajase el volumen casi al mínimo, y todos sintiésemos que teníamos que hablar en susurros. No sólo mamá y papá, también la gente que venía a vernos: como si algo terrible estuviese dormido en un rincón de la habitación y nadie se atreviera a despertarlo.

Me refiero a gente de mi familia, a mis tíos y mis abuelos. Mis padres nunca fueron de los que tienen montones de amigos. Yo tenía algunos, pero todos estaban en el colegio. Eso fue la otra cosa que ocurrió. No sé si me estoy precipitando otra vez, pero voy a contarte en un momento cómo dejé de ir al colegio, porque es importante y porque es algo que pasó de verdad. La mayor parte de la vida no es nada. La mayor parte de la vida es sólo el paso del tiempo y una buena parte del tiempo la pasamos dormidos.

Cuando estoy muy medicado, duermo dieciocho horas al día. En esas fases me interesan mucho más mis sueños que la realidad, porque ocupan mucho más tiempo. Si tengo sueños agradables, la vida me parece que está bien. Cuando la medicación no funciona según lo previsto o cuando decido no tomarla, paso más tiempo despierto, pero mis sueños se las arreglan para perseguirme.

Es como si todos tuviésemos una pared que separa nuestros sueños de la realidad, y mi pared tiene grietas. Los sueños pueden colarse por ellas, hasta que es difícil distinguir lo uno de lo otro.

A veces

la
pared
se rompe
por completo.
Es entonces
cuando
aparecen
las pesadillas.

Pero me estoy distraendo.

Siempre me distraigo. Tengo que concentrarme, porque quiero contar muchas cosas, por ejemplo, lo que pasó con el colegio. Terminó el verano. Estaba a punto de terminar el mes de septiembre y yo no había vuelto a clase. Había que tomar una decisión.

El director del colegio llamó por teléfono y oí la mitad de la conversación de mi madre desde **la escalera de vigilancia**. En realidad no parecía una conversación. Básicamente ella se limitó a dar las gracias un montón de veces. Después me llamó para que cogiera el teléfono.

Fue raro, porque yo nunca había hablado con el director en el colegio. Quiero decir que los alumnos sólo hablan con sus profesores. No estoy seguro de que hubiese hablado una sola vez con el director, y de pronto ahí estaba, al otro lado del teléfono:

—Hola, Matthew, soy el señor Rogers.

—Hola, señor —acerté a decir. Mi voz se volvió de pronto muy pequeña. Esperé a que él dijese algo más, y mamá me estrujó el hombro.

—He estado hablando con tu madre, pero quería hablar también contigo. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Sé que estás pasando por un momento muy difícil y muy triste. No puedo imaginarme lo duro que debe ser.

Yo no contesté, porque no sabía qué decir, y hubo un silencio muy largo. Cuando empecé a decir que sí, que era muy duro, el señor Rogers se puso a hablar al mismo tiempo y repitió que era muy triste. Entonces nos callamos los dos para dejar hablar al otro y ninguno dijo nada. Mamá me acarició los hombros. A mí nunca se me había dado bien hablar por teléfono.

—Matthew, no quiero insistir, porque sé lo difícil que es esto. Sólo quería decirte que todos pensamos en ti y que te echamos de menos. Que te tomes todo el tiempo que necesites y que te recibiremos con mucho cariño cuando quieras volver. No tengas miedo.

Fue raro que dijera eso porque hasta entonces yo no había tenido miedo. Tenía un montón de sensaciones que no lograba entender bien, pero no tenía miedo. Y al decir eso él, de repente tuve miedo. Le di las gracias varias veces, yo también, y mi madre me miró con una sonrisa muy leve que no llegó a iluminar sus ojos.

—¿Quiere hablar con mi madre otra vez?

—Creo que ya hemos terminado por ahora —dijo el señor Rogers—. Sólo quería hablar contigo un momento. Nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

Colgué el teléfono con un chasquido.

No nos vimos pronto. No volví al colegio en mucho tiempo y no volví a ese colegio. No sé cómo se tomaron las decisiones. Es lo que pasa cuando tienes nueve años, que no te cuentan nada. Si van a sacarte del colegio, nadie te explica por qué. Nadie tiene nada que decirte. Yo creo, sin embargo, que la mayoría de las cosas que hacemos las hacemos por miedo. Creo que mi madre tenía mucho miedo de perderme. Creo que fue por eso. Pero no quiero meterte mis propias ideas en la cabeza.

Los padres pueden decidir que sus hijos dejen de ir al colegio y se queden estudiando en la mesa de la cocina. Les basta con escribir una carta al director y ya está. Ni siquiera hace falta que sean profesores, aunque mi madre lo era. Más o menos. Debería hablarte de mi madre, porque es posible que no la conozcas.

Es delgada y pálida, y tiene las manos frías. Tiene la barbilla muy ancha, y eso no le gusta nada. Olisquea la leche antes de beberla. Me quiere. Y está loca. Con eso basta por el momento.

Digo que era más o menos profesora porque en un momento estuvo a punto de serlo. Quería quedarse embarazada, pero había complicaciones y los médicos le dijeron que no podía tener hijos. Lo sé, aunque no recuerdo que nadie me lo contara. Creo que quería ser profesora para dar algún sentido a su vida, o para distraerse. No me parece que haya mucha diferencia.

El caso es que se matriculó en una universidad para ser profesora. Después se quedó embarazada de Simon, y sus planes se desbarataron, como suele ocurrir.

Sin embargo, llegó a ser mi profesora. Todos los días laborables, cuando mi padre se iba a trabajar, empezaba nuestra jornada escolar. Primero despejábamos entre los dos la mesa del desayuno y apilábamos los platos y los cuencos en el fregadero para que mi madre los lavase mientras yo sacaba los libros y los cuadernos. Por aquel entonces yo era un chico listo. Creo que mi madre se sorprendió mucho.

Cuando estaba vivo, Simon era como una esponja que absorbía toda la atención. No es que lo hiciese adrede, pero así son los que tienen necesidades especiales: exigen más de su entorno. Yo pasaba desapercibido. Pero, al sentarse conmigo en la mesa de la cocina, mamá se fijó en mí. Habría sido más fácil para ella que yo hubiese sido tonto. Esto se me acaba de ocurrir ahora mismo, mientras escribo, pero creo que

es cierto. Al final de cada tema de los libros de ciencias, mates y francés había una página de ejercicios, y cuando yo los hacía todos bien mi madre se quedaba mucho rato callada. Cuando los hacía casi bien, pero me equivocaba en algo, me animaba y me explicaba con mucho cariño los errores que había cometido. Eso era raro, y empecé a equivocarme aposta.

Nunca salíamos de casa y nunca hablábamos de nada más que de los estudios. Eso también era raro, porque mamá no se portaba como una profesora. A veces me daba un beso en la frente o me acariciaba el pelo, o lo que fuese. Pero no hablábamos de nada más que de lo que venía en los libros. Y exactamente así pasaron los días durante mucho tiempo, aunque no soy capaz de decir exactamente si fueron semanas o meses. Se mezclaban los unos con los otros, formando un momento continuo: yo sentado en la mesa de la cocina, haciendo los ejercicios, y mamá explicándome los errores deliberados.

A eso me refiero cuando digo que mi mundo se frenó. Es difícil explicarlo, porque en realidad bastan un par de páginas para describir cómo eran los días, pero es el día a día lo que lleva tanto tiempo.

Cuando terminaba de estudiar veía dibujos animados o jugaba con la Nintendo. A veces subía al piso de arriba y pegaba la oreja a la puerta del dormitorio de Simon. A veces mataba el tiempo así. Nunca hablábamos de eso tampoco. Mamá preparaba la cena y esperábamos a que papá volviese. Debería hablarte de mi padre, porque es posible que no lo conozcas.

Es alto y grande, y está un poco encorvado. Lleva una cazadora de cuero, porque antes era motorista. Me llama *mon ami*. Y me quiere mucho. Con eso basta por el momento.

He dicho que mi madre está loca. Eso he dicho. Claro que puede ser que tú no lo veas. Quiero decir que nada de lo que te he contado de ella demuestra que está loca. Sin embargo, hay muchas formas de locura. Para empezar, hay locuras que no lo parecen, que llaman a la puerta con mucha educación y, si las dejas entrar, se sientan en un rincón sin alborotar... y crecen. Un día, puede que muchos meses después de tomar la decisión de sacar a tu hijo del colegio y aislarlo en una casa por razones que se pierden en tu propio dolor, un día, esa locura empieza a moverse en su rincón y dice:

—¡Estás pálido!

—¿Qué?

—Estás pálido. Me parece que no estás bien, cariño. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí. Sólo tengo la garganta un poco irritada.

—Déjame ver. —Me puso la mano en la frente—. ¡Ay, cielo! Estás caliente. Estás ardiendo.

—¿De verdad? Me encuentro bien.

—Hace algunos días que estás pálido. No tomas el sol lo suficiente.

—¡Nunca salimos! —protesté. No quería protestar, pero me salió así. Tampoco era justo, porque a veces salíamos. No es que me tuviera prisionero.

De todos modos, salíamos poco. Nunca sin papá. Supongo que por eso he dicho que la vida puede encoger hasta que cabe dentro de una casa. Supongo que soy un desagradecido. Mamá debió de pensar eso, porque de repente me miró como si le hubiese escupido o algo por el estilo. Pero enseguida me habló con mucho cariño.

—¿Salimos a dar un paseo? —dijo—. Podemos pasar a ver al doctor Marlow, para que te mire la garganta.

No hacía frío, pero cogió mi anorak naranja del perchero, me subió la cremallera hasta la barbilla y me puso la capucha. Salimos a la calle.

Para ir al ambulatorio desde casa había que pasar por delante de mi colegio. Mejor dicho, del que antes era mi colegio. Mamá me dio la mano para cruzar la calle y, al torcer la esquina, oí a lo lejos los gritos y las risas que llegaban desde el patio. Creo que me resistí. No recuerdo que lo hiciera a propósito, pero debí de hacerlo porque, a medida que nos acercábamos, mi madre me sujetó de la muñeca con fuerza y tuvo que arrastrarme.

—Quiero volver a casa, mamá.

Pero no volvimos. Pasamos por delante de la verja del colegio. Ella casi iba tirando de mí y yo llevaba la estúpida capucha como un idiota, por encima de los ojos.

—¿Eres tú, Matthew? Hola, señora Homes. Hola, Matthew.

No me acuerdo de cómo se llamaba. Gemma o algo por el estilo. Da igual.

—¡Eh, es Matthew!

El caso es que yo era un chico muy conocido. Un grupo de niños se acercaron a la verja, porque les caía bien. Eran mis compañeros de clase y es posible que estuvieran impresionados por lo que había pasado y por mi repentina desaparición de sus vidas. Pero no me paré a hablar con ellos. No puedo explicar por qué. Miré al frente y me escondí debajo de la capucha, mientras mi madre decía:

—Matthew no se encuentra bien. Id a jugar.

El doctor Marlow me pidió que abriese la boca. Me miró la garganta y me echó el aliento en la cara. Olía a café. A mi garganta no le pasaba nada que no pudiera curarse con unos caramelos y un poco de Lemsip. Dijo que me convenía descansar. Y eso fue todo. Pero no fue todo.

Fue sólo el principio.

hipotonía *f.* descenso anormal del tono muscular

Me caí, me di un golpe y me hice sangre en la rodilla, y Simon tuvo que llevarme en brazos hasta la caravana sin ayuda de nadie, a pesar de que eso casi lo mata, pero lo hizo de todos modos, lo hizo por mí, porque me quería.

Eso ya te lo he contado.

Después dije que había una palabra para describir la debilidad muscular, y que la buscaría si tenía la oportunidad. Puede que a ti se te haya olvidado por completo, pero a mí no. A mí no se me ha olvidado.

Hay un Diccionario de Enfermería en la sala de los enfermeros, al final de la escalera de atrás, y lo vi encima de la mesa. Lo vi cuando entré a preguntar si podía usar el ordenador para escribir un rato.

Fue muy divertido, porque la chica a la que se lo pregunté (la del aliento con olor a menta y los pendientes de oro que siempre se empeña en leer por encima de mi hombro) se quedó helada. Estaba sola en la sala y se quedó completamente helada, como si el Diccionario de Enfermería contuviera todos los secretos que los pacientes no deben conocer. De verdad, no podía ni abrir la boca.

Entonces pasó una cosa muy divertida. ¿Te acuerdas de Steve? Sólo lo he nombrado una vez. Era el que me dejó usar el ordenador en una sesión. Dije que quizá no volvería a hablar de él. Bueno, pues en ese momento entró en el despacho, y la chica se volvió a preguntarle, con mucho recelo, si los pacientes podían consultar el diccionario. Lo dijo así:

—Esto... esto... ¿es conveniente que los pacientes consulten el diccionario, Steven?

Y no te imaginas lo que hizo él. Pasó por delante de ella y, con un solo movimiento, cogió el diccionario y me lo lanzó a las manos como un balón de rugby. Y al mismo tiempo dijo:

—¿Qué pregunta es ésta? —Eso dijo—. ¿Qué pregunta es ésta?

Entonces se volvió a mí y me guiñó un ojo, aunque no fue un guiño secreto, porque chasqueó la lengua como si quisiera decir: «Tú y yo, chico, estamos juntos en esto».

¿Entiendes lo que quiero decir? No sé si me estoy explicando bien. Pero seguro que entiendes por qué fue divertido. Fue divertido porque la chica no sabía si yo podía consultar el diccionario. Y fue el doble de divertido porque Steve la dejó en ridículo, al tomárselo con tanta naturalidad.

Pero lo más divertido de todo, lo que me hace reír a carcajadas, lo más divertido es que Steve chasqueó la lengua y me guiñó un ojo, para demostrar que estaba de mi parte. Sólo que no estás de mi parte. ¿Lo estás, Steve? Si lo estuvieras, me habrías pasado el diccionario tranquilamente, como a un adulto. Pero si montas un puto

número para dármele es porque lo estás convirtiendo en algo muy importante. Claro que eso es lo que hace la gente así, los Steves de este mundo: convertir en un acontecimiento lo que no vale nada. Y lo hacen sólo por ellos mismos.

Simon tenía hipotonía. Tenía también microgenia, macroglosia, pliegue epicántico, un defecto en la aurícula cardíaca y una cara preciosa y sonriente como la luna. Odio este sitio de mierda.

a cucharadas

Mamá levantó la colcha y se asomó a mirar.

—Se me ha vuelto a olvidar la contraseña —dijo.

—Entonces no puedes entrar.

—¿Me la dices otra vez?

—No. —Tiré de la colcha hacia el radiador y la sujeté con fuerza con el puño.

—Chulo.

—No soy un chulo. Ya te la he dicho una vez.

—¿Súper Mario?

—Caliente, caliente.

—Hummm... ¿Cómo se llamaba su novia?

—La Princesa Melocotón.

—Ah, sí. Tampoco es ésa, ¿o sí?

—Bueno. La verdad es que en este juego no se llama Princesa Melocotón. Pero te estás acercando. Bastante.

—¡Qué pistas tan crípticas!

—¿Qué significa críptica?

—Significa que si no me dices la contraseña, me echaré a llorar.

Abrí un poco la colcha y la miré, mientras fingía que estaba muy triste y le temblaba el labio inferior. Era difícil no reírse.

—¿Te parece bonito? Vengo aquí, abro mi corazón, y mi único hijo y heredero se burla de mí.

—No me estoy burlando.

—Entonces ¿qué pasa? —Metió un brazo por un hueco que yo no había visto. Hizo como si me picoteara el brazo hasta que encontró mi cara y me levantó las comisuras de los labios.

—¡Ajá! ¡Lo sabía!

Está bien ponerse un poco malito cuando eres pequeño, ¿verdad?

Es mejor cuando vas al colegio, porque entonces quedarse en casa es como un regalo. Cuando estudias en tu propia casa no tienes adónde ir, a menos que te dejen construir una cabaña.

—Vale —dije—. Te daré una pista.

—A ver.

—Estoy jugando en este momento.

Dejé caer la colcha y cogí rápidamente mi Game Boy Color. Mamá ladeó la cabeza y se puso bizca para mirar el cartucho.

—¡Donkey Kong!

—Puedes entrar.

Apenas había espacio entre el respaldo del sofá y la pared, pero yo echaba una colcha por encima y la metía por detrás del radiador. Me gustaba esconderme allí a jugar o a ver la tele por un agujero.

Mamá se puso a cuatro patas para entrar.

—¡Enséñame cómo se juega!

—¿De verdad?

—¿Es que crees que las madres no pueden?

Había muy poco espacio, pero en cierto modo era mejor. Estábamos en un rincón muy acogedor.

—Cógela así, con los pulgares en los botones. ¿Lo ves ahí abajo?

—Sí.

—Ése es Mario. Tienes que conseguir que suba hasta la cima sin chocar con los barriles.

—¿Qué hay en la cima?

—Su novia.

—¿No es la princesa?

—Ella sale en otros juegos. Ya ha empezado la partida. Concéntrate.

La alcanzó el primer barril y dijo que no era justo, porque estaba a punto de conseguirlo.

—Puedes seguir jugando. Tienes más de una vida. ¿Quieres que te avise cuando te toque saltar?

No contestó.

—Mamá, ¿te aviso cuando te toque saltar?

Me dio un beso en la mejilla.

—Sí, por favor.

No tengo el don de leer el pensamiento. No sé en qué estaba pensando mi madre. A veces me preocupa que la gente me pueda meter ideas en la cabeza o robarme mis pensamientos. Pero con mamá no pasa nada de eso.

—Lo haces mejor que papá.

—¿De verdad?

—Él nunca pasa del primer nivel.

Mamá es huesuda y tiene muchos ángulos. No es muy agradable abrazarla que digamos, pero se puso un cojín en el regazo para que yo apoyara la cabeza y estuviera cómodo.

Hizo un guiso de verduras para comer.

Normalmente comíamos en la mesa, pero ese día nos llevamos los cuencos a mi guarida. Yo empezaba a sentirme inútil y flojo.

—Come un poco, cielo.

—Me duele al tragar.

Me miró la garganta y dijo que aún tenía las anginas hinchadas y que me daría un Lemsip después de comer. Cogió mi cuchara, me la llevó a la boca y me limpió la barbilla con la misma cuchara, como si fuera un bebé.

—¿Por qué tienes más de una vida? —preguntó.

—¿Qué?

—En los juegos. No tiene sentido tener un montón de vidas. No tiene ningún sentido.

—Pues es así.

Movió la cabeza a un lado y a otro.

—Estoy diciendo tonterías, ¿verdad? ¿Jugamos después a Serpientes y Escaleras? —dijo.

Abrí la boca y me dio otra cucharada. La cuchara no era de plástico. No era para bebés. Era una cuchara normal y corriente.

mon ami

Papá entraba por la puerta y se quedaba a los pies de mi cama con los ojos muy abiertos y sin parpadear. Algunas mañanas yo no estaba de humor y le decía que se marchara. Ahora me arrepiento.

Su entusiasmo era en general muy contagioso, y aunque yo estaba medio dormido, salía de la cama para cargar la Nintendo 64, nos sentábamos en los almohadones a jugar al Mario 64 y discutíamos cómo rescatar a Luigi. Luego, a las siete menos cuarto, papá venía a decirnos que nos aplicáramos mucho en el colegio y que él se iba a ganarse el pan. Mi padre dice cosas así. Ganarse el pan. A mí me gusta.

También entraba en mi cuarto para que Simon y yo pudiéramos hacer una cosa que hacíamos. Lo oíamos acercarse por el pasillo a la puerta de mi habitación. Era fácil oírlo, porque llevaba unas botas con punteras de acero y porque quería que lo oyésemos llegar. Hacía mucho ruido a propósito, y a veces le decía a mi madre algo en voz alta, como «Adiós, cariño. Voy a espabilar a los niños».

En cuanto le oíamos decir eso, Simon y yo corríamos a escondernos detrás de la puerta, para que no nos viera cuando entrase. Entraba y fingía sorprenderse. Decía en voz baja: «¿Dónde se habrán metido los niños?».

Era una tontería, porque a esas alturas Simon no era capaz de aguantarse la risa. Eso tampoco tenía importancia, puesto que todos sabíamos que estábamos fingiendo. Y era divertido. Lo más divertido es que entonces Simon y yo salíamos de un salto de detrás de la puerta y tirábamos a papá al suelo.

Eso hacíamos cuando Simon aún vivía, pero desde que murió Simon yo nunca me levantaba antes que mi padre. Él seguía entrando en mi cuarto a las siete menos cuarto, me encontraba en la cama, despierto, y no sabía por dónde empezar. Debía de ser muy difícil para él.

Venía todas las mañanas y se sentaba un rato a mi lado.

—Buenos días, *mon ami*. ¿Estás bien? —Me alborotaba el pelo como hacen los adultos con los niños, y después nos dábamos nuestro apretón de manos especial—. ¿Vas a estudiar mucho con mamá hoy?

Yo decía que sí con la cabeza.

—Así me gusta. Estudia mucho para que puedas tener un trabajo decente y cuidar de tu padre cuando sea viejo, ¿eh?

—Eso haré, *mon ami*.

Esto empezó en Francia, cuando yo tenía cinco años. Fue la única vez que salimos de vacaciones al extranjero, porque mamá ganó un concurso de una revista. Era un

motivo de orgullo ganar el primer premio del concurso literario de *True Lives*: un texto de ochocientas palabras para contar qué tiene tu familia de especial. Mamá escribió sobre los problemas y las recompensas de criar un hijo con síndrome de Down. Creo que a mí no me nombraba. Al jurado le encantó.

Algunas personas son capaces de acordarse de su vida desde el principio. Conozco gente que incluso se acuerda de cuando nació.

Lo más lejano que yo recuerdo es que estoy subido en una roca, en medio de una charca. Mi padre me da la mano para que no pierda el equilibrio y en la otra mano tengo una red de pescar que acaban de comprarme. Estamos pescando juntos. No es un recuerdo completo. Sólo conservo algunos fragmentos: el agua fría por debajo de las rodillas, las gaviotas y un barco que pasa a lo lejos. Cosas así. Mi padre se acuerda de más cosas. Se acuerda de lo que hablamos. Un niño de cinco años con su papá, cavilando sobre todas las cosas posibles, desde el tamaño del mar hasta dónde va el sol cuando se pone por la noche. Y por lo visto lo que yo dije en esa charca fue suficiente para caerle bien a mi padre. Así fue. Nos hicimos amigos. Pero como estábamos en Francia, nos hicimos *amis*. Nada de esto es inventado. Sólo quiero recordarlo.

—Bueno. Me voy a ganar el pan.

—¿Tienes que ir, papá?

—Sólo hasta que nos toque la lotería. —Me guiñó un ojo, pero no como Steve, y volvimos a darnos nuestro apretón de manos especial—. Estudia mucho con mamá.

Mamá llevaba un camisón largo y unas zapatillas absurdas, con forma de animal, que Simon le había regalado una vez por su cumpleaños.

—Buenos días, cielo.

—Vuelve a contarme la historia de Francia, mami.

Entró en mi cuarto y abrió las cortinas. Al pararse delante de la ventana, por un momento se convirtió en una silueta sin rostro. Y volvió a decir lo mismo. Como la otra vez.

—Cariño, estás pálido.

la carrera hasta el cole

Pienso en el momento en que mi madre vuelve a cerrarme la cremallera del anorak naranja y a subirme la capucha de manera que el borde de piel gris se me pega a la frente sudorosa y me roza las orejas. Lo pienso y está ocurriendo. Limón caliente con miel, bebido a sorbos en la taza que yo le regalé una vez —que ya no es especial—, y el sabor amargo y terroso del paracetamol triturado.

—Siento lo del otro día, cariño.

—¿A qué te refieres, mami?

—A cuando te arrastré en la calle delante de los niños que estaban en el patio.

—¿Me estabas castigando?

—No lo sé. Tal vez. No estoy segura.

—¿Tenemos que volver?

—Creo que sí. Tienes el anorak puesto.

—Me lo has puesto tú. Y me has subido la cremallera.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces deberíamos ir.

—No quiero.

—Lo sé, Matthew, pero no estás bien. Es posible que necesites antibióticos. Tienen que verte. ¿De verdad te he subido la cremallera del anorak?

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no esperamos a que haya pasado el recreo?

—No sé. No lo he calculado.

Le devuelvo la taza vacía de «La mejor madre del mundo». Lo pienso y vuelvo a estar allí. Está abriendo la puerta, tendiéndome la mano. Le doy la mano y estoy allí.

—¡No!

—Matthew, no te resistas. Tenemos que ir. Necesitas que te vean.

—No. Quiero que venga papá.

—No seas tonto. Papá está trabajando. Está entrando el frío en casa. Ya vale. Tenemos que ir.

Me agarra con fuerza, pero soy más fuerte de lo que cree. Tiro en sentido contrario y le arranco la pulsera de amuletos con la punta de un dedo.

—Mira lo que has hecho. La has roto. —Se agacha a recoger la cadena y los pequeños amuletos de plata desperdigados por el suelo. La empuja para pasar. La empuja más fuerte de lo debido. Pierde el equilibrio y abre los brazos como las alas de una paloma antes de caer—. ¡Matthew! ¡Espera! ¿Qué haces?

De un par de zancadas llego a la verja, salgo y cierro de un portazo. Echo a correr con todas mis fuerzas, pero ella me sigue de cerca. Resbalo en la acera y me asusto al notar una ráfaga de aire fuerte que levanta una furgoneta al pasar a toda velocidad.

—Espera, cariño. Por favor.

—No.

Aprovecho la oportunidad y cruzo la carretera sorteando una fila de coches y obligando a un conductor a dar un volantazo. Ella no puede cruzar. Doblo una esquina, otra, y llego a mi colegio.

—¿Eres tú otra vez, Matthew? ¡Eh! Es Matthew. Mirad, su madre lo está persiguiendo. Su madre lo está persiguiendo. ¡Mirad! ¡Su madre lo está persiguiendo!

Le saco ventaja y me persigue. Me dice a gritos que me pare. Me llama cariño. Me llama cariño mío. Me detengo. Doy media vuelta. Me caigo en sus brazos.

—Miradlos. Miradlos. Que alguien llame a un profesor. Miradlos. —Mi madre me recoge del suelo. Me besa en la frente y me tranquiliza diciendo que no pasa nada. Me lleva en brazos y oigo latir su corazón a través de la absurda capucha.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho.

—No pasa nada, cariño.

—Lo echo mucho de menos, mamá.

—Ya lo sé. ¡Ay, hijo mío! Ya lo sé. —Me lleva en brazos y oigo latir su corazón a través de la absurda capucha.

los niños deben ir SIEMPRE acompañados de un adulto

En Bristol hay un puente famoso conocido como el Puente Colgante de Clifton. Es un sitio muy frecuentado por los suicidas. Incluso hay un cartel con el número de teléfono de los Samaritanos.

Cuando mamá dejó los estudios, antes de conocer a papá, trabajó archivando papeles en Rolls-Royce. No fue una etapa feliz, porque tenía un jefe horrible que le hacía sentirse idiota e inútil. Ella quería dejar el trabajo, pero no se atrevía a decírselo al abuelo, porque él quería que siguiera estudiando y sólo aceptó que dejara los estudios con la condición de que tuviera un trabajo.

Una tarde volvió a casa en su ciclomotor, pero pasó de largo.

—Seguí adelante —me contó. Estaba tumbada en el borde de mi cama, en camisón, y me había despertado a medianoche para acostarse conmigo. Lo hacía muchas veces—. No tenía ganas de vivir —susurró.

—¿Estás bien, mami?

No sabía que iba en dirección al puente colgante, pero era lo que quería. No se dio cuenta hasta que vio que no lo encontraba.

—Me sentía perdida.

—¿Llamo a papá?

—Vamos a dormir.

—¿Te quedas a dormir aquí esta noche?

—¿Me dejas?

—Claro.

—Me sentía perdida —susurró a la almohada—. Ni siquiera fui capaz de hacer eso bien.

los muertos siguen teniendo cumpleaños

La noche anterior a que mi hermano cumpliera trece años me despertó, porque estaba jugando en su cuarto y hacía mucho ruido.

Cada vez se me daba mejor imaginármelo, así que cerré los ojos y vi que se metía debajo de la cama y sacaba su caja de cartón de colores.

Simon guardaba ahí sus recuerdos, pero para las personas como él, el mundo está lleno de maravillas y cualquier cosa puede ser un recuerdo. Tenía montones de juguetes de plástico de los que venían en las cajas de sorpresa de Navidad y los Happy Meals de McDonald's. Tenía palitas del dentista en las que decía *He sido muy valiente*, y pegatinas del logopeda en las que decía *Bien hecho* o *¡Eres un campeón!* Tenía postales del abuelo y de la abuela Noo. Si su nombre aparecía en las postales, Simon las guardaba en su caja. Tenía insignias de natación, diplomas, un fósil de Chesil Beach, piedras, dibujos, fotos, tarjetas de felicitación de cumpleaños y un reloj roto: tantas cosas que casi no podía cerrar la tapa.

Simon guardaba todos los días de su vida.

*

Era extraño pensar que todo eso seguía ahí. En cierto modo era extraño incluso pensar que su cuarto siguiera ahí. Recuerdo el día que volvimos a casa desde Ocean Cove. Nos quedamos los tres en el jardín, escuchando los chasquidos que hacía el motor del coche al enfriarse y mirando la casa. La habitación de Simon seguía en el sitio de siempre: la primera ventana del primer piso, con las cortinas amarillas de Pokémon. No tuvo la cortesía de marcharse. Se quedó exactamente donde la habíamos dejado, al final de las escaleras, al lado de mi habitación.

Si me abrazaba a la almohada y cerraba los ojos con fuerza, lo veía rebuscando en su caja de recuerdos para encontrar el más importante: un trozo de tela amarilla. Era la toquilla en la que lo envolvieron por primera vez como un paquetito de alegría y temor, y se convirtió en su amuleto. A los siete, a los ocho, a los nueve años, seguía llevándola a todas partes. Hasta que un día le dije que parecía un bebé. Le dije que parecía un bebé con su mantita de bebé y que si no fuera tan bobo se daría cuenta. No volvió a coger la manta y todos nos sentimos muy orgullosos de que ya no la necesitara.

Me quedo en la cama escuchando a Simon y el sueño vuelve a envolverme mientras él se sube a su cama. Poco después oigo otro ruido que no llega a despertarme, aunque sí me roza la conciencia: mamá le está cantando una nana.

Rayas blancas del sol de primavera pintadas en mi alfombra.

Era sábado, y eso significaba que desayunábamos todos juntos. Me puse la bata, pero no bajé directamente. Antes quería comprobar una cosa.

No era la primera vez que entraba en su habitación.

Papá no quería que yo tuviese miedo de nada o que me sintiera raro; por eso, cuando volví de pasar esos días con la abuela Noo, entramos los dos juntos. Arrastramos los pies sin fuerzas y papá dijo que estaba seguro de que a Simon no le molestaría que yo jugara con sus juguetes.

La gente siempre cree saber lo que a los muertos les gustaría o les disgustaría, y siempre coincide con lo que les gustaría o les disgustaría a *ellos*, como esa vez en el colegio, cuando un chico muy antipático, Ashley Stone, murió de meningitis. Celebramos una asamblea especial, y hasta vino su madre. El señor Rogers nos habló de lo *vital* y lo *juguetón* que era Ashley, y dijo que siempre lo recordaríamos con cariño. También dijo que estaba seguro de que Ashley querría que fuésemos valientes y estudiáramos mucho, pero yo no creo que Ashley quisiera nada de eso, y tal vez sea porque yo no lo quería. ¿Entiendes lo que quiero decir? Aunque supongo que papá tenía razón. A Simon no le molestaría que jugase con sus juguetes, porque nunca le había molestado. Yo no jugaba con ellos de todos modos, y es evidente por qué. Me sentía demasiado culpable. Hay cosas en la vida que son exactamente como las imaginamos.

Sus maquetas de aviones colgaban del techo, sujetas con un cordel, y el radiador crujía y gemía. Me quedé al lado de su cama y levanté su mantita, que estaba encima de la almohada.

—Hola, sí —dije en voz baja—. Feliz cumpleaños. —Y después guardé la mantita en su caja de recuerdos y cerré la tapa.

Supongo que los niños creen lo que quieren creer.

Puede que los adultos también.

Papá estaba en la cocina, preparando el desayuno, friendo el beicon en una sartén chisporroteante.

—Buenos días, *mon ami*.

—¿Dónde está mamá?

—¿Sándwich de beicon?

—¿Dónde está mamá?

—No ha dormido bien, cielo. ¿Sándwich de beicon?

—Creo que quiero mermelada. —Abrí el armario, saqué un tarro y forcejeé con la tapa antes de dárselo a papá.

—¿Me lo abres?

Levantó una loncha de beicon, la examinó y volvió a dejarla en la sartén.

—¿Estás seguro de que no quieres beicon? Yo voy a tomar beicon.

—Vamos mucho al médico, papá.

—¡Au! ¡Mierda!

Se miró los nudillos enrojecidos, como si esperara de ellos una disculpa.

—¿Te has quemado, papi?

—No ha sido mucho. —Se acercó al fregadero, abrió el grifo del agua fría y dijo que el jardín está muy descuidado. Me serví cuatro cucharadas grandes de mermelada y vacié el tarro.

—¿Puedo quedarme con esto?

—¿Con el tarro? ¿Para qué?

—¿Podéis bajar la voz? —La puerta se abrió de golpe y chocó contra la mesa—. Necesito dormir un poco. Por favor, dejadme dormir hoy.

No lo dijo enfadada. Más bien era una súplica. Volvió a cerrar la puerta, esta vez despacio, y al oír sus pasos en las escaleras sentí un vacío horrible en el estómago. Un vacío que el desayuno no podía llenar.

—No pasa nada, cielo —dijo papá, con una sonrisa forzada—. No has hecho nada malo. Hoy es un día difícil. ¿Qué tal si terminas de desayunar mientras voy a hablar con ella?

Lo dijo como si fuera una pregunta, aunque no lo era. Quería decir que me quedase donde estaba mientras él iba a hablar con ella. Pero yo no quería quedarme allí solo y tampoco quería oír una discusión amortiguada por las paredes. Además, tenía cosas que hacer. Cogí el tarro de mermelada y salí al jardín por la puerta de atrás.

Éstos son los recuerdos que tengo debajo de la piel. Simon quería tener una granja de hormigas y los muertos siguen teniendo cumpleaños.

Agachado junto al cobertizo de las herramientas, con los pies llenos de barro, levanté las piedras grandes y planas como me había enseñado el abuelo. Pero estábamos en invierno y debajo de las piedras más grandes sólo encontré lombrices y escarabajos. Busqué en la tierra, haciendo un agujero con los dedos, y cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a mojarme la bata, de pronto me trasladé a otro lugar: *Está oscuro, es de noche, el aire huele a sal y Simon está a mi lado, secándose las gotas de lluvia de las mejillas, gimoteando y diciendo que ya no le gusta, que ya no le gusta y que quiere volver. Continúo cavando y le contesto que no sea llorica, que sostenga la linterna, y la sujeta con las manos temblorosas hasta que unos ojos redondos como botones brillan a la luz del foco.*

—¡Matthew, cariño! —Mamá me llamó desde la ventana de su dormitorio—. ¡Está lloviendo a cántaros!

Mientras yo entraba por la puerta de atrás, la puerta principal se cerró de un portazo.

Subí corriendo las escaleras.

—¿Qué vamos a hacer contigo, cielo? —Me quitó la bata mojada y me envolvió

en una toalla.

—¿Dónde ha ido papá?

—A dar un paseo.

—Está lloviendo.

—No creo que tarde en volver.

—Quería que desayunásemos juntos.

—Estoy muy cansada, Matthew.

Nos sentamos en la cama y nos quedamos contemplando la lluvia en la ventana.

una historia diferente

Hoy sólo quince minutos antes del pinchazo. Tengo algunos problemas con las pastillas, y la solución es una aguja larga y afilada.

Cada dos semanas, en lados alternos.

Prefiero no pensarlo. Es mejor no pensarlo hasta el preciso instante en que me ponen la inyección.

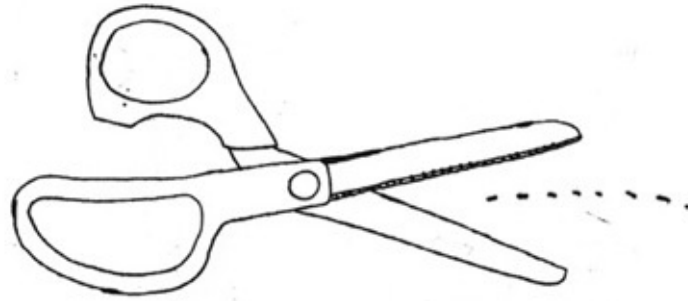
Quiero contar una historia. Cuando Steve *Clic-Clic-Guiño* me enseñó a utilizar el ordenador, me dijo que también podía usar la impresora.

—Para que puedas compartir con nosotros lo que escribes, Matt. O llevarlo a casa y conservarlo.

Pero el otro día la impresora no funcionaba. Yo había estado pensando en esa vez que mamá me llevó a que me viera el doctor Marlow, pero nos atendió otro médico. No recordaba los detalles: por qué exactamente mamá creía que me pasaba algo, o por qué el doctor Marlow no estaba allí. Me había estado toqueteando el lunar que tengo al lado del pezón, y el doctor Marlow estaba de vacaciones. Puede que incluso fuera verdad, aunque no es importante. Lo importante es que la médico suplente quiso hablar con mamá en privado y esa conversación fue el comienzo de **un nuevo capítulo** en nuestras vidas. Cuando fui a imprimir lo que había escrito, apareció en la pantalla un mensaje de error y el papel no salía.

Así fue.

Hasta esta mañana en la sesión del grupo de arte, donde la susurrante Jeanette nos da pintura, pegamento, rotuladores viejos y papel de seda, para que nos expresemos. Me senté al lado de Patricia, que debe de tener sesenta años, puede que más, pero lleva una peluca rubia y se hace pasar por una chica de veinte. Usa gafas de sol oscuras, se pinta los labios de rosa y hoy se ha puesto un mono ceñido de color rosa. Suele hacer dibujos de muchos colores y Jeanette dice que son preciosos. Esta mañana, sin embargo, estaba haciendo otra cosa, muy concentrada, recortando trozos de papel con unas tijeras de punta redonda y pegando a continuación los recortes con mucho cuidado en un tablero de cartón.



Supongo que la impresora al final escupió mis páginas y éstas terminaron en el montón de papel para reciclar. Fue una sensación extraña y al principio me entraron ganas de gritar, pero me aguanté porque Patricia es una persona encantadora, y estoy seguro de que si supiera que lo que estaba recortando era mi relato, no habría cogido ese papel. Movié la cabeza y se apartó de mí ligeramente. POR FAVOR, DEJA DE LEER POR ENCIMA DE MI HOMBRO. ¿Te das cuenta de que esto era distinto? Yo no quería molestarla, así que seguí dibujando mientras ella reordenaba mi vida y la pegaba con pegamento de barra.

Esperé hasta el final de la hora, cuando nos daban unos minutos para compartir con el grupo lo que habíamos hecho, pero yo sabía que Patricia no diría nada porque,

a pesar de cómo se viste, en realidad es muy tímida.

—Voy a limpiar los pinceles —me ofrecí.

—¿Ya es la hora? —preguntó Jeanette.

Quiero contar una historia diferente, una historia que no me pertenezca. No será igual que la mía, y, aunque pueda tener momentos tristes, también será feliz, porque al final hay dibujos de colores preciosos y una mujer con el pelo largo y rubio que tiene eternamente veinte años.

Fui pasando alrededor de la mesa para recoger los pinceles y miré por encima de su hombro. Lo que podemos saber de la historia de Patrica es que está

Atrapada
en dos fotografías enmarcadas
acomplejada
con los ojos como dardos entre
—la más joven
y
este cuerpo
viejo,
fin

segunda opinión

Me pasó un dedo por encima del lunar que tengo al lado del pezón y noté calor en la cara.

—¿Te pica?

—No.

—¿Ha crecido o ha cambiado de color?

—Creo que no.

—Normalmente nos atiende el doctor Marlow —dijo mamá por tercera vez.

Me subí la camiseta y me encogí en la silla, acomplejado por los cambios de mi cuerpo, por cómo había empezado a estirarse, a oler mal y a cubrirse de vello, de manera que cada día me reconocía un poco menos.

—¿Cuántos años tienes, Matthew? —preguntó la doctora.

—Tiene diez —dijo mamá.

—Tengo casi once —corregí.

Se volvió a la pantalla del ordenador y estuvo repasando todo mi historial. Me distraje mirando las dos fotografías enmarcadas de las hijas del doctor Marlow —la más joven montando a caballo y su hermana con su toga de graduación, sonriendo, con los ojos entornados— y me pregunté si esta médico suplente tendría alguna vez su propia consulta con fotos de su propia familia y si yo las miraría cada dos semanas hasta tener la sensación de conocerlas.

—¿Qué tal te va en el colegio?

—¿Qué?

Me miró a los ojos, no mientras escribía la receta o mientras tecleaba, sino directamente a los ojos, inclinándose hacia delante.

Mamá carraspeó y dijo que creía que mi lunar había crecido, aunque podía ser que no.

—Supongo que empezarás la secundaria después de las vacaciones, ¿no?

Quise mirar a mamá para que me tranquilizara, pero había algo en la actitud de la doctora, en su manera de inclinarse sobre la mesa, que no me lo permitió. No quiero decir que me sintiera atrapado. Quiero decir que me quedé parado.

—No voy al colegio.

—¿No?

—Aprende en casa —dijo mamá—. Yo era profesora.

La doctora seguía mirándome. Había acercado su silla a la mía y también yo me incliné como ella. Es difícil de explicar, pero en ese momento me sentí seguro, como si pudiera decir lo que quisiera.

Sin embargo, no dije nada.

La doctora asintió.

—No creo que haya que preocuparse por el lunar, Matthew. ¿Tú qué crees?
Negué con la cabeza.

Mamá se había levantado y ya estaba dando las gracias, ya me estaba empujando hacia la puerta, cuando la doctora dijo:

—¿Podemos hablar en privado un momento?

Noté que mamá me apretaba el brazo y que miraba con los ojos como dardos.

—Pero, soy su madre.

—Lo siento. No me he explicado bien, Susan. Quería decir si usted y yo podemos hablar un momento en privado. —Y volviéndose a mí añadió—: No tienes por qué preocuparte, Matthew.

La recepcionista le estaba diciendo a una mujer que llevaba un carrito de bebé que el doctor Marlow estaba de vacaciones hasta fin de mes, pero que una doctora joven lo estaba sustituyendo y que era muy agradable. Tenían la esperanza de que pudiera quedarse en el ambulatorio. Me senté en la alfombra de plástico en un rincón, donde había juguetes para los niños. Creo que era demasiado mayor para jugar así, y después de mirarme un rato y suspirar con fuerza, la mujer me preguntó si podía dejar sitio para que su hijo jugara.

—¿Puedo jugar con él?

—¡Ah!

El niño extendió una mano y le di una pieza de construcción. La tiró al suelo y se rio como si fuera lo más divertido del mundo. Volví a dársela y volvió a tirarla. Esta vez su madre también se rio y dijo:

—Está chiflado, te lo advierto. Completamente chiflado.

—Yo tenía un hermano.

—¿Ah, sí?

—Sí. Era mayor que yo. Éramos buenos amigos. Pero está muerto.

—Lo siento...

Sonó un pitido y un número apareció en la pantalla de recepción.

—Nos llaman. Vamos, señorito. —Cogió al niño, que de pronto se echó a llorar y me tendió los brazos.

—Has hecho un nuevo amigo —dijo, antes de salir corriendo por el pasillo.

—Yo tenía un hermano —volví a decir, a nadie en particular—. Pero ya no me acuerdo tanto de él.

Dejé las piezas de construcción.

Mamá salió de la consulta guardándose una receta en el bolso.

—¿Todo bien, mamá?

—Vamos a tomar un helado.

No hacía buen tiempo para ir al parque. Estaba nublado y hacía bastante frío. Pero fuimos de todos modos. Mamá compró dos helados y nos sentamos en los columpios.

—No he sido una buena madre, ¿verdad?

—¿Eso te ha dicho la doctora?

—Me preocupa, Matthew. Me preocupa mucho.

—¿Necesitas medicamentos?

—Podría ser.

—¿Vais a divorciaros papá y tú?

—¿Cómo se te ocurre pensar eso, cielo?

—No sé. ¿Vais a divorciaros?

—Claro que no. —Terminó el helado, bajó del columpio y yo empecé a columpiarme.

—Ya no soy un niño, mamá.

—Lo sé. Lo siento. Lo sé. A veces pienso que eres más adulto que yo.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Y está claro que eres demasiado listo para mí. Haces los ejercicios sin darme tiempo siquiera a señalarlos.

—No.

—Sí, cariño. Creo que si volvieras al colegio los profesores no sabrían qué hacer contigo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Puedo volver?

—¿Es lo que quieres?

Es posible que esto no pasara tan deprisa como lo estoy contando, o que la conversación surgiera con tanta facilidad. Quizá estuvimos un buen rato en el parque, quizá hubo muchos silencios mientras cada uno daba vueltas a una idea, con miedo de acercarse a ella y ver que se hundía en unas profundidades imposibles. No. No fue ni rápido ni fácil. Pero ocurrió. Ese día. En ese parque.

—No es que no me guste estudiar contigo...

—Lo sé. No pasa nada. Lo sé.

—Podríamos seguir dando clases por la tarde.

—Te ayudaré con los deberes.

—¿Y seguirás ayudándome a teclear mis relatos?

—Me encantaría, si me lo permites.

Una cosa buena de hablar con alguien que está detrás de ti es que puedes fingir que no sabes si está llorando y no necesitas preocuparte demasiado para entender por qué llora. Puedes concentrarte únicamente en hacer algo para que se sienta mejor.

—Puedes empujarme si quieres, mamá.

—¿Puedo empujarte?

—Si quieres.

Me empujó en el columpio, cada vez más alto, y cuando el sol por fin asomó entre las nubes grises, fue como si brillara únicamente para nosotros.

un nuevo capítulo

—Hmm, ¿qué? Hola, *mon ami*.

—¿Me ayudas a hacerme el nudo de la corbata, papá?

—¿Qué hora es?

Mamá dio una vuelta en la cama y se quitó el antifaz.

—Matthew, es medianoche.

—No sé hacerme el nudo. ¿Puedo encender la luz?

Encendí la luz, y los dos protestaron. Papá bostezó y dijo:

—Lo normal es ponerse la camisa primero, compañero.

—Sólo quiero practicar.

—Ya practicaremos por la mañana, antes de que me vaya a trabajar. —Dio media vuelta y se tapó la cabeza con la colcha—. Es medianoche.

Apagué la luz y volví a mi habitación, toqueteando el nudo, demasiado nervioso para dormir. Al cabo de un rato mamá vino a sentarse en mi cama. Sabía que haría eso. Sabía que vendría a sentarse conmigo si los despertaba.

—Necesitas dormir un poco, cariño.

—¿Y si no le caigo bien a nadie?

No sé quién estaba más preocupado por mi vuelta al colegio, si yo o ella. Aunque ella tenía sus pastillas amarillas para tranquilizarse.

—Claro que les caerás bien. —Me pasó el pelo por detrás de la oreja, como hacía cuando era pequeño—. Claro que sí.

—Pero ¿qué pasa si no?

Me contó cómo fue su primer día en el instituto. Se había roto un brazo ese verano y llevaba una escayola. Había muchas caras nuevas, pero todas las caras nuevas sentían exactamente lo mismo que ella. A la hora de comer tenía la escayola llena de garabatos y de mensajes de buenos deseos de su flamante grupo de amigos.

—¿Y qué pasó después?

—Hace frío, déjame meterme en la cama.

Retiré las mantas y me aparté para que pudiera tumbarse a mi lado.

—Ésa es la parte buena —dijo, apoyando un codo en la almohada—. Uno de los monitores del patio me vio la escayola llena de firmas ¡y quiso castigarme por infringir las normas de la indumentaria escolar! Así que el primer día me llevaron al despacho de la directora, que dio las gracias al monitor por su preocupación, miró mi escayola, cogió un bolígrafo y escribió: Bienvenida a Pen Park High.

Era una buena historia, supongo.

Si es que era verdad.

A LA MIERDA

Hace unos días que no me encuentro bien.

Esto es mucho más difícil de lo que me imaginaba. Pensar en el pasado es como desenterrar una tumba.

Hace mucho tiempo enterramos los recuerdos que no queríamos. Encontramos una zona de hierba en el cámping de Ocean Cove, cerca de los contenedores de la basura, o un poco más arriba, cerca de las duchas, y conservamos los recuerdos que sí queríamos antes de enterrar los demás.

Pero venir aquí los lunes, miércoles y viernes, pasar la mitad de mi vida con PIRADOS como Patricia y el chico asiático de la sala de relajación, que se esconde en el bolsillo piezas de los puzzles y se balancea adelante y atrás como si fuera un péndulo, y con esa ZORRA flaca que va por el pasillo dando saltos y cantando «Dios nos salvará, Dios nos salvará», mientras yo intento concentrarme y no puedo, porque esa cosa que me inyectan me hace temblar y retorcerme, y me llena la boca de saliva hasta el punto de que se me cae la baba encima del puto teclado, como digo es más difícil de lo que me imaginaba.

—El caso, mamá, es que para ti no fue igual, ¿o sí?

—En cierto modo...

—No. No lo fue. No fue igual, en primer lugar porque la abuela Noo no dejó de llevarte al colegio, ni te obligó a pasarte un año entero sentado en la cocina, fingiendo que te equivocabas al hacer los ejercicios y pensando cuándo...

—Matthew, no. Yo no...

—Pensando cuándo me tocaría volver al médico, si a ti te daba por arrastrarme delante del colegio para que todos me viesan y me señalaran...

—Matthew, por favor.

—Para que me viesan y me señalaran...

—No fue así.

—¡Sí que lo fue! Fue exactamente así. Fue así porque tú quisiste. Y ahora tengo que volver a verlos. Me trae sin cuidado la gente nueva. Me trae sin cuidado la gente que no me conoce. Me trae sin cuidado que nadie me escriba estupideces en una escayola. Yo no...

—Matthew, por favor, escúchame.

Intentó abrazarme, pero la aparté.

—No, no tengo nada que escuchar. No quiero escuchar nada más. No pienso volver a escucharte. Me da igual lo que pienses.

—Tienes que dormir un poco, Matt.

Se tambaleó ligeramente al ponerse en pie y me miró un instante desde arriba, como si estuviera en el borde de un acantilado.

Quería decir una cosa más, pero no quería levantar la voz. Me concentré para que mis palabras no pasaran de ser un susurro bien contenido.

—Te odio.

Mamá salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

maneras de darse la mano

No he descrito ese saludo especial entre papá y yo.

Cuando nos hicimos *amis*, inventamos una manera de darnos la mano. Creo que lo he mencionado antes, pero no he contado cómo es. Es un saludo especial, pero no es secreto, así que puedo contártelo.

Lo que hacemos es chocar la mano izquierda, entrelazar los dedos y juntar luego las puntas de los pulgares. Lo hemos debido de hacer miles de veces.

No las he contado.

Cada uno de estos saludos especiales dura apenas un segundo, pero si se juntaran todos durarían horas.

Si alguien hiciera una foto en el preciso instante en el que unimos los pulgares y viese las fotos en un libro animado, formarían una secuencia temporal, como esas imágenes de los documentales de naturaleza en los que se ven crecer las plantas o arrastrarse las lianas por el suelo de la selva.

La película comienza con un niño de cinco años que está de vacaciones con su familia en Francia. Quiere aplazar el momento de acostarse y para ello le habla a su padre del cangrejo ermitaño que han capturado en la charca de las rocas. El saludo especial fue idea de su padre. Los pulgares se rozan y la cámara hace clic. En segundo plano, en el balcón del hotel, la madre del niño y su hermano mayor los están observando. Revelan una mezcla de orgullo y de celos.

Se suceden a fogonazos, día y noche, como una luz estroboscópica, las estaciones del año chocan unas con otras, las nubes explotan, las velas se derriten en una cobertura de azúcar y una corona de flores se pudre. El niño y su padre surcan el tiempo, veloces, con los pulgares unidos.

El niño crece como una liana.

Y en cada instante hay un mundo oculto, detrás de los balcones, fuera de la memoria, lejos del alcance de la comprensión.

Únicamente puedo describir la realidad tal como la conozco. Lo hago lo mejor que puedo y prometo seguir intentándolo. Choquemos las manos por ello.

pródromo *m.* malestar que precede a la declaración de una enfermedad

Una cosa es el tiempo que hace y otra el clima.

Si está lloviendo o si le clavabas a un compañero de clase la aguja del compás en el hombro una y otra vez, hasta que el babi de algodón blanco parece un papel secante, eso es el tiempo.

Pero si vives en un lugar donde llueve a menudo, o si tus sentidos fallan, se alteran y te obligan a alejarte, a sospechar y a tener miedo de las personas más allegadas, eso es el clima.

Éstas son las cosas que aprendimos en el colegio.

Tengo una enfermedad, un mal con forma de serpiente y ruido de serpiente. Cada vez que aprendo algo nuevo, ella lo aprende también.

A enfermedades como el VIH o el cáncer o el pie de atleta no puedes enseñarles nada. Cuando Ashley Stone se estaba muriendo de meningitis, es posible que él supiera que se estaba muriendo, pero su meningitis no lo sabía. La meningitis no sabe nada. Mi enfermedad, sin embargo, sabe todo lo que yo sé. Era difícil de entender, pero en cuanto lo comprendí, mi enfermedad también lo comprendió.

Éstas son las cosas que aprendimos.

Aprendimos cosas sobre los átomos.

Esta enfermedad y yo.

Yo tenía trece años.

—¡PARA ESO, PARA ESO INMEDIATAMENTE!

Se puso rojo y una vena gruesa empezó a temblar en un lado del cuello. El señor Philips era de esos profes que quieren hacer las clases divertidas. Rara vez se enfadaba por nada.

Jacob Greening era capaz de sacarlo de quicio. No recuerdo qué estaba haciendo exactamente. Estábamos en clase de ciencias, así que quizá tuvo algo que ver con las válvulas de gas. En las mesas del laboratorio había unas válvulas de gas para encender los quemadores Bunsen. Es posible que Jacob pusiera la boca en una de las válvulas y estuviera tragándose el gas para ver qué pasaba, y es posible que fuera él quien se puso rojo y a quien le temblaban las venas del cuello. Tal vez pensaba soltar el gas en la llama de un mechero para escupir fuego.

A Jacob también le gustaba hacer las clases divertidas.

Nos conocimos el primer día.

Ocurrió así:

Papá me enseñó a hacerme el nudo de la corbata, tal como había prometido. Jacob fue al colegio sin corbata. Cuando estaban pasando lista, me susurró al oído, como si nos conociéramos de siempre. Me dijo algo así como que tenía que ver a la directora,

que era un asunto personal y muy importante. No le presté demasiada atención. No podía quitarme de la cabeza lo que le había dicho a mamá: que la odiaba. Me había llevado al colegio en coche, muy callada. Apoyé la mejilla en el cristal frío mientras ella buscaba emisoras de radio. Le había hecho daño y estaba pensando si me arrepentía. Jacob siguió hablando y entonces me di cuenta de que estaba preocupado. Hablaba atropelladamente. Tenía que ver a la directora y no tenía corbata. Ése era el quid de la cuestión.

—Si quieres te presto la mía.

—¿En serio?

Le di mi corbata, se la puso alrededor del cuello y me miró con gesto impotente, así que tuve que hacerle el nudo. Le bajé el cuello de la camisa y le ajusté la corbata. Supongo que con eso nos hicimos amigos. Se sentaba a mi lado en clase, pero a la hora del recreo desaparecía. Cruzaba las verjas como un rayo, con la mochila colgada de un hombro y el anorak aleteando al viento. Tenía un permiso especial para ir a casa. No decía por qué.

El señor Philips dio un puñetazo en nuestra mesa.

—¡Ya está bien de comportamientos infantiles y peligrosos, Jacob!

—Lo siento, señor. —Aunque pidió disculpas, una sonrisa se extendió por su cara cubierta de acné. Es muy raro lo deprisa que cambiamos. A Jacob ya no le importaba un carajo si tenía o no tenía corbata.

—¡Fuera! ¡Fuera de mi clase!

Empezó a guardar las cosas en la mochila, despacio.

—Deja la mochila. Ya la recogerás cuando suene el timbre.

—Pero...

—¡Fuera! ¡Ya!

El problema de sentarse al lado de Jacob era que cada vez que él llamaba la atención, todo el mundo me miraba a mí también. En ese momento sentí una oleada de rabia. Una pregunta:

¿Qué tienes en común con Albert Einstein?

- 1) Estás hecho de una clase de átomos similares.
- 2) Estás hecho de la misma clase de átomos.
- 3) Estás hecho en parte de LOS MISMOS átomos.

Jacob Greening salió dando un portazo y el señor Philips nos pidió a todos que nos tranquilizáramos y mirásemos la pizarra blanca. Creo que es una buena pregunta.

—Quiero que penséis cuál de las tres afirmaciones es correcta y que escribáis uno, dos o tres en el cuaderno de ejercicios.

—¿Señor?

—Sí, Sally.

—¿Y si no lo sabemos?

—No espero que lo sepáis. Vamos a descifrarlo entre todos. Deja que te haga otra pregunta. ¿Cuánto crees que peso?

—¿Qué? —Sally se encogió de hombros, y me imaginé que le besaba el cuello o le acariciaba las tetas.

—A ver si lo adivinas.

—¿Unos setenta y seis kilos?

—Bien calculado.

Sally sonrió y se dio cuenta de que yo la estaba mirando. Eres raro, me dijo en silencio, moviendo los labios. Aparté la vista y cogí el estuche de lápices de Jacob. Jacob era de los que dibujan pollas en su estuche.

Nunca llegué a entender a Jacob.

El señor Philips estaba junto a la pizarra.

—Peso setenta y cuatro kilos, lo que significa que tengo en mi cuerpo $7,4 \times 10^{27}$ átomos.

Ésta es una manera de abreviar números enormes. Aquí está el número completo:
7.400.000.000.000.000.000.000.000

Jacob estaba en el pasillo dando patadas en la pared. Sally estaba copiando los ceros. Alguien estaba mirando por la ventana. Alguien estaba imaginando su futuro. Alguien empezaba a notar dolor de cabeza. Alguien tenía ganas de hacer pis. Alguien intentaba prestar atención. Alguien estaba aburrido y enfadado. Alguien estaba en otra parte, y el señor Philips decía:

—Esto es más que todos los granos de arena de todas las playas.

Es
más
que
todas
las
ESTRELLAS
del
UNIVERSO
entero

Éstas son las cosas que aprendimos.
Mi enfermedad y yo.

—Hace miles de millones de años las estrellas explotaron y esparcieron sus átomos por el espacio, y desde entonces estamos reciclando esos átomos en la Tierra. Con la

excepción de algún cometa, meteoro o un puñado de polvo interestelar, hemos utilizado exactamente los mismos átomos una y otra vez desde la formación de la Tierra. Los comemos, los bebemos, los respiramos, estamos hechos de ellos. En este preciso instante todos estamos intercambiando nuestros átomos con los demás, y no sólo con los demás, sino con los animales, los árboles, los hongos, el moho...

El señor Philips miró el reloj. Era casi la hora del recreo y la gente ya había empezado a cerrar los libros y a parlotear.

—Silencio, por favor. Ya casi hemos terminado. Entonces, ¿qué tenéis en común con Einstein? Uno. ¿Estáis hechos de tipos de átomos similares? Supongo que sí, y aparte de unas variaciones mínimas, todos los seres humanos estamos hechos de los mismos elementos básicos: oxígeno (sesenta y cinco por ciento), carbono (dieciocho por ciento), hidrógeno (diez por ciento), etc. Por eso la respuesta número dos también es correcta. Pero ¿qué pasa con la número tres? ¿Hay alguna parte del mayor físico de todos los tiempos sentada aquí con nosotros, ahora?

Paseó la mirada por toda la clase mientras hacía una pausa teatral.

—Tristemente, parece que no en cantidad suficiente. Para los que estéis interesados, la respuesta es sí, y no sólo uno o dos átomos sino probablemente muchos, muchos, muchos átomos que formaron parte de Einstein forman parte de vosotros ahora, al menos temporalmente. En este momento. Y no sólo de Einstein, también de Julio César, de Hitler, de los hombres de las cavernas, de los dinosaurios...

El timbre interrumpió su enumeración.

Sin embargo, yo añadí a alguien más a la lista.

Jacob entró corriendo en el aula, cogió su mochila y se marchó sin hacer caso al señor Philips, que le dijo que se quedara. No sé por qué ese día decidí seguirlo. Puede que no fuera ese día. Puede que fuese otro día.

Tal vez lo esperé bajo la lluvia, escondido detrás del cobertizo de las bicis, que en realidad es una jaula más que un cobertizo, y cuando lo vi cruzar la verja corriendo, tomé aire y salí tras él. No iba muy lejos: vivía a pocas calles del colegio, en una urbanización de pequeños chalés con pequeños jardines de césped impecable.

Supongo que tenía que hacerlo... ver dónde vivía. Probablemente daría media vuelta para volver en cuanto lo viese entrar en casa.

Pero no di media vuelta.

—¡Jacob!

Lo llamé.

Esos días sólo me daba cuenta de lo que iba a hacer cuando ya lo estaba haciendo. Jacob había llegado al porche.

—¡Jacob! —Mi voz se perdió en el viento. Jacob cerró la puerta y me quedé un rato en el jardín, tomando aire.

Empezó a llover con más fuerza. Me puse la capucha y rodeé la casa. Era pequeña, como una casa de muñecas. No quiero decir que no fuese bonita, no es eso lo que estoy diciendo. De todos modos, no todo tiene por qué significar algo.

Esquivé unas macetas vacías y un gnomo de jardín con una caña de pescar en la mano. No había entrado a escondidas. No puede decirse que entrase a escondidas, puesto que había intentado llamar la atención de Jacob.

Lo había llamado.

Creo.

Llegué a la parte de atrás y a la única ventana grande, con persianas de listones. Me agaché y me sujeté con los dedos al alféizar húmedo.

Lo primero que vi fue la silla de ruedas eléctrica, pero ella no estaba en la silla. Estaba en la cama, y Jacob estaba inclinado sobre ella, colgando unos ganchos de una especie de grúa de metal. Retrocedió unos pasos con un mando a distancia en la mano. Muy despacio, empezó a levantarla del colchón, colgada de un arnés enorme. Los movimientos de Jacob eran muy precisos, eficientes. Sujetó la grúa con las dos manos por la parte superior para alejarla de la cama, quitó las sábanas sucias y las cambió por unas limpias. Dejé de fijarme en Jacob, porque no podía apartar los ojos de ella. Estaba suspendida en el aire, mirando hacia la ventana, mirándome, con los brazos hinchados y caídos a los lados del cuerpo, los ojos apagados y la vista al frente.

Está oscuro, es de noche, el aire huele a sal y Simon está gimoteando, suplicándome que no la desentierre, diciéndome que tiene miedo. Saco de la tierra la muñeca sucia y empapada. Tiene los brazos caídos a los lados del cuerpo. La levanto por el aire. Está lloviendo y Simon retrocede, abrazándose el pecho. Quiere jugar contigo, Simon. Quiere que la persigas.

Salí corriendo, resbalé en el costado de la casa, tropecé con una maceta y me caí, me levanté y seguí por el césped, sin atreverme a mirar atrás, crucé la calle y las verjas del colegio mientras trillones de átomos colisionaban dentro de mí, trillones de átomos y muchos, muchos, muchos átomos de Simon. En algún punto del patio me desplomé. Y vomité.

* * *

Puede que ese mismo día tuviéramos geografía. O puede que no. Puede que fuese otro día.

El profesor nos puso un vídeo sobre el tiempo y el clima. ¿Recuerdas la diferencia? Las luces estaban apagadas, para que viésemos mejor la pantalla, así que no creo que Jacob se diera cuenta de que cogí su estuche y saqué el juego de compases. Ya he contado lo que pasó después. Lo siento, Jacob.

la escalera de vigilancia

—¡Dios mío! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Hablas igual que tu padre. ¿Ésa es la respuesta? ¿Qué vas a hacer, Richard? ¿Pegarle para que aprenda a tener más sentido común?

—¿Crees que no soy capaz?

—¿Y qué vas a enseñarle con eso?

—Que no puede...

—Continúa.

—Joder, Susan. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—No estoy sugiriendo eso.

Estaban sentados, al lado de la lámpara de pie, cogidos de la mano, cogidos de la mano a pesar de que estaban discutiendo porque no sabían qué hacer con un hijo como yo. Mamá tenía la cabeza apoyada en el hombro de papá. Casi habían terminado la segunda botella de vino.

—¿Entonces qué sugieres exactamente?

—Él sabe que lo que hizo está mal...

—Eso no basta.

—Vamos a ir al colegio...

—Sí, porque nos han citado.

—No, porque nos hemos ofrecido. Es un adolescente. Tiene sus fases. ¿Tú no las tuviste?

—Ésa nunca la tuve. Nunca me dio por agredir a los demás.

—No ha sido...

—Ahora eres tú la que no sabe lo que está diciendo. Esto no es normal, no es una fase del crecimiento. ¿Y sabes lo que más me duele?

—Estás decepcionado, lo sé. Yo también lo estoy...

—No, no es eso. Me decepcionó que insultara a tu madre. Me decepcionó que empezara a sacar malas notas y reaccionara como si le diera igual. Me decepcionó cuando lo pillamos fumando y volvió a decepcionarme cuando lo pillamos fumando hierba. Me cuesta mucho recordar un solo día de este último año en que no me haya decepcionado por algo. Pero ¿esto?

—Vamos a dejarlo.

—Estoy avergonzado.

Simon solía acostarse media hora después que yo, porque era el mayor. Yo me lavaba los dientes y me metía en la cama, pero cuando estaba seguro de que mamá había bajado, me levantaba.

En el cuarto escalón de la escalera empezando por arriba, con la frente entre los barrotes, podía espiar a través del cristal de la puerta del salón y ver la mayor parte del sofá, la mitad de la mesa de centro y una esquina de la chimenea. Esperaba hasta que la oscuridad del vestíbulo eclipsaba el resplandor del salón y sus voces suaves se mezclaban con el ruido de mi propia respiración, con lo que a veces ni siquiera me enteraba de cuando venían a cogerme para llevarme a la cama, ni oía a mamá cuando me llamaba granuja. Sencillamente, me despertaba a la mañana siguiente, cómodo y calentito en mi cama.

Una noche, Simon estaba practicando lectura. No hacía mucho tiempo que compartíamos el ritual de leer por turnos el mismo libro en voz alta.

—Esta página me toca a mí, Matthew, no a ti.

—Sólo quería ayudarte.

—Puedo yo solo.

No podía. No demasiado bien. Por eso seguía leyendo con mamá cuando yo me acostaba, y observaba la paciencia con que ella le enseñaba las mismas palabras noche tras noche. Lo quería muchísimo. Papá estaba relegado en la otra esquina del sofá y sólo le veía las piernas estiradas y el pie dentro del calcetín, apoyado en la mesa de centro.

Así era como Simon leía su libro ilustrado de *El rey León*. La abuela Noo se lo había comprado en el rastrillo benéfico y se convirtió en el libro favorito de Simon, porque cuando llega esa parte en que Pumba y Timón empiezan a decir Hakuna Matata, papá intentaba cantarlo. Era muy divertido, porque no se sabía bien la letra, se equivocaba siempre al poco de empezar y la confundía con la canción del Rey de los Monos, que ni siquiera es de *El rey León*. Supongo que hay que estar presente para entenderlo, pero era muy divertido.

Esa noche, mientras yo vigilaba en la escalera, no llegaron a esa parte, porque, cuando murió el papá de Simba en la estampida de búfalos, Simon se quedó muy callado.

—¿Qué te pasa, cielo?

—¿Y si papá se muere?

No veía bien a papá. Y también me costaba oír lo que decía, pero seguro que ya te imaginas lo que contestaría cualquiera a una pregunta así. Mi padre en esos casos ponía una cara muy graciosa, abría mucho los ojos y decía algo como: ¡Caramba, hijo mío! ¿Sabes algo que tu padre no sabe?

Normalmente eso bastaba para arreglarlo todo, pero esta vez no fue así. Simon volvió a decir:

—¿Y si te mueres? ¿Y si...? ¿Y si os morís los dos?

Cuando se ponía nervioso no podía respirar, y eso empeoraba las cosas. Una vez, antes de que yo naciera, se quedó mucho rato sin respirar y se puso morado. Eso me

contó mi madre. Y aunque me explicó que le habían hecho una pequeña operación, para que no volviera a ocurrirle, aunque me dijo eso, mamá parecía asustada.

—¿Quién me...? ¿Qué sería...?

Simon se abrazó con fuerza. Debí de parecer un superhéroe al irrumpir en el cuarto de estar con la camisa del pijama ondeando como una capa. Seguramente fue la sorpresa lo que hizo que Simon se sobresaltara, y no estoy seguro de que ni siquiera me oyese, pero le dije:

—Yo cuidaré de ti, Simon. Yo siempre cuidaré de ti.

Seguimos leyendo el libro en familia. Y cuando llegamos a Hakuna Matata, cantamos todos juntos la canción de El Rey de los Monos. Nunca he visto a mis padres más orgullosos.

Papá tomó el último sorbo de vino y rellenó la copa.

Mamá posó su mano en la de él.

—Estamos cansados. Vamos a la cama.

—Me avergüenzo de mi propio hijo.

—Por favor, no digas eso.

—Es verdad. Y no es la primera vez.

—¿Y eso qué significa?

—Sabes perfectamente lo que significa, no finjas que a ti no te pasa lo mismo.

—No te atrevas a... Estás borracho.

—¿Tú crees?

—Sí. Lo estás. Es nuestro hijo, ¡por Dios!

Papá se deslizó hacia el extremo del sofá y sólo vi su pie dentro del calcetín, apoyado en la mesa de centro.

una nube de humo

Jacob ajustó los ganchos de un lado y me miró mientras yo ajustaba los del otro lado.

—Va en la tercera ranura —dijo.

Yo ya lo sabía.

Quería asegurarse.

Hecho esto, cogí el mando a distancia y pulsé el botón para dar vida al brazo mecánico con una sacudida y levantar a la señora Greening despacio por el aire.

—Eres muy amable —dijo ella.

Ese día tenía un buen día. A veces no hablaba. Creo que Jacob prefería que no hablase.

Jacob vació la bolsa de orina en una jarra de plástico mientras yo cambiaba las sábanas y ahuecaba las almohadas.

—Creo que hoy me sentaré en la silla —dijo la señora Greening.

Jacob colocó la silla de ruedas eléctrica y sujetó el cuello y la cabeza de su madre mientras yo pulsaba el botón ↓. El microondas pitó en la cocina.

—Ya voy yo —dijo Jacob. Y fue a por la comida.

—¿Sabe dónde está la bandeja? —pregunté.

—Ahí, en la mesilla de noche —señaló la señora Greening. Pero hasta eso le costaba una barbaridad. Tenía días mejores y días peores. En los peores de todos, apenas podía hacer nada.

Coloqué la bandeja en un soporte de la silla de ruedas.

—¿Eres igual de bueno con tu madre? —me preguntó.

—¿Qué? Mi madre no está...

Nos quedamos callados y el tiempo se hizo eterno.

La señora Greening tenía el cuello esbelto y bonito, pero la nariz aguileña. No llegaba a decidir si era más guapa que mi madre.

Supongo que eso no tiene importancia.

—Quiero decir que...

—Aquí tienes, mamá. —Jacob volvió y dejó la comida encima de la bandeja—. Ten cuidado, está caliente.

Jacob me había visto. Por supuesto que me había visto. Espiando por la ventana, observándolo, mirando a su madre y echando a correr después. ¿Y eso qué más da? ¿No estamos todos desesperados por revelar nuestros secretos?

Me expulsaron del colegio dos semanas. Mamá, papá y yo estábamos a un lado de la mesa, y la directora al otro lado.

—No podemos tolerar esta clase de comportamientos ni en este colegio ni en esta sociedad —dijo la directora.

Mis padres asintieron con la cabeza.

Supongo.

Yo me miraba las manos, demasiado avergonzado para mirar a nadie. Mamá dijo que lo sentía muchísimo, contó que yo había vuelto a casa blanco como un fantasma, y la directora dijo que no lo dudaba, que tanto ella como los demás profesores tenían la impresión de que yo era un alumno tranquilo y reflexivo.

Apreté los puños y me hice medias lunas en las palmas de las manos clavándome las uñas. Sabía que la directora me estaba mirando, que intentaba adivinar mis pensamientos. ¿Estaba pasando en casa algo que en el colegio deberían saber? ¿Algo que pudiera estar afectándome?

Mis padres negaron con la cabeza.

Supongo.

Da lo mismo, porque cuando volví a clase y me senté, mientras pasaban lista, vi a mi lado el rostro sonriente de Jacob. Jacob Greening no era de los que guardan rencor.

—No importa un carajo. No me dolió.

Creo que tuvo que armarse de valor para invitarme a su casa, pero eso hizo.

—Tengo el Grand Theft Auto. ¿Quieres venir a jugar? —preguntó. Y así empezamos a salir juntos después del colegio. Pero yo no era capaz de concentrarme en los juegos, ni siquiera en los que antes me gustaban. Con las clases me pasaba lo mismo. Estaba atento, interesado, tomando nota de todo, y de pronto la cabeza se me vaciaba por completo.

En lo que mejor me concentraba era en ayudar con la señora Greening. No ayudé desde el principio. Las primeras semanas, me quedaba en la cocina mientras Jacob hacía lo que tuviese que hacer, pero al cabo de un tiempo empecé a echar una mano con esto o lo otro, como preparar una taza de té o sintonizar en la radio la emisora que quería, mientras Jacob trituraba sus pastillas o lo que fuese.

Pasados unos meses, ayudaba en todo, y supongo que fue eso lo que me dio que pensar. Te vas a reír, pero pensé que tal vez, cuando terminase el colegio, podría ser médico.

Ya sé que es ridículo.

Ahora lo veo.

No tiene nada que ver con la compasión. He hecho que mucha gente se compadezca de mí, sobre todo las enfermeras psiquiátricas, incluso las más jóvenes que no han aprendido a poner una camisa de fuerza, o las más maternas y empalagosas, a quienes les basta con mirarme para ver lo que podría haberles ocurrido a los suyos. Una estudiante de enfermería me dijo una vez que casi se echó a llorar al leer mi historial. La mandé a tomar por culo. Con eso zanjé la cuestión.

Si ahora me miro las manos, si me miro los dedos mientras tecleo, las zonas duras en las que la piel se ha vuelto oscura, las manchas de tabaco en los nudillos, las uñas

mordidas... me cuesta creer que soy la misma persona. Me cuesta creer que éstas sean las mismas manos que ayudaban a levantar de la cama a la señora Greening, las que le ponían crema en las llagas con mucho cuidado, las que la ayudaban a lavarse y a cepillarse el pelo.

—Nos vamos a mi cuarto, mamá.

—Muy bien, cariño —dijo la señora Greening, llevándose a la boca una cucharada de papilla y derramando la mitad—. No hagáis mucho ruido.

En las paredes de la habitación de Jacob había pósters de grupos que causaban furor en la década de los noventa, como Helter Skelter y Fantazia. No venía a cuento, porque entonces éramos unos niños, pero él siempre hablaba de ellos, siempre decía que la música de baile era mucho mejor *en esa época*, que ahora se había vuelto demasiado comercial. Creo que le gustaba hablar de eso para recordarme que los pósters se los había regalado su hermano mayor antes de enrolarse en el ejército.

Supongo que era por eso.

No es que quisiera dárselas de listo, sólo quería hablar de su hermano... para que yo le hablase del mío. Esto se me acaba de ocurrir. Se me acaba de ocurrir mientras escribo.

Abrí el armario y levanté con cuidado el cubo de agua, con la botella de coca-cola cortada flotando en una capa de ceniza. Ésa era otra cosa que Jacob Greening y yo hacíamos juntos. Jacob rebuscó en un cajón, sacó lo que quedaba de nuestra bolsa de marihuana y puso un montón en un trozo de papel de aluminio.

No sé si habrás fumado alguna vez en una botella, pero ésa era otra de las cosas que le había enseñado su hermano. «A cogerse un colocón de la hostia».

—Cuéntame qué hiciste —dijo, de buenas a primeras.

—¿Qué?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Qué?

Puso el mechero encima del montón e inclinó poco a poco la botella dentro del agua hasta que se llenó de un humo denso y blanco.

—Cuéntame qué pasó. Por qué te fuiste del colegio en primaria. Todo el mundo habla de eso, todo el mundo dice...

—Todo el mundo dice ¿qué?

Me miró a los ojos, como asustado.

—¡Qué coño! Esto es mucho mejor. Ésta es para ti, si quieres.

Me arrodillé y aspiré con fuerza, inhalé el humo hasta que el agua me rozó los labios y luego aguanté la respiración.

Noté que Jacob me apretaba en un hombro.

¿Lo noté?

Aguanté la respiración.

—Ya sabes lo que quiero decir —repitió, esta vez en voz más baja—. Sólo quiero que sepas que puedes contármelo si quieres. Sabes que...

Aguanté la respiración y empecé a repasar mentalmente la conversación que había oído una vez, sin querer, desde la cocina, mientras Jacob estaba hablando con su madre, hablando de cosas cotidianas, de qué había hecho él en el colegio y de cuántos dolores tenía ella. La señora Greening cambió de tema de pronto.

—Ha llamado tu hermano —dijo—. Dice que la cárcel es muy dura, Jakey, dice que es muy dura.

Sentí ese aturdimiento familiar detrás de las orejas y noté que mi cerebro se ralentizaba poco a poco. El cubo era la hostia. Solté el aire y llené la habitación de humo.

Jacob no me estaba escuchando. Ni siquiera me miró cuando lo dije, y eso me hizo pensar que tal vez no había llegado a decirlo, que había sido únicamente un pensamiento. Sólo que eso no tenía sentido, porque yo lo había oído, había sonado en la habitación; entonces ¿era él quien lo había dicho? Estaba colocadísimo, ése era el problema. Pero, si Jacob lo hubiera dicho, ¿no habría movido los labios? A esas alturas ya ni siquiera me acordaba de lo que había oído, aunque la voz me sonó familiar, ¿o no? Estaba colocadísimo. De pronto me pareció que estaba demasiado colocado.

—¿Has oído eso?

—¿Si he oído qué? —Jacob había vuelto a encender el mechero, preparándose para su turno—. ¿Si he oído qué?

—No sé.

—¿Era mi madre?

—Yo no he sido, joder.

—¿Qué?

—¿Qué acabas de decir?

El ruido volvió a esfumarse. ¿Quién había hablado? ¿Quién había hablado? Estaba colocadísimo.

—¿Jugamos?

Jacob encendió la PlayStation 2 y cargó el Resident Evil. Yo me tiré en el suelo, fijé la vista en la pantalla y me perdí en la violencia, mientras pensaba en ser médico, en hacer las cosas mejor, en curar a su madre, en curar a la mía. Pero había algo más, había algo más, escondido en una nube de humo.

¿es útil esta pregunta?

5 4 3 2 1

mucho algo indeciso no mucho nada

¿Me crees? La gente no suele creerme. Me han hecho montones de preguntas. Preguntas como éstas:

Esa voz, la de él, ¿la oyes dentro de la cabeza o parece venir de fuera? ¿Y qué dice exactamente? ¿Te dice cosas o se limita a hacer comentarios sobre lo que estás haciendo? ¿Has hecho ya algunas de las cosas que te dice? ¿Cuáles? Dijiste que tu madre tomaba pastillas, ¿para qué son? ¿Hay alguien más en tu familia que esté LOCO DE ATAR? ¿Consumes drogas ilegales? ¿Cuánto alcohol bebes a la semana, al día? ¿Y cómo te sientes en este momento en una escala del 1 al 10? ¿Y en una escala del 1 al 7.400.000.000.000.000.000.000.000.000? ¿Y qué tal duermes últimamente, cómo andas de apetito? ¿Y qué pasó exactamente aquella noche, en el borde del acantilado, con tus propias palabras? ¿Lo recuerdas, puedes recordarlo? ¿Quieres hacer alguna pregunta? Cosas así.

Da igual que me esfuerce en pensar y en decir la verdad, porque la gente no cree ni una palabra de lo que digo.

Todo lo que hago lo deciden por mí. Tienen un plan. No estoy de coña. Tengo una copia de ese plan en alguna parte. Tenemos reuniones, yo y algunos médicos y enfermeras, y todo aquel a quien le dé por aparecer en ese momento para llevarse el pis. Tenemos reuniones. Son mis reuniones, así que todo el mundo habla de mí.

Después me dan unos folios, grapados, en los que está escrito mi plan.

El plan dice exactamente lo que tengo que hacer cada día, por ejemplo, ir a las terapias de grupo aquí, en el Centro de Día de Hope Road, y qué pastillas debo tomar, qué inyecciones, y quién es responsable de qué. Todo eso lo escriben para mí. Hay otro plan, pero sólo entra en juego si no me ciño al primero. Me persigue, como una sombra. Ésta es mi vida. Tengo diecinueve años y lo único en mi mundo entero sobre lo que tengo algún control es cómo elijo contar esta historia. Por eso no quiero cagarla. Me gustaría que confiaras en mí.

el elefante magnolia

Con buena luz, aún se distinguen las sombras de los personajes de Pokémon debajo de la pintura.

La habitación de Simon pasó a ser el cuarto de invitados.

Ocurrió un fin de semana.

—Tendríamos que haberlo hecho hace mucho tiempo —dijo papá.

Estaba subido a una escalera, pintando con el rodillo. Yo perfilaba las esquinas con una brocha y mamá estaba en el pasillo, clasificando unas cosas para el rastrillo benéfico y otras para la basura. Papá pasó el rodillo por la pared de arriba abajo.

—Lo que quiero decir es...

—Sé lo que quieres decir, papá.

Tenía razón. Si lo hubiéramos hecho enseguida, una parte de la despedida, una parte de la pena se habría absorbido. Pero dudar, esperar... es imposible saber cuánto esperar. ¿Es suficiente un año? El año se convierte en dos, luego en tres, y al final ha pasado media década y el elefante que hay en la habitación se convierte en la propia habitación.

El caso es que fui yo quien lo propuso. Era el sábado anterior a que operasen a mi abuelo de la rodilla por segunda vez. Las rodillas suelen operarlas por separado. Le habían operado de la primera seis meses antes, y todo había ido bien, pero la situación no era fácil para la abuela Noo. El abuelo pasó una temporada en una silla de ruedas, después empezó a andar con muletas, y a ella le costaba mucho moverlo y levantarlo. Mamá y papá estaban hablando de eso durante el desayuno, de lo terca que podía llegar a ser la abuela, y de cuánto había costado convencerla para que accediese a que el abuelo se quedara con nosotros después de la próxima operación. Se rieron al recordar lo aliviado que parecía el abuelo cuando ella finalmente cedió. Fue entonces cuando se me ocurrió.

—¿Creéis que deberíamos cambiar la habitación para él? —dije.

Estábamos tomando cereales, y al principio nadie contestó. Seguimos todos rumiando. Mamá fue la primera en tragar.

—¿Por qué no lo hacemos hoy? —dijo.

En mi recuerdo, papá escupió la leche por la nariz. Aunque puede que no lo hiciera. La memoria no para de engañarnos. De todos modos, es verdad que se quedó muy sorprendido.

—¿Tú crees, amor? Seguro que a tu padre no le importa que...

—Vamos a poner la habitación bonita para él.

Es tan simple como quitar una tirita.

No.

No es así. Es mucho más difícil. En lo único que se parecía a quitar una tirita es que, en cuanto tomamos la decisión, nos pusimos manos a la obra. No pretendo dar lecciones de duelo. Sólo cuento lo que hicimos. Papá midió la habitación y a primera hora de la tarde estábamos pateándonos B&Q, IKEA y Alfombras Allied.

—¿Puedes traer más periódicos? —pidió papá desde lo alto de la escalera. Mamá no contestó.

—Estás bien, ¿mamá? —Tampoco me contestó a mí.

Lo estaba llevando bastante bien. En B&Q se puso a coquetear con un empleado para que nos hiciera un descuento en los rodillos, a pesar de que no iban incluidos en el lote de las ofertas.

—Ya voy yo —dijo papá. Se limpió las manos con un papel y bajó de la escalera. Yo me quedé en el dormitorio, escuchando.

—¿Podemos cambiar el color de la pintura, Richard?

—A ti te gustaba.

—Sí. Y me gusta. ¿Podemos?

Oí que se abrazaban y alguien plantaba un beso en una mejilla.

—Si salimos ahora mismo, llegaremos antes de que cierren.

Cuando sacaban el coche del jardín, papá bajó la ventanilla, dijo adiós y levantó el pulgar. Aspiré hondo y noté el olor de la pintura húmeda. Después me puse a dibujar con los dedos en una zona de la pared y dejé que la pintura se me secara en la piel. Soy un desastre para los nombres de los colores, pero creo que aquel se parecía al terracota. Era intenso y cálido, y de pronto comprendí que mis padres volverían con un blanco o un magnolia o uno de esos tonos que ves en las oficinas y en las salas de espera, aunque en realidad no te fijas en ellos.

Redecorar una habitación significa borrar su antigua personalidad para darle una nueva. Mamá estaba dispuesta a desprenderse del papel pintado y las cortinas con dibujos de Pokémon, y de los aviones colgados del techo, pero no quería oír ningún comentario sobre la habitación: no quería una pintura con personalidad. Al menos así lo veo yo. Puede que parezca de locos, pero es que mi madre está loca. Tenemos en común mucho más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

Nos deshicimos de las cosas de mi hermano. Incluso la Nintendo 64 terminó en un rastrillo benéfico, con tres bolsas de basura negras llenas de ropa. Era domingo, y el local estaba cerrado, así que hicimos lo que se indicaba en el cartel y las dejamos en la puerta. Era extraño dejarlas así, pero no necesitábamos una ceremonia. Era lo que era: cosas que ya no se necesitaban.

La caja de recuerdos sí la conservamos, como es natural. Eso ni siquiera hace falta decirlo. Cuando todo lo demás estuvo listo, papá colocó con cuidado el armario de IKEA, y con eso terminamos.

Supongo que tendría que haber sido evidente que después de una operación de rodilla

mi abuelo necesitaría una cama en el piso de abajo.

Es posible que fuera evidente. Se quedó con nosotros hasta que pudo levantarse de la silla de ruedas y durmió siempre en una cama plegable, en el salón. Que yo recuerde, ni una sola vez subió las escaleras. Ni siquiera llegó a ver el cuarto de invitados. Ni sus paredes de color magnolia.

hitos

Fue el modo en que se reflejaban nuestras sombras. El sol se estaba poniendo a nuestras espaldas mientras pedaleábamos, y mamá me seguía a unos pasos por detrás, gritando para animarme: «Lo estás consiguiendo, cielo. Lo estás consiguiendo». Yo iba mirando el suelo y veía su sombra alejarse despacio, de manera que mi rueda delantera dibujaba un zigzag primero en sus rodillas, después en el torso, después en la cabeza, a medida que me alejaba. Iba solo de verdad.

—Ya estoy. Ya voy.

—¿Qué dices? No te oigo. —Mamá me estaba hablando a través de la puerta de mi habitación—. Por favor. Tienes que prepararte.

Hundí la cabeza en el colchón y me clavé un muelle en la mandíbula.

—¿Qué hora es?

—Son casi las doce. Tenemos que salir ya o no llegaremos a tiempo.

Respiré hondo. Las sábanas olían a sudor rancio.

—No voy a ir —dije.

—Claro que vas a ir.

—Ya las enviarán por correo.

—No te oigo. ¿Puedo entrar?

—He dicho que ya las enviarán por correo.

Dio un golpecito en la puerta y abrió sin esperar. A continuación llegó el suspiro y el leve movimiento de cabeza, como siempre.

—¿Qué pasa? Dilo.

—Ni siquiera te has levantado —dijo.

—Estoy cansado.

—Creía que...

—No he dicho que fuese a ir.

Con un solo movimiento recogió la ropa del suelo y la tiró al cesto de la colada. Echó un vistazo alrededor de la habitación y se fijó en la pipa pequeña y en la puñetera bolsa de hierba encima de la mesilla, pero hizo como si no lo viera y se acercó a abrir las cortinas.

—Matthew. ¿Qué narices es esto?

Mis cortinas no servían para nada, porque la luz se colaba por debajo de los pliegue, así que había cogido unas cajas de cereales vacías, las había aplastado y las había pegado encima del cristal.

—¿Qué será lo siguiente?

—¡Déjalo! Lo necesito. Hay demasiada luz.

—Se supone que tiene que haber luz. Es de día. Esto parece una cueva.

—Te he dicho que lo dejes.

Se quedó mirando los cartones, con la mano suspendida en el aire a punto de arrancarlos. Volvió a cerrar las cortinas y se volvió hacia mí, con los brazos en jarras.

—Si te has quedado sin desodorante —dijo—, ya sabes que basta con que lo apuntes en la lista. Yo no puedo estar al tanto de lo que necesita todo el mundo. Para eso está la lista.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién ha dicho nada de...?

—Huele mal. No me importa comprarte Lynx, o lo que quieras, pero tienes que apuntarlo en la lista, porque...

—No te he dicho que entraras.

—No. Pero ¿y si viene algún amigo?

—¿Quién?

—Quien sea. Jacob. Eso es lo de menos. Por favor, hazlo por mí. Por favor, Matt. Aunque a ti te traigan sin cuidado las notas, a mí me preocupan.

En la vida hay hitos. Acontecimientos que señalan determinados días y los hacen especiales, distintos de los demás.

Empiezan antes de que tengamos edad suficiente para darnos cuenta, como el día en que pronunciamos la primera palabra y el día en que damos los primeros pasos. El día en que pasamos la noche sin pañal. El día en que aprendemos que los demás tienen sentimientos y el día en que nos quitan los ruedines de la bici.

Si tenemos suerte —y yo la tengo, eso lo sé—, recibimos ayuda a lo largo del camino. Nadie nadó el primer ancho de piscina por mí, pero papá me estuvo llevando a clases de natación, aunque él no sabía nadar, y cuando gané la insignia de Tony el Tigre por los cinco metros, fue mamá quien la cosió a mi bañador con tanto cariño. Por eso creo que muchos de esos primeros hitos también fueron de mis padres.

Mamá apartó las manos de las caderas, se cruzó de brazos y volvió a ponerse en jarras.

Estaba nerviosa, se le notaba.

—Aunque a ti te traigan sin cuidado las notas, a mí me preocupan.

Se había levantado con papá y lo había llevado al trabajo en coche. En el coche fueron oyendo la radio. Eso no puedo saberlo. Lo estoy suponiendo. Es lo que podría llamarse una conjetura. Un reportero de la emisora local había instalado su base de operaciones en la puerta de un instituto. No sabían cuál era, pero podía tratarse del mío. El reportero contó que el promedio de los alumnos que obtenían el título de secundaria seguía creciendo por enésimo año consecutivo; decía que los chicos empezaban a cerrar la brecha que los separaba de las chicas; que se observaba un ligero incremento de la educación en casa, y a mi madre se le encogieron las tripas. Después adoptó el acento regional para acercarse a un grupo de chicas chillonas y separó a una del grupo para hacerle la entrevista de rigor. Humm, cuatro

sobresalientes, tres notables y dos bienes, dice la chica, jadeando de emoción. Ah, y un suficiente en mates, añade con una risita. Yo odio las mates.

—Es un chico listo. Seguro que le ha ido bien —dijo mi padre al salir del coche.

—Sí, ya lo sé —contestó mi madre en voz baja.

En medio del tráfico lento y la llovizna fina, suficiente para tener que poner los limpiaparabrisas pero no lo suficiente para que éstos no chirriasen, mamá debió de permitirse el pequeño lujo de imaginar una mañana perfecta.

En esa mañana, esa mañana perfecta, ella volvería a casa, yo ya me habría levantado y la estaría esperando en la cocina. Me habría preparado una tostada, aunque apenas la habría probado. Estoy demasiado nervioso.

—¿Me puedes llevar en coche, mamá? Es que... quiero que estés allí.

—Claro que sí —sonríe. Se sienta a mi lado y me roba un trozo de tostada—. Escucha un momento —dice.

Escucha un momento.

Escucha.

Escucha.

Lo ensayó en mitad del tráfico.

Su voz sería perfecta. Una voz tranquilizante, tierna y alentadora. No esa otra voz áspera y ronca. No esa otra voz exasperada de voy a contar hasta diez y a empezar de nuevo, esa voz que yo había empezado a imitar para sacarla de quicio.

—Escucha un momento. No tienes ningún motivo para estar nervioso. Te has esforzado mucho. Has dado lo mejor de ti. Y eso, Matt, es lo más importante.

Después surgieron las dudas. O quizá estaban ahí desde el principio, pero ella no las vio hasta entonces. Como gotas de lluvia en el parabrisas. Al principio puedes atravesarlas con la mirada y centrar la vista a lo lejos, como si no estuvieran, pero cuando te fijas en ellas, ya no puedes dejar de verlas. Para que hubiera existido esa mañana perfecta tendrían que haber existido otras mañanas perfectas: una secuencia de días previos, en los que yo me hubiera esforzado y hubiese dado lo mejor de mí.

Y a estas alturas —supongo, son sólo suposiciones—, el coche de delante se ha alejado bastante y el conductor que está detrás toca el claxon. Mamá se lleva un susto y pisa el acelerador.

Cuando llegó a casa, ya estaba alterada, ya estaba sopesando si despertarme y llevarme en coche o tomarse una pastilla amarilla y volver a la cama.

—No voy a ir —repetí. Tenía el muelle del colchón clavado en la mandíbula—. No hace falta ir a recogerlas. Lo dice en la carta. Si no vas, las envían por correo.

—Pero... eso no tiene sentido. Por favor. Yo te llevaré.

—No. No voy a ir.

Mamá tenía sus propias teorías, y esas teorías llenaron el espacio oscuro a los pies de mi cama.

—¿Quieres hacerme daño? —preguntó.

Me di la vuelta y puse fin a la conversación.

No la oí salir.

Me levanté del sillín para pedalear mejor, sujetándome al manillar. Lo vi a lo lejos. Estaba muy lejos, pero se acercaba con cada pedalada.

Surgió de la tierra y llegó hasta el cielo: cristal, ladrillo y hormigón.

Volví a poner la vista en el suelo y a mirar el zigzag que dibujaba la rueda delantera en sus rodillas, su torso, su cabeza. Me alejaba.

Lo estoy consiguiendo. Lo estoy consiguiendo de verdad.

Ya sabes cómo son los sueños.

la misma historia

Hoy sólo quince minutos antes del pinchazo. Tengo algunos problemas con las pastillas y la solución es una aguja larga y afilada.

Cada dos semanas, en lados alternos.

Prefiero no pensarlo. Es mejor no pensarlo hasta el preciso instante en que me ponen la inyección.

A tomar por culo.

Me voy a casa.

COMO SI ESTUVIERAS EN TU CASA

Todavía no te he contado dónde vivo.

Es posible que no tenga importancia, pero voy a contártelo para que puedas imaginarte las cosas conforme vas leyendo. Leer es un poco como alucinar.

Alucina esto:

Un cielo gris ceniza por encima de un bloque de apartamentos municipales pintados de amarillo chillón. Llama al portero automático. Es el sexto piso, el número 607. Entra. El pasillo, estrecho y oscuro, está lleno de zapatillas viejas, de botellas de coca-cola y Dr. Pepper vacías, de envases de comida para llevar y de periódicos gratuitos.

A la izquierda está la cocina, perdona el desorden. El hervidor está escupiendo vapor y humedeciendo el papel verde lima de la pared, que ya está despegado. Hay un cenicero al lado de la ventana, y, si abres las persianas, podrás espiar la mitad de Bristol.

La ciudad también te podrá espiar a ti.

El cuarto de baño está al otro lado del pasillo, pero el cerrojo no cierra bien, así que necesitarás una cuña para cerrar la puerta. En el techo hay un esqueleto de araña atrapada en su propia tela. Mi cuchilla de afeitar está muy gastada y se me ha acabado la pasta de dientes.

Tengo un dormitorio pequeño, con un colchón directamente en el suelo y una almohada de plumas de ganso húngaro comprada en John Lewis por casi cincuenta libras. La habitación huele a marihuana y a sueño interrumpido, y bien entrada la noche oirás las peleas de los vecinos de arriba.

En la sala de estar hay un par de esterillas encima de la moqueta rota. Paso la mayor parte del tiempo aquí y procuro tenerlo ordenado, pero es tan pequeño que, por mucho que ordene, todo parece amontonado. No tengo radio ni televisor. En una mesa de madera, junto a la ventana, hay un libro titulado Vivir con Voces y papeles con mis textos y mis dibujos.

En el otro rincón, y a lo largo de la pared, por detrás de la butaca y las cortinas, está el montón de tubos de plástico, botellas y tarros llenos de tierra que representan lo que ha sobrevivido de mi Proyecto Especial.

Hoy tengo una buena temperatura, porque he encendido la calefacción. Normalmente no me molesto en encenderla, pero hoy la he encendido porque es jueves, y eso significa que la abuela Noo ha venido a verme. Si soy sincero, no quería que viniese, porque me daba miedo que resbalase por culpa del hielo. Ha nevado mucho últimamente, más que nunca, y en las zonas donde la nieve ha empezado a derretirse, la capa blanca y crujiente se ha convertido en nieve fangosa.

Como no tengo teléfono, lo primero que hice esta mañana fue meter un poco de comida en una bolsa, para El Cerdo, ponerme el anorak y bajar a la cabina que está al final de la calle. Marqué el número de la abuela Noo.

–4960216. –Así contesta mi abuelo el teléfono. Contesta diciendo el número que acabas de marcar. Es absurdo.

–Abuelo, soy Matthew.

–¿Hola? –Mi abuelo no oye bien y hay que alzar la voz para hablar con

él por teléfono.

—SOY MATTHEW.

—Matthew, tu abuela ya ha salido.

—No quería que viniese, por el hielo.

—Le he dicho que no fuera, por eso mismo, pero ya sabes lo terca que es.

—Vale, abuelo. Adiós.

—¿Hola?

—ADIÓS, ABUELO.

—La abuela ya ha salido. Acaba de marcharse.

No volví a casa directamente. Fui al súper y compré dos patatas y una lata de Carlsberg Special Brew.

No sé si has estado en Bristol, pero si lo conoces, es posible que hayas visto ese triángulo de césped y de cristales rotos que hay en la esquina de Jamaica Street con Cheltenham Road, un poco más allá del albergue para la gente que vive en la calle y del Salón de Masajes donde cobran por un servicio sexual completo, aunque sólo quieras caricias y chupar tetas. Suele haber gente sin techo rondando por ahí, para matar el tiempo. El Cerdo es el que mejor me cae.

Es un nombre cruel, pero así es como él dice que se llama. Tiene cara de cerdo, la nariz achatada y vuelta hacia arriba, y ojos de cerdito detrás de unas gafas sucias y de cristales gruesos. Hasta gruñe como un cerdo. La verdad es que exagera un poco.

Nunca quedamos en vernos. Más bien nos encontramos por casualidad. Todas las mañanas, cuando voy andando al Centro de Día, y todas las tardes, cuando vuelvo a casa, siempre me lo encuentro en el mismo sitio. En general no es que quiera verlo especialmente, pero anoche me dio por imaginarme cómo sería vivir en la calle con este frío. Cuando algo te preocupa, es más fácil dormir si sabes que vas a intentar resolverlo. Por eso, esta mañana he decidido llevarle al Cerdo un par de sudaderas y un envase de sopa de pollo con champiñones.

—¿Qué tal, chaval? —Siempre me llama chaval. Puede que no recuerde mi nombre. No somos amigos, sólo nos sentamos un rato a veces.

—Muy bien, Cerdo. Frío, ¿eh?

Abrí la lata de cerveza. El Cerdo es alcohólico y me siento un poco culpable cuando bebo con él. Blandió su revista, La gran cuestión, cuando se acercaba una mujer que llevaba unas botas de nieve, suaves y esponjosas. La mujer sonrió cortésmente y cruzó a la otra acera.

En realidad no vende la revista. La agita de vez en cuando para llamar la atención, y si alguien quiere comprarla le pide dinero en vez de vendérsela. Hace tiempo que tengo intención de conseguirle el último ejemplar. La semana pasada, un pelirrojo con rastas y un abrigo de lana gruesa le soltó un sermón al Cerdo. Le dijo que eso era un insulto para los que vendían la revista legítimamente. Se paró en la calle para echarle la bronca. Después le ofreció unas monedas, unos ocho peniques, cruzó la calle y entró en un bar. Supongo que tenía razón, pero era un gilipollas.

Me bebí el último trago de cerveza. No sabe demasiado bien; es una bebida más funcional que otra cosa.

—Te olvidas la bolsa, chaval.

—No. Es para ti.

Abrió el envase y olisqueó la sopa como un cerdo en busca de trufas. Quizá esperaba algo más fuerte.

Cuando atajaba por los garajes vacíos y empezaba a subir la cuesta, vi el coche de la abuela Noo torciendo la esquina. Me saludó con la mano, nerviosa, como hace la gente cuando no espera verte o tiene miedo de soltar el volante. Esperé a que aparcase y la ayudé a salir del coche.

—No quería que vinieses, por el hielo.

—Tonterías. Ayúdame con las bolsas.

Es muy generosa. Eso ya lo he dicho. Siempre que viene trae algo de comer para ese día y más comida para que me dure el resto de la semana, y unos refrescos. Así lo llama ella. Refrescos.

—Eso también —dijo, señalando un maletín de plástico color crema, con un asa marrón.

—¿Qué es?

—Pesa bastante. ¿Puedes con él?

—Sí. ¿Qué hay dentro?

—Ya lo verás.

El ascensor está estropeado. Siempre está estropeado, y aunque no lo estuviera hay otra razón por la que no querías que tu abuela Noo subiera en ascensor, como que alguien se ha meado en un rincón o ha escrito en las paredes alguna crueldad que se refiere a ti. Llevo más de dos años viviendo en este edificio, desde que tenía diecisiete, y creo que la abuela no ha cogido el ascensor ni una sola vez. Me preocupa que se caiga en las escaleras, así que siempre voy detrás de ella. Dice que soy un caballero.

—Esto está hecho un asco.

—Perdona, abuela. Tenía intención de limpiar.

Diecisiete años no son edad suficiente para irse de casa, ya lo sé. Y es posible que no hubiera tenido valor para mudarme por mi propio pie, pero no fue por mi propio pie, al menos al principio. Ya hablaré de eso más adelante.

Dejamos las bolsas en la encimera de la cocina.

—He comprado patatas —dije—. He pensado hacer patatas asadas.

Estaba un poco mareado, por culpa de la cerveza, y esperaba que la visita fuera breve. Así de egoísta puedo llegar a ser.

—Eres un buen chico. Pero no. Con eso te morirás de hambre. Voy a hacer pasta al horno.

A la abuela Noo es mejor no llevarle la contraria. Es muy cabezota. Así que la ayudé a cortar la verdura. Lo bueno que tiene la abuela Noo es que habla poco y no hace muchas preguntas.

—¿Has visto a tu madre recientemente?

Menos ésa. Esa pregunta me la hacía siempre. Yo no contestaba. La abuela sonreía y me cogía de la mano.

—Eres un buen chico, Matthew. Nos preocupamos por ti.

—¿Quién se preocupa?

—Yo. Y tu madre, y tu padre. Pero se preocuparían menos si los vieras más a menudo. —Me estrujó los dedos y pensé que su mano se parecía mucho a la de mi madre: fría y fina como el papel.

—¿Qué tal está el abuelo? —pregunté.

—Haciéndose mayor, Matthew. Los dos nos estamos haciendo mayores.

Espero que mi abuela no se muera nunca.

Comimos la pasta. Me senté en la silla y ella en la butaca, mullida y tapizada con una tela de flores. Pasó los dedos por las quemaduras del brazo, porque a veces apago ahí los cigarrillos, y empezó a pensar que debería ser más cuidadoso. Después echó un vistazo a lo que queda de mi Proyecto Especial: los frascos y las tuberías que ni siquiera soy capaz de tirar, aun después de tanto tiempo. Empezó a pensar también en eso, pero no dijo nada.

—Me alegro de verte, Matthew —fue lo que dijo.

—Gracias. La próxima vez que vengas limpiaré.

Sonrió y se frotó las manos.

—¿Quieres ver tu regalo?

—¿Me has traído un regalo?

Yo había dejado el maletín en la entrada, así que fui a buscarlo y lo puse en la alfombra, a los pies de la abuela.

—Ábrelo —dijo.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo verás. Empuja los cierres que hay a los lados.

Supongo que es un regalo extraño en estos tiempos, pero la abuela lo vio en un rastrillo y se acordó de mí.

—Para que escribas —dijo.

Probablemente fue por la cerveza, pero lo cierto es que estuve a punto de gritar de alegría.

—Bueno, no es un ordenador —dijo—. Ya lo sé. Pero en una máquina como ésa escribía yo cuando tenía tu edad, y son muy buenas. Sólo hay que cogerle el tranquillo. Si pisas más de una tecla al mismo tiempo, se atascan, y no se puede borrar lo que has escrito, pero bueno, pensé que te vendría bien para escribir tus cosas.

A veces uno no sabe qué decir cuando alguien se porta tan bien. No sabe dónde mirar.

Llevamos los platos a la cocina y me puse a lavarlos mientras la abuela Noo sacaba de un cajón su paquete secreto de cigarrillos mentolados. Soy el único de la familia que sabe que fuma, y sólo fuma cuando está conmigo. No lo digo para presumir, porque es absurdo presumir de eso, pero me hace sentir importante, no sé por qué. No lo puedo explicar.

Eché el humo por la ventana.

—Qué día más horrible, ¿verdad?

—No. Es un buen día —dije, limpiándome una mancha de tinta del pulgar—. Es un día estupendo.

No se quedó mucho más. Bajamos las escaleras, ella cogida de mi brazo. Antes de subir al coche, me dio dos besos: uno en la frente y otro en la mejilla. Me fumé otro cigarrillo al lado de los contenedores amarillos y vi a uno de mis vecinos dándole un puntapié a su perro.

Bueno, pensaba que tenía que describir dónde vivo. No es perfecto, pero es mi casa, y ahora tengo una máquina de escribir. No pienso marcharme de aquí por el momento.

*Matthew Homes
Apartamento 607
Terrence House
Kingsdown
Bristol*

Viernes, 5 de febrero de 2010

Querido Matthew:

He pasado a ver si todo va bien. El jueves desapareciste de pronto de Hope Road y hoy tampoco te hemos visto por aquí. Estaré en el trabajo hasta las cinco, pero llevaré el móvil esta noche también, para que cuando recibas esta nota me llames si puedes al 07700900934. (Te dejo en el sobre 50 peniques porque sé que a veces no tienes monedas para el teléfono.)

Un abrazo,

*Denise Lovell
Coordinadora*

Servicios Sociales de Salud Mental de Brunel-Bristol

NO MENCIONABA LA AGUJA. Seguramente te habrás fijado en que no decía nada de eso.

¿Dices que has pasado a ver si todo va bien? Sí, vale. Y si hubiese abierto la puerta, habrías dicho: «Ah, ya que estoy aquí, Matt, podría ponerte la inyección».

No, gracias.

Hoy no, Denise Lovell. Estoy ocupado escribiendo, gracias.

Se quedó en la puerta una eternidad, esperando, llamando, esperando, toc toc toc. Pasaron por lo menos diez minutos, yo muy quieto para no hacer ningún ruido, hasta que por fin se dio por vencida y dejó la nota en el buzón.

De todos modos, tengo que tener cuidado. No estoy bien mentalmente y no es la primera vez que las cosas se me tuercen.

INDICIOS DE RECAÍDA

1. Voz: No.
2. Átomos: No.
3. No colaborar con el equipo de apoyo: Ups.

Sólo tengo uno de los tres síntomas

Fue idea de Jacob Greening que nos fuéramos de casa después del 2011 y alquilásemos un apartamento. Nuestro primer apartamento, dijo. Sería genial. A mí también me lo pareció. Era muy fácil imaginarnos a los dos juntos, para siempre.

¿Me estoy precipitando?

Lo primero era encontrar trabajo, pero no fue difícil porque nos daba lo mismo hacer cualquier cosa. Él encontró en el Kebab House 24 horas y poco después yo tuve una entrevista para trabajar como auxiliar en una residencia de ancianos. El director me preguntó si tenía experiencia y dije que sí, que había ayudado a cuidar de una persona inválida, así que entendía de escaras y Sudocrem y movilizaciones y cuidados bucales y baños en la cama y cuñas y catéteres y cambiar las sábanas sin levantar al enfermo y Fortisips y todas esas cosas, y que me gustaba.

El director sonrió y preguntó si me gustaría hacer el turno de noche. Sí.

Es para volverse loca, dijo mamá. Es como hablar con una pared. Siguió hablando de sobresalientes, de ir a la universidad. De lo buenas que habían sido mis notas a pesar de lo poco que me había esforzado, a pesar de que me había negado a dejar de fumar esa PUÑETERA HIERBA.

Habló de mis capacidades.

Nunca he entendido qué tiene de especial desarrollar las capacidades. En la residencia de ancianos tuve que aprender cómo eran los residentes. Sabía más cosas de ellos que ellos mismos. Cada residente tenía una carpeta, que se guardaba en un cajón de la mesilla, al lado de su cama. En la cubierta interior había una nota pegada con celo, escrita por el residente. En realidad no la escribían los ancianos, porque la mitad de ellos estaban demasiado dementes para saber lo que era un bolígrafo. Simplemente se hacía como si la hubiesen escrito ellos, para que pareciese más personal.

Podía decir, por ejemplo:

HOLA, me llamo Sylvia Stevens. Prefiero que me llamen señora Stevens, por favor. He sido secretaria y estoy muy orgullosa de mis cinco nietos, que son una preciosidad. Necesito que me corten la comida, pero prefiero comer sola, así que, por favor, ten paciencia si ves que tardo mucho. Me gusta oír Radio 4 por las noches. Me ayuda a dormir.

O podía decir:

HOLA, me llamo Terry Archibald. He sido marino mercante e historiador. Incluso escribí un libro de historia que puedes encontrar en el despacho del director. Por favor, ten mucho cuidado si lo coges, porque quedan pocos ejemplares. A veces me pongo nervioso y puedo agredir si me siento amenazado, así que, por favor, no dejes de hablarme mientras me atiendes, para tranquilizarme. Mi mujer viene a verme los miércoles y los domingos.

O podía decir:

HOLA, me llamo William Roberts. Casi todos me llaman Bill. He cometido horribles delitos sexuales con niñas, incluidas mis dos hijas, pero no he tenido que enfrentarme a la justicia. Tienes que triturar mi comida, por favor, y darme de comer. Me dejan tomar un vaso de cerveza poco antes de acostarme.

O:

HOLA, me llamo tus capacidades, pero puedes llamarme imposible. Soy las oportunidades perdidas. Soy las expectativas que nunca se cumplieron. Me burlo de ti a todas horas, por mucho que te esfuerces, por más esperanzas que pongas. Por favor, ponme polvos de talco en el culo después de lavarme y ten presente que nuestra mierda huele exactamente igual.

No me hagas caso. Hoy estoy cabreado. ¿Quién se cree que es Denise Lovell para venir a mi casa con la intención de pillarme? ¿Por qué no me dejan en paz?

No me hagas caso.

ERES MUY VALIOSO PARA EL EQUIPO, decía el director.

Siempre era el primero en ofrecerse voluntario para cubrir los turnos cuando alguien se ponía enfermo y nunca me quejaba si me asignaban trabajo extra en el turno de noche. No sé qué haríamos sin ti, decía el director.

Tenía una hora de descanso a las tres de la madrugada, para dormir un rato antes de empezar a preparar los desayunos, pero no dormía. Cogía la bici y me iba a dar un paseo por las calles silenciosas hasta el parque, hasta nuestro banco, al lado de un árbol. A veces Jacob llegaba antes que yo y me esperaba, otras veces yo llegaba primero y lo veía aparecer por la entrada principal y acelerar por el césped en la cuesta abajo, pedaleando tan deprisa que la bici temblaba y se sacudía, hasta que llegaba justo al lado del banco, clavaba el freno y derrapaba con la rueda de atrás, levantando la tierra húmeda.

Traía hamburguesas con queso y patatas fritas del Kebab House, y pasábamos juntos la hora de descanso, contemplando la noche, comiendo porquería y hablando de nuestro plan de alquilar un apartamento en cuanto hubiésemos ahorrado lo suficiente. Este apartamento, nuestro apartamento, nuestra vida. Todo era de lo más fácil.

PERO PODEMOS AYUDARTE, se ofreció mamá, que estaba nerviosa, dando vueltas por el jardín.

No había pegado ojo en toda la noche. La oí rebuscando en el desván platos y cubiertos viejos, un hervidor y una tostadora que eran regalos de boda, guardados en cajas cubiertas de polvo. Me pareció que gimoteaba. Al cabo de un rato oí la voz de papá:

–Ya está bien, cariño. Ven a la cama. Es muy tarde.

Estábamos rodeados por el primer capítulo de mi vida, cuidadosamente embalado en cajas.

–Tu padre estará aquí dentro de un par de horas –dijo–. Podemos hacer un par de viajes con el coche. Por favor, déjanos ayudar.

–No hace falta. Ya lo hemos organizado.

Jacob se había hecho amigo de un chico del Kebab. Hamed, creo que se llamaba. Era el hijo del dueño o algo por el estilo. Tenía un par de años más que nosotros y una furgoneta propia, de baja suspensión, con cortinas negras en las ventanillas y la mitad de la parte de atrás ocupada por un equipo de sonido que hacía temblar el suelo por donde pasaba.

Hamed tiró la colilla a la alcantarilla y le tendió la mano a mamá a través de la ventanilla.

–Conque su hijo abandona el nido, ¿eh?

Mamá le sonrió.

Hamed se frotó la nuca y entrecerró los ojos para mirar el cielo.

–Buen día para mudarse, ¿verdad?

Ahora, cuando lo pienso, veo que Jacob no se tomó la molestia de llevarse muchas cosas, como sus pósters y su ropa de invierno.

La señora Greening nos animó desde el principio.

–Necesitas tener tu propia vida, Jakey –dijo–. Estoy muy orgullosa de los dos, chicos. –Pero le temblaba un poco la voz y era evidente que tenía miedo. Los servicios sociales habían reforzado la asistencia, pero Jacob seguía ocupándose de muchas cosas.

La señora Greening tenía una funda de plástico para los lápices y los bolígrafos, para hacerlos más gruesos y poder cogerlos mejor. Debió de costarle mucho hacer esa tarjeta. Dibujó una casa, una casa como la que dibujaría un niño, con el humo saliendo por la chimenea, nubes de algodón en el cielo y un sol amarillo con la cara sonriente. Se avergonzó un poco del dibujo, porque sabía que a mí se me daba bien dibujar. Eso dijo cuando nos la dio. Y también dijo que sentía no tener un sobre, y que no teníamos la obligación de exhibirla en nuestra casa.

–Es genial –dije yo.

Y lo decía de verdad. Me recordó algo. En ese momento no supe qué era, pero me hizo sentir feliz y triste al mismo tiempo.

Cuando llegamos al apartamento, Jacob puso la tarjeta en la nevera y la sujetó con un abrebotellas que tenía un imán. FELICIDADES POR VUESTRA CASA. Pero de momento estaba en el salpicadero de la furgoneta y Jacob la miraba sin decir palabra. Su madre no era la única que tenía miedo. Él también lo tenía.

Supongo que mamá tuvo que aguantarse las ganas de meterse en una caja, con la esperanza de venir conmigo.

–No te dé vergüenza volver si no sale bien.

No lo dijo en voz baja. Se aseguró de que Jacob también la oyese, a pesar del volumen de la música.

—Saldrá bien —repliqué, mirándola.

Le lancé un beso de Adiós y Hasta Nunca. Fue cruel de mi parte, pero ella nunca sabía leer entre líneas. Hizo el gesto de fingir que cogía el beso y lo estrechaba contra su corazón.

Éstos son los momentos que conforman los puntos de nuestro pasado. Todo lo demás es cuestión de unir los puntos con líneas hasta que aparece el dibujo.

Tocamos el claxon y tuvimos que dar un volantazo.

El niño surgió de la nada en mitad de la carretera, cruzando entre los coches.

Llevaba un anorak naranja y no le vi la cara porque tenía la capucha puesta. Pero creo, creo, que era yo. Yo había intentado escaparme, y mamá me alcanzó delante del colegio. Oí los latidos de su corazón a través de la absurda capucha mientras me llevaba al médico.

Miré por el retrovisor lateral, convencido de que me estaba siguiendo.

Cariño, espera. Por favor.

No.

No se había movido. Estaba completamente inmóvil, estrechando mi beso contra su pecho. Se quedaría así hasta que papá volviera del trabajo, le pidiese que entrara en casa y le diese una pastilla.

Adiós y
Hasta Nunca.

LA PRIMERA NOCHE ninguno de los dos teníamos que ir a trabajar.

Como no teníamos muebles propiamente dichos, colocamos nuestros colchones juntos en el suelo del dormitorio y nos sentamos allí. Nos llevamos la bombilla del vestíbulo, porque era la única que habían dejado los anteriores inquilinos. Yo puse mi flexo en la cocina, para que pudiéramos cocinar.

Comimos patatas fritas con judías blancas y montañas de ketchup y compartimos una botella de sidra de tres litros.

Tal como lo digo, parece una mierda. No lo fue. Fue perfecto.

La segunda noche tuvimos que volver al trabajo.

Así, a las tres de la mañana, fuimos en la bici hasta nuestro banco junto al árbol mientras la noche daba paso al amanecer.

Jacob habló de los animales crepusculares. Era un término que yo no conocía, y presumió un poco de saber más que yo. Dijo que los dos éramos crepusculares, porque vivíamos principalmente entre el atardecer y el amanecer. Jacob se emociona con las cosas más peregrinas y es capaz de incomodar a los demás. Es de esas personas que hacen cuchichear a la gente. Que le hacen decir cosas como: «¿Verdad que es capaz de pelearse hasta con su piel?». Y los demás mueven la cabeza, pensativos, y dicen: «Le pasa algo raro».

—Eres mi mejor amigo, Jacob.

—Más vale, joder.

Me acarició los dedos. No llegó a cogerme de la mano, no llegó a cogerme de la mano. Nos agarramos los dos a los listones del banco.

La tercera noche me quedé solo en casa.

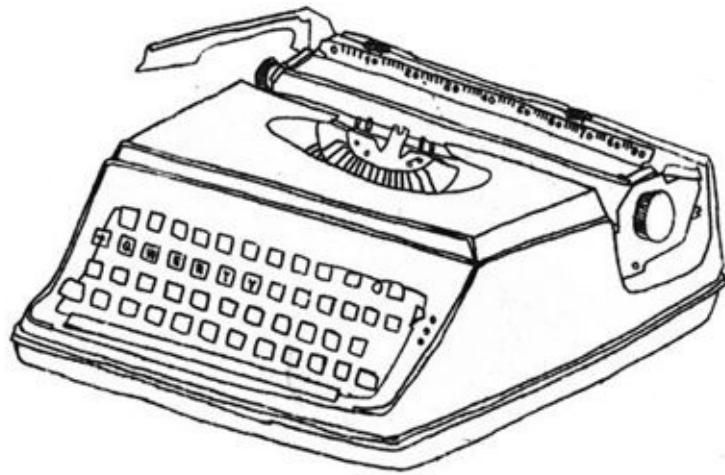
Me di una ducha antes de acostarme. Mientras me secaba, me miré en el espejo empañado del cuarto de baño.

Ja.

No sabes cómo soy.

Eso fue lo único que pensé. No he dicho ni una sola vez qué aspecto tengo. Dije que soy alto y que estoy engordando. Eso sí lo dije, aunque quizá no lo recuerdes. Engordar es un efecto secundario de la medicación que tomo.

Denise Lovell me dio una hoja de Información para el Paciente, con todos los efectos secundarios enumerados en letra microscópica.



EFFECTOS SECUNDARIOS MÁS COMUNES, dice:

ansiedad;	exceso de salivación;
somnolencia;	cambios de apetito;
visión borrosa;	inquietud;
calambres o temblores;	vértigos leves;
sudoración;	erupciones cutáneas;
náuseas;	dolor o malestar estomacal;
mareo;	dolor en la zona de la inyección;
depresión;	fatiga;
dolor de cabeza;	trastornos del sueño;
vómitos;	aumento de peso.

Días felices, ¿eh? Mejor no preguntes por los efectos menos comunes.

No, ¡qué coño! ¿Por qué no?:

Reacciones alérgicas severas; infecciones; pensamientos anormales; modo de andar anormal; picores; babeo; rigidez facial; fiebre; ansiedad severa; disfunción sexual; convulsiones; pensamientos o intentos de suicidio; dificultades respiratorias; arritmia; dificultad para concentrarse, hablar o tragar; dificultad para estarse quieto sentado; dificultad para levantarse o caminar; espasmos musculares; arrebatos de ira; pesadillas; matar a tu hermano, otra vez.

Me estoy adelantando a los acontecimientos.

Todavía no estaba tomando esa puta medicación. El espejo del cuarto de baño mostraba la imagen borrosa de un joven sano, con un trabajo nuevo, una casa nueva y la promesa de una vida nueva. Tendría que haber limpiado el vaho del espejo para observarlo bien.

Ahora lamento no haberlo hecho.

Pero no lo hice, así que tú tampoco puedes hacerlo.

*Matthew Homes
Apartamento 607
Terrence House
Kingsdown
Bristol*

Lunes, 8 de febrero de 2010

Querido Matthew:

Estoy un poco preocupada. Esperaba que te pusieras en contacto con el equipo el fin de semana, pero no sabemos nada de ti. Y hoy tampoco te hemos visto por el Centro de Día.

Ya sé que no quieres que armemos un lío por esto, Matt, y lo respeto, pero tenemos que estar en contacto. Además, es muy importante que te pongas tu inyección. Ése fue el acuerdo cuando firmaste la Orden de Tratamiento. Podemos hablarlo si quieres.

Por favor, llámame al 07700900934, o al despacho, 0117496 0777, lo antes posible. Espero que hayas pasado un buen fin de semana.

Saludos cordiales,

*Denise Lovell
Coordinadora*

Servicios Sociales de Salud Mental de Brunel-Bristol

PS: He rellenado mi parte de los nuevos formularios para el Subsidio de Discapacidad. También podemos repasarlos juntos. ¡Creo que tienes derecho a recibir un poco más de dinero!

TOC TOC TOC toc toc toc toc. Otra vez estuvo allí diez minutos, llamando a la puerta, abriendo el buzón, asomándose a mirar por él. Toc toc toc. Hola, Matt. ¿Estás en casa? Toc TOC TOC.

La oía respirar.

Ella no me veía, porque estaba sentado aquí, de espaldas a la puerta, aguzando el oído. Ya que lo preguntas, Denise Lovell, no, no he pasado un buen fin de semana. La verdad es que he sentido un poco de lástima de mí mismo.

La abuela Noo me riñe cuando hago eso. Dice que dar vueltas a las cosas no sirve de nada, que lo importante es dar gracias por lo que uno tiene todos los días, que la felicidad está en una buena comida o un paseo al aire libre. Sé que tiene razón. Sólo que es más fácil encontrar la felicidad en una buena comida cuando hay alguien más para pasarte el ketchup. A pesar de todos nuestros planes, Jacob no vivió mucho tiempo conmigo. No más de cuatro o cinco meses.

No llegamos a pasar las Navidades aquí juntos, ni a cumplir los dieciocho. Ya sé que es absurdo preocuparse demasiado por cosas así. Además, la culpa es mía.

Tengo que contar por qué se fue Jacob.

Aunque hay distintas versiones de la verdad. Si nos encontrásemos en la calle, nos viéramos de pasada y volviéramos a mirarnos, probablemente tendríamos el mismo aspecto, sentiríamos lo mismo y pensaríamos lo mismo, pero las partículas subatómicas, las partes más pequeñas de nosotros que componen todas las demás, habrían huido a velocidades imposibles y habrían sido sustituidas por otras. Seríamos personas completamente distintas. Todo cambia continuamente.

La verdad cambia.

He aquí tres verdades.

Toc
TOCTOC

Verdad n. 1

Entonces aún no tenía la butaca. La sala de estar parecía más grande y él más pequeño, sentado en la alfombra, a la luz polvorienta de la ventana. Tenía la cara escondida entre las manos. No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero creo que mucho.

Yo acababa de levantarme después del turno de noche y seguía abrazado a mi almohada carísima. Fue un regalo del abuelo y de la abuela Noo, para ayudarme con los malos sueños, los sueños que habían empezado a perseguirme cuando estaba despierto, hasta el punto de que a veces tenía que cortarme con un cuchillo o quemarme con un mechero para asegurarme de que existía de verdad.

No puedo hablar por Jacob, pero ahora, cuando pienso en todo aquello, veo que había más cosas aparte de su madre. Yo me estaba convirtiendo en un problema.

Tardamos un rato en hablar. Sólo se oía el ruido del tráfico a lo lejos, que entraba por la ventana. Se oye a todas horas, aunque sólo se nota cuando hay un silencio que llenar.

No estoy seguro de que Jacob me hubiese visto, hasta que por fin dijo:

–Ha vuelto a caerse de la silla, porque le colocaron el reposacabezas demasiado alto.

–Podemos decir algo.

–No ha sido sólo eso.

El problema es que cada vez mandaban a una persona distinta. Cada mañana iba un cuidador nuevo a levantarla. Nadie conocía bien a la señora Greening ni sus necesidades.

–También ha sido el pelo.

He repasado la conversación mentalmente montones de veces. Me imagino diciendo cosas distintas y recibiendo distintas respuestas de Jacob. Voy moviendo el recuerdo por el apartamento de un lado a otro, como si fuera un mueble o un cuadro que no sé dónde colgar.

–¿Cómo se llama eso que llevan las niñas?

–¿Qué?

–En el pelo.

–No sé. ¿Coletas?

–Sí, eso.

Yo le cepillaba el pelo a la señora Greening mientras Jacob le preparaba la comida y las medicinas. A veces también se lo lavaba. Tenía un lavabo especial, como los de las peluquerías, con los bordes almohadillados. Apenas tenía sensibilidad en los brazos y las piernas, pero sí notaba un cosquilleo muy agradable en la cabeza cuando yo le frotaba con el champú. Al menos eso decía. Y me decía también que yo lo hacía mejor que Jacob, porque él apretaba demasiado, pero que no se lo dijera porque los dos éramos sus ángeles.

–¿Por qué sonríes?

–No estoy sonriendo.

–No tiene ni puta gracia, Matt.

–No he sonreído por...

–Seguro que tú haces lo mismo en la residencia de ancianos. Seguro que los tratas como a niños.

No quería hacerme daño, pero me dolió.

—No, yo no hago eso. Sabes que no lo haría...

—Entonces deja de sonreír, joder. Estuvo toda la mañana intentando quitarse las coletas. Pero cuanto más se esfuerza, peor se le ponen las manos. Y ahora tiene tres dedos...

Se le quebró la voz. No lloró. Nunca lo he visto llorar, pero le faltó muy poco.

—Tres dedos que ya no le funcionan.

Dejé caer la almohada en la alfombra y me senté a su lado. El acné, que no le había dejado en paz desde hacía años, por fin empezaba a desaparecer. Se estaba dejando barba, aunque no le cubría las patillas y tenía dos islas desiguales de piel suave encima de las mejillas.

Olía como siempre: a desodorante Lynx y a grasa del Kebab House.

—No sé qué decir, Jacob.

Sorbió por la nariz y se secó con la manga.

—No lo entiendes —dijo en voz baja—. Está sola.

Fue un momento extraño. No por lo que dijo Jacob, sino por cómo me miró. Me miró igual que esa otra vez. Había pasado mucho tiempo, pero la mirada era idéntica. Yo sabía lo que tenía que hacer, pero no quería. Por eso cada vez que recuerdo ese momento lo transformo.

Verdad n. 2

Lo convenzo para que vayamos a la cocina, y como no quiero decir nada que pueda empeorar las cosas, enjuago dos tazas sucias para hacer té. Los problemas parecen menos graves cuando se acompañan con una taza de té, es otra de las cosas que dice la abuela Noo.

Me fijé en la tarjeta de la señora Greening, FELICIDADES POR VUESTRA CASA, que seguía pegada en la puerta de la nevera, salpicada de grasa, porque preparábamos muchos platos fritos. Cuando nos la dio, no llegué a comprender lo que me hizo sentir.

En ese momento lo comprendí.

Cuando mi hermano cumplió diez años, mamá organizó una fiesta por todo lo alto. Lo celebramos en el Beavers y Brownies del barrio, decorado con globos y banderines. Al final de una mesa muy larga, había cuencos con ganchitos, galletas y salchichas. También había piña y queso, pero uno de los amigos de Simon se comió toda la piña y dejó sólo los trozos de queso.

Vino mucha gente, porque a Simon le dejaron invitar a los amigos del colegio y también yo invité a algunos amigos.

Estaban con nosotros el abuelo y la abuela Noo, la tía Mel, que había venido de Manchester con el tío Brian y nuestros tres primos, y mi otra tía, Jacqueline, que vive más cerca, aunque la veíamos poco porque mamá y ella no se llevan bien y porque se viste siempre de negro y siempre está hablando de magia y espíritus y fuma incluso en las fiestas infantiles.

Jugamos a un juego que consistía en ponernos un sombrero, una bufanda y unas manoplas de lana y tratar de comer una barrita de Dairy Milk con cuchillo y tenedor. Pero lo más divertido fue el final, cuando empezamos a correr por la sala para explotar los globos a pisotones.

Simon dijo que había sido el mejor cumpleaños de su vida.

Yo le hice una tarjeta, a pesar de que aún era pequeño, como ya sabes. Dibujé una casa con un sol sonriente, idéntica a la de la señora Greening, pero lo bueno fue que hice unas líneas diagonales, y en vez de una forma plana la casa parecía una figura en tres dimensiones. Nadie me había enseñado. Se me ocurrió a mí solo.

No era más que una entre las cien tarjetas que le regalaron y que mamá le dejó colocar por todo el cuarto de estar, amontonadas en la repisa de la chimenea y en la mesa de centro. Yo no sabía si mi tarjeta le había gustado, si se había fijado en ella. No lo supe hasta el día, mucho tiempo después, en que mamá dijo que había que recogerlas.

Mamá estaba de mal humor y me había regañado porque tenía mi cuarto hecho un asco. Me dijo que le hacía la vida imposible y que estaba deseando que terminaran las vacaciones para perderme de vista.

Puede que yo estuviera demasiado susceptible, porque es normal que las madres pierdan la paciencia de vez en cuando, sobre todo durante las vacaciones de verano, con dos niños alborotando a todas horas. Nunca nos pegaba ni nada por el estilo, así que seguramente yo estaba más susceptible de la cuenta. Cuando empezó a protestar por las tarjetas y se enfadó con Simon, me puse a gimotear como un bebé.

Simon fue derecho al alféizar de la ventana y cogió mi tarjeta. Arrugó la cara y se mordió la lengua como hacía cuando quería

concentrarse. Y entonces me dijo que debería ser dibujante profesional, sólo que no era capaz de pronunciar bien la palabra «profesional» y tuvo que intentarlo unas seis veces hasta que por fin le salió. Me pidió que le enseñara cómo lo había hecho y nos pasamos la tarde en la mesa de la cocina, dibujando juntos. Yo le dije que él también debería hacerse profesional.

Simon negó con la cabeza y miró a otro lado.

Mi tarjeta fue la única que guardó en su caja de recuerdos absurdos, y cuando la encontré allí, después de su muerte, me puse contento y triste a la vez, como me pasa ahora cada vez que me acuerdo.

Jacob estaba apoyado en la encimera. Es posible que sintiera lo mismo que yo, aunque por sus propias razones. Sin embargo, lo que transmitía era rabia. Puse las bolsas de té en la tazas y llené el hervidor. Jacob no necesitaba que yo dijera nada, podía enfadarse sin ayuda de nadie.

—No quería ni hablar de las coletas. Sólo me pidió que se las quitara y que no dijese nada.

Saqué la leche de la nevera y serví un poco en cada taza. A Jacob le gusta poner la leche y el azúcar primero. Cuando el agua rompió a hervir, a él le pasó lo mismo.

—¿A quién coño se le ocurre? ¿Cómo se puede peinar así a una mujer adulta? Como si fuera una niña. Como si fuera su muñeca.

Me quedé bloqueado.

Me distraían las relaciones. Las encuentro en todas partes, porque todos estamos hechos de la misma materia, del mismo polvo galáctico: una niña y una muñeca, la sal del aire, la lluvia que me moja la ropa. Simon me está suplicando. Para. Para. Para. Sujeta la linterna con las manos temblorosas. Intenta correr de esa manera tan absurda, inclinado hacia delante, con las piernas muy separadas. Quiere jugar contigo, Simon. Quiere que la persigas.

Jacob dio un puñetazo en la encimera. El montón de platos sucios tembló y los cubiertos tintinearón al aterrizar en el suelo de linóleo grasiento.

—No me estás escuchando. Nunca escuchas.

—Sí que...

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Entonces escúchame, joder.

—Perdona...

—No quería decir nada, por vergüenza o por miedo a molestarlos. ¡Como si a ellos les importase un carajo! Se queda sentada mirando la pared o mirando la ventana mientras le hacen lo que les da la gana.

Se calló con la misma brusquedad con que había empezado.

Me entraron ganas de zarandearlo, de gritarle que no podía quedarse con ella eternamente, y que la idea de que nos fuéramos a vivir juntos había sido suya. No podía abandonarme ahora.

Pero no hice nada. Seguí atento al silbido del hervidor, fijándome en las gotas de agua que salpicaban el papel de la pared. Sabía que Jacob me estaba mirando y recordé que ya me había mirado así en otra ocasión.

Verdad n. 3

No dijo mucho más.

No le gusta hablar, y menos de las cosas importantes, de madres y de hermanos y de cómo nos sentimos por dentro. Nunca verás a Jacob Greening encorvado sobre una máquina de escribir, manchando papeles con sus secretos de familia.

Estábamos en mi dormitorio. Pusimos un CD, aunque no recuerdo qué estábamos oyendo, sólo recuerdo que el disco no paraba de saltar, y Jacob lo apagó. Estábamos colocados, eso sí lo recuerdo.

Jacob había traído una hierba muy decente, que le había pasado Hamed, y habíamos cambiado nuestro cubo de agua casero por una pipa de agua que compramos en el mercado de St. Nick, como regalo por la mudanza.

Yo ya no fumo tanto, pero entonces consumía fácilmente quince gramos a la semana. Denise Lovell cree que eso ha sido gran parte del problema. Cuando le hablé de mis dibujos, de la sensación de que mi mano se movía sola, me dijo que es posible que ya entonces estuviera pirado, sólo que nadie se había dado cuenta.

Jacob era un ruido de fondo. Pasaba algo con su madre, con cómo la habían peinado.

Había cogido mi almohada y estaba abrazado a ella.

Mi cuaderno de dibujo estaba abierto, delante de mí, y vi que el bolígrafo empezaba a rasgar el papel.

Ocurrió tan deprisa que ni siquiera me di cuenta de que estaba dibujando. Únicamente vi que el dibujo cobraba exactamente la forma que yo quería. En el centro había una caja tridimensional, como la tarjeta que hice para Simon muchos años antes.

—Para.

Y alrededor de la caja, estirándose como tentáculos, había una serie de cubos que comunicaban otras cajas más pequeñas. No eran cajas sino cilindros.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Formaban un círculo alrededor del centro. Más tubos conectaban a su vez los cilindros entre sí y se desplegaban para formar un segundo círculo, y un tercero.

Jacob me arrebató el cuaderno.

—Es una gilipollez. Estate quieto.

No fue sólo esa página. Había hecho el mismo dibujo montones de veces. Puede que llevase varios días dibujando lo mismo.

Jacob los rompió todos, hizo pedazos todas las páginas, una por una.

—Eran míos —dije.

—Se te está yendo la pinza, tío.

—Era mi último cuaderno de dibujo.

—Pues haz otra cosa. Juega conmigo a la X-Box.

Me levanté y me acerqué a la pared contraria. Me parecía que no era yo quien movía el bolígrafo, sólo lo veía moverse.

—Perderemos la fianza —se lamentó Jacob.

—Yo no pienso irme.

—Por favor...

—¿Qué? ¿Qué cojones quieres? ¡Estoy ocupado! ¿Es que no ves que estoy ocupado?

Le grité. No quería, pero me salió la voz como si me desgarrara. Me miró asustado, y de pronto me avergoncé. Me volví a la pared y vi cómo otro cilindro cobraba forma delante de mí.

—Lo siento. Estoy ocupado, ya lo ves. Tengo que hacerlo, ¿vale?

El ruido lejano del tráfico entraba por la ventana abierta, acompañado de otro sonido. No lograba distinguirlo. Jacob se fumó dos cigarros antes de volver a abrir la boca.

—¿Te acuerdas del colegio? —dijo entonces. Habló en voz muy baja, como si temiera que el recuerdo pudiese oírlo y se le escapara—. ¿Te acuerdas del primer día, cuando me prestaste tu corbata?

Sentí que el bolígrafo caía sobre la alfombra.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, pero nunca lo olvidaré.

Ese día le di mi corbata y él se la pasó alrededor del cuello y luego me miró, con gesto impotente.

Ahora no necesitaba mirarlo. Sabía que me estaba mirando exactamente igual que ese día. Llevo este recuerdo de un sitio a otro como si fuera un mueble, pero siempre termina aquí. Jacob no sólo necesitaba que le prestara la corbata. También necesitaba que le hiciese el nudo.

Somos egoístas, mi enfermedad y yo. No pensamos en nada más que en nosotros mismos. Damos forma al mundo que nos rodea y lo convertimos en mensajes, en secretos susurrados que nos hablan sólo a nosotros.

Eso fue lo último que hice por otra persona.

—Vale —dije—. Lo comprendo.

Jacob no podía quedarse, no era justo para él.

—Lo siento, Matt.

No lloré. Él nunca me ha visto llorar. Pero me faltó muy poco.

—Tienes que cuidar de tu madre —dije—. Te necesita.

Hice ese nudo pulcramente para Jacob. Le di permiso para que se marchara. Dijo que seguiríamos viéndonos a diario.

Supongo que eso significa que somos amigos.

Toc
TOCTOC

HAY UN PÁJARO MUERTO. Está en el suelo, al lado de los contenedores amarillos, y me descompongo un poco al verlo.

Al principio no me había fijado, porque estaba vigilando para ver si el coche de Denise aparecía de pronto por la esquina y tenía que volver a casa corriendo. Me he quedado sin tabaco y me he fumado uno de los cigarrillos mentolados secretos de la abuela Noo. No me fijé en el pájaro muerto hasta que tiré la colilla al suelo y fui a pisarla.

Es un polluelo. No sé de qué especie, pero es muy pequeño y no tiene ni plumas ni ojos. Está en medio de un montón de nieve derretida y sé que debería tirarlo al contenedor o hacer algo con él. No me parece bien dejarlo ahí con tanto frío. Pero no puedo hacer nada. Hoy no soy capaz de hacer nada.

CUANDO JACOB SE FUE, decidí que yo también volvería a casa. Tomé la decisión al verlo desaparecer en la furgoneta de Hamed, mientras le decía adiós con la mano, plantado en la acera como un puto idiota. Subí las escaleras sin fuerzas. No quería quedarme aquí solo. Lo primero que pensé fue llamar a mamá y pedirle permiso para volver, aunque sabía que no era necesario. Sigo teniendo una llave de casa. Podía entrar por la puerta de atrás, y ella bajaría corriendo en cuanto me oyese.

–No he sido capaz –le diría–. Tenías razón. Soy demasiado joven. Debería estar aquí.

Ella sonreiría, pondría los ojos en blanco y los dos nos echaríamos a reír y a llorar.

–Ven aquí, ven aquí.

Me abraza. Escondo la cara en su camisón.

–Lo siento, mamá.

–Ay, mi niño. Mi niño.

–Lo he hecho lo mejor que he podido.

–¿Qué vamos a hacer contigo?

–¿Crees que es demasiado tarde para que vaya a la universidad?

Me besa y noto el olor de su aliento, un leve olor a decrepitud. Intento apartarme, pero me abraza con mucha fuerza.

–Me estás haciendo un poco de daño.

–Chsss. Chsss.

–Lo digo en serio. Suéltame.

–No digas eso. –El olor se vuelve más intenso, inunda la habitación. No es su aliento. Hay algo encima de la mesa de la cocina. Lo veo por encima de su hombro.

–¿Qué es eso? No me gusta, mamá.

–Chsss. Calla.

–No me gusta. Me estás asustando.

–¿Qué vamos a hacer contigo?

–¿Qué pasa?

La muñeca está desnuda, cubierta de barro húmedo. Tiene los brazos pálidos extendidos sobre la mesa y la carita vuelta hacia nosotros. Los botones de sus ojos me atraviesan.

Ja.

Ha sido una imaginación. Nada más.

Cuando Jacob se fue, me imaginé que volvía a casa. Pero no volví. Estaba demasiado ocupado volviéndome loco.

–Eres muy valioso para el equipo –dijo el director.

Se reclinó en la silla y se acarició la corbata, con un dibujo del Alce Rudolf Nariz-Roja, y, al hacerlo, la bombilla de la nariz de Rudolf se iluminó. Yo llevaba todas las Navidades trabajando y me estaban pidiendo además que hiciera los turnos de Año Nuevo.

–Sigue trabajando así y te propondremos para el Premio Nacional de Voluntariado. Puedes sonreír, Matt. Te estoy haciendo un cumplido.

–¿Puedo hacer el turno de noche?

–Ya he dicho que puedes hacer el turno de noche.

–¿Y el día entero?

Miró la hoja de turnos arrugando la cara, como si estuviera

estreñido.

–No puedes trabajar tantas horas. La legislación...

–Necesito el dinero.

Me asignó los turnos, como siempre. Trabajaba todo lo que podía, para pagar el alquiler y porque no quería estar en casa solo. La verdad es que me sentía muy solo en esa época; por eso, cuando no estaba en la residencia, me sumergía en mi Proyecto Especial.

No paraba ni un momento.

Esta enfermedad tiene su ética del trabajo.

*Matthew Homes
Apartamento 607
Terrence House
Kingsdown
Bristol*

Viernes, 10 de febrero de 2010

Querido Matthew:

Por favor, llámame al 07700 900934, o habla con alguien del equipo en Hope Road (0117 496 0777) lo antes posible. Es importante que te pongas la inyección, porque ha pasado más de una semana.

Espero que estés bien,

*Denise Lovell
Coordinadora
Servicios sociales de Salud Mental de Brunel-Bristol*

es persistente, ¿eh?

Estoy bien.

Estoy bien.

que te den

que te den

que te den

YA HEMOS TERMINADO LA VISITA GUIADA.

Lo has visto en un rincón, extendiéndose a lo largo de la pared. ¿No has dicho nada por educación? ¿No te has atrevido a preguntar por los tubos y los tarros llenos de tierra?

Raro, ¿verdad?

Al principio no sabía qué era, porque no era yo quien hacía los dibujos. Era él quien movía mi mano, quien rasgaba las hojas y la pared de mi cuarto con el bolígrafo.

Su polvo galáctico.

Sus átomos.

Me despertaba en el cuarto de estar, sin haberme quitado la ropa de trabajo de la noche anterior, unos pantalones grises y una bata blanca, arrugada y sudada. Tenía la boca seca y el cuello y los hombros entumecidos. Estaba rodeado de materiales nuevos. No sabía de dónde habían salido. Todos los días pasaba lo mismo, que aparecían más cosas. Una vez, buscando en la mochila, me corté el pulgar con un trozo de cristal. El dolor rasgó la niebla. Había estado hurgando en los contenedores de reciclaje. El núcleo principal era un envase de helado de cartón, cilíndrico. La órbita de electrones eran tarros y botellas de cristal. Había llenado un montón de bolsas de tierra húmeda y la había esparcido sobre la alfombra. Había más tubos de plástico, robados en la residencia. Tubos para respirar de una bombona de oxígeno, tubos para mear en una bolsa.

Y papel celo. Y pegamento.

Hasta podía ser divertido.

Cuando el dolor intenso se convirtió en un latido apagado, sentí que mis manos empezaban a moverse. Podía pasarme horas y horas trabajando, sin comer ni beber. Seis, siete, ocho horas, perforando con mucho cuidado las tapas sucias de los tarros de mermelada con el destornillador de mi navaja suiza, rellenando los tubos de tierra y sellando todos los orificios.

—¿Estás en casa, cariño?

No la había oído llamar a la puerta. Fue su voz lo primero que oí. La solapa del buzón se cerró de golpe.

La abuela Noo estaba en la luz azulada del pasillo, con una bolsa de Tesco en cada mano. Me sonrió.

—Me ha parecido oírte. ¿No te estaré interrumpiendo? Pasaba por aquí y...

—No puedes entrar.

—Te he traído algo de comida, he pensado que...

—No puedes entrar, abuela.

—Pero...

—Llego tarde al trabajo.

—Es tarde, es hora de cenar.

—Me toca el turno de noche.

—Pues déjame que te lleve. Dejaremos todo esto en la cocina. No tardaremos ni un minuto. —Empezó a empujar la puerta para entrar, pero no me aparté—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Matthew, cielo. Tienes los pantalones llenos de barro.

—¿Ah, sí?

–¿Eso es sangre?

–¿Qué?

–Eso de ahí.

–Me he cortado un dedo.

–Déjame verlo.

–Tengo que irme, abuela. Llego tarde.

–Ni siquiera te has puesto una tirita. –Dejó las bolsas en el suelo y empezó a rebuscar en su bolso—. Creo que tengo una por aquí. Nunca se sabe cuándo...

–Por favor, no armes tanto lío.

–No es ningún lío. Aquí está. Dame la...

Se acercó para cogerme de la mano. Me aparté.

–Lo digo en serio. Tengo cosas que hacer. No puedes presentarte sin avisar y esperar que te deje entrar. Estoy ocupado, tengo cosas que hacer.

–Sí. Claro. Claro, cielo. Perdona.

Creo que estaba un poco dolida. Volvió a guardar la tirita en el bolso y cerró el corchete. Empezó a decir algo, pero cerré la puerta.

La miré por la mirilla.

Parecía preocupada, pero no volvió a llamar. Levantó la mano y la dejó suspendida en el aire unos momentos, pero no llamó. Es lo bueno de la abuela, que nunca impone su compañía a nadie, por mucho que lo desee.

Ja.

Es como un vampiro. Hay que invitarla a entrar.

Se lo diré la próxima vez que la vea. Le hará mucha gracia. Viene a verme cada dos jueves, pero hoy no le toca. Tendré que acordarme de la broma del vampiro hasta la semana que viene. Eres igual que tu abuelo, dirá, y se echará a reír. Tienes el mismo humor negro. Dice que no sabe qué hacer con nosotros, pero yo creo que en el fondo le gusta mucho. Lo que NO le gustará es lo que estoy haciendo en este momento, dejar de ir al Centro de Día para escribir mi relato, pasar de las cartas de Denise Lovell y no tomar mi medicación.

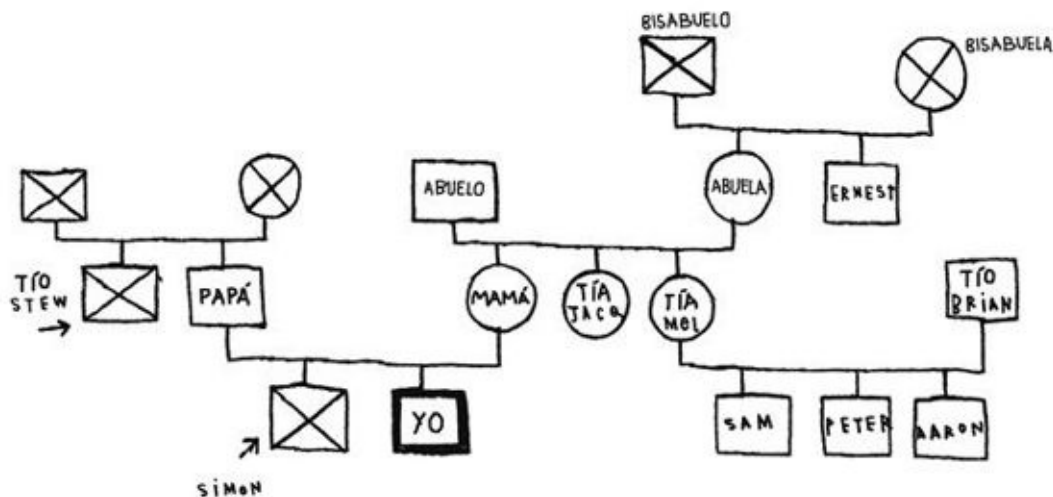
Eso no le gustará ni un pelo.

Si no fuera por la abuela Noo, a mí me importaría un carajo, pero cuando alguien se interesa por ti tanto como ella, no está bien darle motivos de preocupación. Esta vez se preocupará, como se preocupó entonces. Seguí observándola por la mirilla, esperando, confiando.

Dejó las bolsas de comida en la puerta y desapareció.

Esto se llama genograma.

Es un árbol genealógico que dibujan los médicos. Les sirve para ver en qué ramas está la fruta podrida.



El que está abajo soy yo, saludándote con la mano. Soy un varón, y eso significa que estoy dentro de un cuadrado. Y como éste es mi genograma, tengo que ir dentro de un cuadrado más grueso que los demás. Simon está a mi lado, también dentro de un cuadrado, pero el suyo está cruzado por una X, lo que significa que está muerto.

En la rama de arriba a la izquierda está mi padre.

Hola, papá.

Al lado de papá está el tío Stew, que murió de cáncer de páncreas a los treinta y ocho años. Qué triste, dijo la gente. Tan joven, dijo la gente. Lo que hay que ver, dijo la gente. En la rama siguiente tenemos a los padres de papá: XX. Papá procede de un largo linaje de gente muerta.

Mamá es un círculo, y en su lado del árbol hay algo más de vida. A su lado están la tía Jacqueline y la tía Mel, que está casada, unida por una línea horizontal al tío Brian. Tienen tres hijos, mis primos Sam, Peter y Aaron. Seguimos subiendo. Hay que tener cuidado. Peter se cayó de un árbol una vez. Se hizo tanto daño que estuvo casi una semana en la UCI y todos temían por su vida. Pero no murió.

No tiene ninguna X.

Más arriba están la abuela Noo y el abuelo. Y arriba del todo están mi bisabuela y mi bisabuelo, que murieron con un mes de diferencia, cuando yo era muy pequeño. En alguna parte hay una foto suya, conmigo en brazos, y el abuelo está poniendo cara de asco, en broma, porque he ensuciado el pañal.

Si le coges el tranquillo a trepar por el árbol, podrás disfrutar de la vista de los alrededores. Hay millones de árboles como éste, pero todavía no hemos encontrado la fruta podrida, así que mejor bajamos.

—¿Has traído refrescos?

Busqué en una de las bolsas que había dejado la abuela Noo. Había llegado hasta el final del pasillo y estaba a punto de bajar las escaleras. Se detuvo y dio media vuelta.

—Hay algunas chucherías —dijo—. Pero no dejes de tomar las verduras.

Bebí un trago de coca-cola. No había bebido nada en todo el día.

—No te interrumpo más, cielo.

—¿Te acuerdas de cuando me quedé contigo y con el abuelo? Cuando era pequeño, quiero decir. Cuando fui a pasar una temporada después de que

Simon...

-Claro que me acuerdo. ¿Por qué lo preguntas?

-El abuelo me llevaba a su huerto para quitarme de en medio. ¿Te acuerdas de eso?

La abuela había vuelto a la puerta, pero yo seguía sin invitarla a entrar.

-Matthew, estás muy delgado. Pareces muy cansado.

-El abuelo me ayudaba a levantar las piedras para observar a las hormigas.

La abuela sonrió.

-Decía que te gustaba mucho hacer eso -dijo-. Eso y jugar con tus videojuegos.

-Sí, me gustaba.

-¿Por qué no tomamos una taza de...?

-Me gustaba porque me acordaba de cuando Simon y yo hacíamos lo mismo. En nuestra casa, quiero decir. En el jardín. Me acordaba de que él quería tener una granja de hormigas. ¿Tú sabías eso, abuela?

-No lo sabía, cariño. Mi memoria no...

-No. Mamá no le dejaba. A Simon tampoco es que le importase tanto, y aunque se llevaba una desilusión, en menos de un segundo se había olvidado, porque en realidad le traía sin cuidado. Quiero decir que nunca se enfadaba por nada, ¿verdad?

La abuela volvió a sonreír, pero su sonrisa era triste.

-No. Era un niño muy bueno.

-Era el mejor -dije.

La abuela se asustó, y no porque yo levantara la voz. No estaba enfadado, no era eso. En todo caso estaba asustado, porque veía que la adrenalina se apoderaba de las palabras y empezaba a escupirlas cada vez más deprisa, cada vez con más fuerza, y veía cómo se enredaban.

-Era el mejor, abuela. Por eso quería hacerle uno. Después de que... por su cumpleaños. Después de que... porque los muertos siguen teniendo cumpleaños, ¿o no?

La abuela no respondió, pero me acarició el pelo.

-Pero entonces no llegué a hacerlo. No pude. Pensé en hacerlo y salí al jardín con un tarro de mermelada vacío, pero ocurrió algo. Cuando estaba buscando las hormigas, cuando estaba cavando en la tierra. Es difícil de explicar. Lo sentí muy cerca, a Simon, como si estuviese allí. Me ha pasado más veces, pero ésa fue la primera vez, y he pensado mucho en eso, y en por qué nunca llegué a hacer el hormiguero.

La abuela estaba temblando. Le cogí las manos y me las llevé a la mejilla.

-¿Sabes de qué estamos hechos, abuela?

La abuela no sabía qué contestar y empezó a decir una tontería, para cambiar el estado de ánimo.

-Babosas, caracoles y colas de perritos...

-No estoy de broma -dije.

-Pareces muy cansado.

-Estamos hechos de unas cosas diminutas que se llaman átomos. Lo aprendí en el instituto y he estado leyendo por mi cuenta, para aprender un poco más. Por ejemplo, qué forma tienen los diferentes átomos y cosas así.

-La abuela no entiende de esas cosas, amor.

-Nadie entiende de esas cosas. De eso se trata. Es algo que sólo sé yo. ¿Tú crees que los recuerdos también están hechos de átomos?

-La verdad es que no sabría...

-Pues lo están. Tienen que estarlo. Todo lo está. Por eso los puedes construir, ¿sabes? Para que dejen de ser recuerdos y vuelvan a ser realidad, con los mismos ingredientes, con los mismos tipos de átomos.

-¿Por qué no salimos a tomar un poco el aire?

-Si quieres te enseño lo que he estado haciendo.

Debió de ser difícil para ella, porque tampoco fui capaz de explicárselo bien. Explicar mi Proyecto Especial era como tratar de explicar un sueño. Los sueños tienen todo el sentido hasta que chocan con la realidad y entonces se deshilachan de pronto.

-Puedes ayudarme, si quieres.

No contestó. Me pareció que se tambaleaba un poco y se ponía pálida.

*

La abuela Noo viene a verme cada dos jueves, y el jueves que no viene va a ver a Ernest. No lo conozco y nunca había oído hablar de él hasta unas vacaciones de verano, cuando la tía Mel y el tío Brian y mis tres primos vinieron a pasar unos días con nosotros. Yo tenía siete años, puede que ocho.

Fue genial porque mientras los mayores charlaban y tomaban una copa de vino y un poco de queso, nos dejaban quedarnos hasta muy tarde, compartiendo los caramelos que nos traían el abuelo y la abuela Noo. Y fue más genial todavía porque nuestros primos se sabían más palabrotas que nosotros, peleaban mejor, y aunque Sam y Peter tenían la misma edad que Simon y yo, nosotros los idolatrábamos. Aaron es el mayor. Fue idea suya que construyésemos una cabaña en el cuarto de Simon y nos escondiéramos allí con una linterna a atiborrarnos de helados y golosinas mientras él intentaba meternos miedo con historias de lo que nos pasaría cuando fuésemos al instituto. Decía que si no te integras o si no llevas las zapatillas que hay que llevar, los mayores te metían la cabeza en el váter.

-¿Y tú cómo lo sabes? -dijo Peter-. Tú no empiezas hasta después del verano.

-Todo el mundo lo sabe -insistió Aaron.

-En ese caso preocúpate por ti. Porque es a ti a quien le va a pasar.

-Piérdete.

-Sí -dijo Sam, que nunca desaprovechaba la ocasión de atacar a su hermano mayor-. Es a ti a quien le va a pasar.

-No me pasará.

-Sí te pasará. Sí te pasará.

Aaron le dio un puñetazo a Sam en el brazo.

-Cállate. No me pasará. Porque si alguien se me acerca, se lo diré al tío Ernest. Y si no te callas, tú también tendrás que vértelas con él.

Los dos pequeños se callaron. Simon cogió otro montón de helado con los dedos.

-¿Quién es el tío Ernest? -preguntó.

-¿Es que no conocéis al tío Ernest?

Dijimos que no con la cabeza.

Aaron sonrió y Sam se puso a cuchichear, muy emocionado.

—Cuéntaselo, Aaron. Como lo que acabas de contarnos, con la linterna.

Aaron dijo que apagásemos las linternas y se puso la suya debajo de la barbilla, para que le viésemos sólo la cara flotando en la oscuridad, como cuando se cuentan historias de fantasmas. Nos hizo jurar que no diríamos ni media palabra.

—Lo juramos.

—Que te mueras ahora mismo si no es verdad.

Yo asentí con gravedad.

—El tío Ernest es el hermano de la abuela. Pero nunca lo vemos porque...

—Cuéntalo bien —gritó Sam—. Cuenta lo del hacha.

—Calla, gilipollas. No lo fastidies.

—Sí, cállate —dijo Peter—. Deja que Aaron lo cuente.

Aaron se metió en la boca una pastilla de regaliz y ajustó la linterna.

—Nunca lo vemos porque está encerrado. En el sótano oscuro y frío de un manicomio.

—¿Un qué?

—Vosotros dos no sabéis nada.

—Es como una cárcel —explicó Peter—. Donde encierran a los locos.

Simon se quedó boquiabierto y suspiró. No le veía bien la cara, pero me acuerdo perfectamente.

¿Verdad que da miedo cuando alguien a quien quieres se muere? Sobre todo si eso pasa cuando eres pequeño. Te preocupa que con el paso del tiempo se te borre su cara. O que su voz se confunda con otras voces y al final ya no recuerdes cómo sonaba.

A mí esas cosas no me preocupan.

—¿Está loco el tío Ernest? —preguntó Simon, con una voz llena de malicia y de emoción, inclinándose hacia delante y susurrando—. ¿Lo está, Aaron? ¿Lo está? Cuéntanoslo.

Aaron se limpió de la mejilla un salivazo de Simon.

—No estaba loco cuando yo era pequeño. Era normal, como nosotros.

—Simon no es normal —murmuró Sam.

Simon no se dio cuenta y si se la dio no dijo nada. Y tampoco me vio estrujarle a Sam los dedos contra el suelo hasta hacerle gemir.

Aaron apagó la linterna.

—A la porra —dijo.

—No, cuéntanoslo. Cuéntanoslo.

—La última oportunidad. En serio.

Yo creo que lo que nos contó Aaron no era verdad. Tenía una parte de verdad, pero lo del hacha era mentira. El hermano de la abuela nunca había hecho daño a nadie. No sé qué había oído Aaron, pero eso no era verdad.

Se lo había inventado para asustar a Peter y a Sam, y en ese momento tenía la oportunidad de asustarnos también a Simon y a mí. Eso no significa que Aaron sea una mala persona, porque entonces era un niño, y sé que la abuela Noo se arrepintió muchísimo de lo que hizo cuando subió las escaleras y nos oyó.

—Era normal —dijo Aaron— hasta que fue al instituto y los demás

empezaron a meterse con él.

–¿Y le metieron la cabeza en el váter?

–Exactamente –dijo Aaron–. Y cosas peores.

–¿Por eso se volvió loco? –pregunté.

–No. Se volvió loco por lo que le hicieron a la abuela los matones del colegio.

Simon me cogió de la mano.

–¿Qué le hicieron? –preguntó.

–Si te callas te lo contaré. Ella iba a otro colegio, para chicas. Pero siempre volvían a casa los dos juntos, la abuela y el tío Ernest. Y como entonces vivían fuera de la ciudad, tenían que atravesar unos campos de cultivos muy altos, donde era fácil esconderse. Y eso hicieron un día los matones, tres o cuatro, o puede que más, y sus hermanos mayores también. Se escondieron todos y esperaron a que la abuela y el tío Ernest pasaran por allí, y los atacaron. Al tío Ernest lo sujetaron entre unos cuantos.

Aaron hizo una pausa, para dar más dramatismo a su relato.

–Cuéntales lo del hacha –gritó Sam.

Aaron no sabía qué le pasó a la abuela Noo, porque él mismo no lo entendía. Cuando oyó la conversación de los mayores, hacía mucho tiempo de eso, se le escaparon los detalles, porque decían palabras que él no entendía. He intentado imaginar cómo lo había contado la tía Mel, convirtiendo una tragedia familiar en una anécdota para compartir con los amigos, y me he preguntado si también ella haría una pausa para darle mayor dramatismo, y si la historia se interrumpiría con la llegada del postre. A veces pienso que el paso del tiempo lo vuelve todo menos real.

Aaron los estaba espiando, sentado en la escalera, muerto de sueño, hasta que oyó las palabras que sí entendía. Palabras como culpa y vergüenza y pesadillas... pesadillas que te sacan del sueño y te dejan buscando algo que ya no está.

–El tío Ernest se pasó un año entero sin salir de su habitación.

Aaron subrayó la palabra año, era un buen narrador. Estábamos todos tan enfrascados que nadie oyó los pasos en las escaleras.

–Cuando alguien iba a verlo, se ponía a gritar y a gritar hasta que le dejaban en paz. Por las noches lo oían hablar y reír como si estuviera con alguien. Y así estuvo hasta que una mañana apareció a la hora de desayunar, con el uniforme del colegio, bien peinado, y desayunó tranquilamente con el bisabuelo, la bisabuela y la abuela, como si nada. Dijo que había tenido un sueño horrible, y que la abuela salía en él. Se alegraba mucho de que no fuese real. Lavó sus platos, le dio un beso en la mejilla y dijo que volverían juntos del colegio, como siempre, pero que no podía acompañarla a la ida, porque tenía algo importante que hacer. Esa mañana, más tarde, cuando el bisabuelo salió al jardín, vio que la puerta del cobertizo estaba abierta de par en par y golpeando con el viento. Y cuando oyó el primer...

Aaron se calló de pronto. Creímos oír algo. Aaron se estaba asustando tanto como nosotros. Simon me estrujó la mano. Aaron buscó las palabras para terminar su historia.

Era un buen narrador. Ahora trabaja en un banco, y todas las Navidades recibo una tarjeta suya y de su prometida, que creo que se

llama Jenny o Gemma o algo por el estilo. Siempre dice lo mismo: que a ver si nos vemos, que a ver si salimos a tomar una cerveza si alguna vez paso por Londres. La verdad es que son muy amables al fingir que yo soy de esas personas que llevan una vida que me permite pasar por Londres por casualidad. De todos modos, aunque lo fuese, no le recordaría a Aaron lo buen narrador que era, porque supongo que es un recuerdo de la infancia que él prefiere olvidar.

Nos miró despacio, obligándonos a esperar.

—Cuando el bisabuelo oyó los primeros gritos que llegaban de los campos, entró en el cobertizo y vio que el hacha...

El techo de la cabaña desapareció de repente. La abuela Noo estaba encima de nosotros.

—Eres... Eres...

A estas alturas ya conoces un poco a la abuela Noo, aunque no la conozcas personalmente. Sabes qué clase de persona es, que es buena, generosa, cariñosa y paciente, y nunca dice una mala palabra de nadie.

—¡Eres una mierda!

Aaron intentó disculparse, pero la abuela Noo ya se lo estaba llevando a rastras. Estaba tan sorprendido que ni siquiera se puso a llorar cuando la abuela lo tumbó en sus rodillas y se quitó la zapatilla. Poco después llegaron mamá y la tía Mel y se quedaron boquiabiertas.

—Puedes ayudarme —repetí—. Puedo enseñarte cómo funciona, abuela. Podemos terminarlo juntos.

Eché un vistazo alrededor del cuarto de estar. Estaba muy pálida. Creo que necesitaba sentarse, pero no había dónde. Todo el suelo, las sillas, la mesa, todas las superficies estaban ocupadas. Yo había llenado cientos de botellas y de tarros de tierra y los había unido en distintos grupos con tubos de plástico. Los átomos de hidrógeno ya estaban funcionando. Son los más fáciles de construir: sólo tienen un protón y un electrón. Había construido diez, porque estamos hechos de un diez por ciento de hidrógeno. Los de oxígeno dan más trabajo: dos electrones alrededor del núcleo y seis en el anillo exterior. A continuación tenía que emparejarlos haciendo colisionar un par de electrones de cada anillo para crear los enlaces covalentes. Esto hacía que el cristal se rompiera, y la mayoría de las hormigas se habían escapado. La alfombra estaba llena de hormigas correteando.

La abuela se llevó un pañuelo de papel a los labios.

—Tenemos que ayudarte —dijo.

—¿Qué quieres decir? Estoy bien. No lo entiendes, abuela. Voy a recuperar a Simon.

—Matthew, por favor.

—No me hables así.

—¿Así cómo?

—Como me habla mi mamá, como me habláis todos. No me digas lo que tengo que hacer.

—No te estaba...

—Sí que lo estabas. No tendría que haberte dejado entrar. Esto es privado. Ya sabía que no podía confiar en ti. Eres igual que los demás.

—Por favor, estoy preocupada.

—Pues vete a casa. Déjame en paz.

–No puedo. No puedo irme así, compréndelo.

–Voy a llegar tarde. Llegaré tarde al trabajo..

–Matthew, no puedes..

–Calla. No me digas lo que no puedo hacer. Tengo que hacerlo, ¿vale? Tú no lo entiendes. No quiero disgustarte, abuela. No es eso. Perdona. No debería haberte dejado entrar.

La abuela Noo viene a verme cada dos jueves, y el jueves que no viene va a ver a Ernest. A veces habla de él. Es atractivo y se ha vuelto más atractivo aún con los años. Siempre se peina y se afeita cuando espera la visita de la abuela, y ayuda a cuidar del huerto que tienen en el hospital donde ha pasado la mayor parte de su vida. Tiene días malos, pero así son las cosas con la familia. Eso dice la abuela.

No se avergüenza en absoluto de él.

–Me voy a trabajar –dije–. Tengo que irme.

No sé cuánto tiempo se quedó conmigo. Estoy solo en la cocina, con la noche empujando la ventana. La abuela limpió todo lo que pudo, frotó la porquería hasta que le salieron llagas en las manos y se quedó agotada. Su hermano tiene un trastorno, una enfermedad con forma de serpiente y sonido de serpiente. Esa serpiente se desliza por las ramas de nuestro árbol genealógico. Debió de romperle el corazón saber que yo era el siguiente.

UN TURNO DE NOCHE. Alrededor de las tres de la madrugada.

No había dormido, no había podido hacer el descanso porque andábamos escasos de personal y además nos descontaban los descansos del sueldo, así que si no descansaba ganaba un extra de 7,40 libras para pagar el alquiler.

Acababa de ayudar a un anciano a acostarse, después de encontrarlo dando tumbos por los pasillos oscuros, con los pantalones del pijama caídos por debajo de las caderas huesudas. Quería saber algo de él, quería decirle algo para tranquilizarlo, recordarle que su mujer o sus hijos vendrían a verlo. Encendí la lámpara de la mesilla, abrí el cajón y saqué su carpeta. En la cubierta interior, pegada con celo, estaba su nota personal. Parecía distinta de las demás. La letra era distinta. Eso fue lo primero en lo que me fijé. La mayoría de las notas las escribía Barbara, una de las auxiliares más veteranas, y se enorgullecía de escribirlas con mucha pulcritud. Pero ésta no estaba nada bien escrita. Las palabras temblaban en la página y se notaba que las letras se habían hecho apretando mucho el lápiz. Me imaginé al viejo escribiéndolas, con la cara contraída por el esfuerzo. Decía lo siguiente:

Hola me llamo Simon Homes. Pero puedes llamarme hermano. Tengo miedo de que te olvides de mí. Eso es lo que le pasa a la gente de aquí. Que se olvidan de nosotros. A mí me pasa. ¿Te acuerdas de lo que hacíamos por las mañanas? Nos escondíamos detrás de la puerta hasta que venía papá y lo tirábamos al suelo. Era muy divertido. Nos reíamos un montón. Yo creía que tú nunca lo olvidarías. Te llevé en brazos por el acantilado de Ocean Cove. Me costó mucho pero lo conseguí, y tú estabas muy orgulloso de mí. No voy a dejar que te olvides de mí, Matthew. Nunca voy a dejar que te olvides de mí. Tienes que venir a jugar conmigo.

Tengo en la cabeza un puzle compuesto de trillones y trillones y trillones de átomos. No iba a ser fácil. El viejo me agarró de la bata, y se le engancharon las uñas rotas en los corchetes. Me acercó tanto hacia sí que me arañó la nariz con el mentón.

—¿Eres tú, Simon? —susurré—. ¿Estás ahí?

Me miró con los ojos acuosos. Su voz sonaba lejana, como la de muchos de ellos, porque ya no son dueños de sus palabras sino que están poseídos por ellas.

—Estoy perdido. Estoy perdido. Estoy perdido —dijo.

Me aparté bruscamente.

Estoy perdido. Estoy perdido. Estoy perdido.

Una auxiliar estaba fumando un cigarrillo en el patio, bajo la mirada vigilante de una luz de seguridad.

—Joder, Matthew —dijo—. Parece que has visto un fantasma. —Su cara se acercó hacia mí, flotando y cambiando de forma. La aparté de un empujón. Cuando crucé las verjas corriendo, oí que me gritaba que volviese. El turno no había terminado, ella sola no podía ocuparse de los ancianos.

Estoy perdido. Estoy perdido. Estoy perdido.

Un grupo de chicos salió de una calle lateral.

—¿Qué coño estás mirando?

Llevaban la cara escondida, con capuchas y gorras de béisbol. No lo vi bien hasta que estuve más cerca. Entonces lo vi entre los demás. Tienes que venir a jugar conmigo.

—¿Eres tú, Simon?

—¿De qué vas? Mirad qué cara tiene. ¿Qué coño dices, pirado?

—Perdón. Creí que...

—Oye tío, ¿nos prestas cinco ñapas?

—¿Qué?

—Te las devolveremos.

—Sí, tengo...

Estoy perdido. Estoy perdido. Estoy perdido.

Me di de bruces contra una nueva mañana, con los bordes desdibujados. Las calles cobraban vida bajo un cielo nublado. La gente me miraba, me señalaba o se apartaba corriendo. Todos llevaban a Simon dentro, sus muchos, muchos, muchos átomos, y todos tenían su cara, su cara preciosa y sonriente.

No tenía miedo, no era eso.

Era maravilloso.

Luego las cosas dieron un giro
a peor.

MIS ZAPATOS HABÍAN DESAPARECIDO y en su lugar me habían dejado unas zapatillas de espuma, amarillas. Lo pienso, y estoy allí. Algunos recuerdos se niegan a que los encierren en el tiempo o en el espacio. Nos siguen, abren una mirilla con un chasquido metálico y nos observan con curiosidad. Estoy allí. Delante de mí hay una puerta de metal enorme, pintada de azul, con la pintura desconchada. No hay manivela a este lado. Tengo los bolsillos vacíos y he perdido el cinturón de los pantalones. No tengo ni idea de dónde estoy. La luz de un tubo fluorescente parpadea en el techo. Las paredes estás desnudas, son de azulejos sucios. En un rincón hay un retrete de acero, sin asiento ni tapa. Huele a lejía. Este cuerpo no es mío, se funde con el espacio que me rodea de manera que no sé dónde termino yo y dónde empieza el resto del mundo. Me acerco a la puerta, pierdo el equilibrio, me tambaleo y me caigo contra el retrete de metal. Una sarta de gotas rojas salen de mis labios y cubren una mancha blanca y perfecta de pasta de dientes. Caen en la letrina. Descienden despacio, ingravidas, hasta el agua oscura. La mirilla se cierra. Algunos recuerdos se niegan a que los encierren en el tiempo o el espacio. Siempre están presentes. Alguien está diciendo que he hecho algo malo: Has hecho algo malo. Estás en la celda de una comisaría, por tu propia seguridad, porque no estás bien, estás confuso, desorientado, perdido, perdido, perdido. Estoy allí. Noto el sabor del algodón y la misma persona me dice que me han sedado, que me he caído y me he dado un golpe contra la letrina. Casi te mueres, dicen. Me dan analgésicos. Dicen que tardarán un rato, que tardarán un rato en preparar una cama en el hospital. Me enviarán a un PSIQUIÁTRICO. ¿Hay alguien a quien puedan llamar, alguien que pueda estar preocupado por mí? Empujo la lengua contra el algodón empapado y dejo que se me llene la boca del sabor a hierro de la sangre. No hace falta que llamen a nadie. Ya no. No ahora que he recuperado a mi hermano.

Sr. Matthew Homes
Apartamento 607 Terrence House
Kingsdown
Bristol, BS2 8LC

11.02.2010

Ref: Orden de tratamiento

Estimado señor Matthew Homes:

Le escribo para recordarle sus obligaciones con la Orden de Tratamiento (OT). Al aceptar usted esta OT, se comprometió a seguir un programa terapéutico completo en el Centro de Día de Hope Road y a cumplir con el plan de medicación.

En este momento no está cumpliendo usted con estas obligaciones y es importante que nos veamos para hablar de la situación y ver qué podemos hacer para ayudarlo. Le ruego que acuda a mi consulta en el Centro de Día de Hope Road, **el lunes, 15 de febrero, a la diez de la mañana**. Si no pudiera usted venir por alguna razón, debe avisar con antelación. En caso de que no acuda a la cita y tampoco avise previamente, solicitaré su traslado a un hospital para realizarle una evaluación formal.

De acuerdo con el plan aceptado por usted en su OT, se envía copia de esta carta a la persona de referencia: la señora Susan Homes.

Atentamente,

Doctor Edward Clement
Psiquiatra

TOC TOC TOC

Toc toc TOC TOC. Están fuera, en mi puerta, mirando por el buzón, oyéndome teclear. Sé que están ahí.

La abuela Noo estará cogida del brazo de mamá, le estará diciendo que no se preocupe, que todo se arreglará, que él está escribiendo sus cosas. Papá estará dando vueltas por el pasillo de hormigón, recogiendo basura, enfadado, sin saber de dónde le viene esa rabia. Y mamá seguirá llamando y llamando y LLAMANDO con los nudillos hasta que abra la puerta. Abriré la puerta. Siempre abro.

La abuela Noo vendrá a abrazarme, pero será a mamá a quien yo me dirigiré primero. Sé que está desesperada.

-¿Quieres pasar? -le diré.

-Sí, por favor.

-Me he quedado sin té.

-Da igual.

-Hace tiempo que no hago la compra.

-Da igual.

Pasaré por encima de la máquina de escribir, por encima de todas las cartas a las que no he hecho caso. Mis padres y mi abuela me seguirán. Nos sentaremos en el cuarto de estar, pero papá se quedará de pie, muy erguido, mirando por la ventana, contemplando la ciudad.

-Hemos recibido la carta del doctor Clement -dirá mamá.

-Lo suponía.

-Decía que...

-Ya sé lo que decía.

-No puedes hacer esto, cariño.

-¿No puedo?

-Te pondrás mal y volverán a llevarte al hospital.

Miraré a la abuela Noo, pero ella no dirá nada. Es demasiado lista para tomar partido.

-¿Tú qué crees, papá?

Él seguirá dándome la espalda. Seguirá mirando por la ventana.

-Ya sabes lo que pienso.

TOCTOC Toc Toc

Toc toc

toc

Toc Toc

Les dejaré entrar. Como siempre.

Y también iré al Centro de Día: al grupo de arte, al grupo de terapia, al grupo de relajación, y haré lo que me digan.

Tomaré mi medicación.

el mejor modo de ayudarte

No se está tan mal aquí.

He pasado un rato en la sala de relajación. En realidad es una habitación normal y corriente, pero tiene almohadones grandes y un equipo de música con cassettes de música suave, de música para meditar. Es un sitio tan bueno como cualquiera si no tienes nada mejor que hacer.

Tengo una historia en la cabeza. Esperaba que al contarla cobraría mayor sentido para mí. Es difícil de explicar, pero si al menos lo recordase todo, si pudiera plasmar mis pensamientos en papel, si después pudiera palparlos con las manos... no sé. Probablemente nada cambiaría. Como digo, es difícil de explicar.

En la sala de relajación he estado pensando en hacer uno de esos puzles. Hay un cajón lleno, y muchos más en las estanterías. Estuve mirando uno de mil piezas. En la foto de la caja se veía un litoral con sus acantilados y una playa de guijarros. El camino del acantilado está salpicado de cabañas de madera de distintos colores y en la cima hay docenas de caravanas, como una hilera perfecta de dientes blancos.

Me recordó mucho a Ocean Cove y, al mirarlo con más atención, me pareció ver a dos niños corriendo por el camino. O quizá estaban sentados en la playa, juntos, triturando las algas secas con los dedos de los pies y lanzando piedras a una roca para ver quién tenía mejor puntería. Si acercaba la cara a la caja, los oía reírse, practicando palabrotas recién aprendidas y prometiendo no chivarse a mamá. Pero todo eran ilusiones. No había nadie en la fotografía. La caja contenía mil piezas de nada, incluso puede que faltasen algunas.

—¿Estás bien, colega? —No sé cuánto tiempo llevaría en la puerta *Clic-Clic-Guiño*. No lo había visto hasta ese momento.

—Estoy bien. Gracias, Steve.

Di media vuelta, puse una cinta de flautas o cantos de ballenas y subí el volumen.

—Voy a escuchar esto.

—¿Te apetece hablar?

—No.

No dije que prefería estar solo, aunque creo que lo di a entender, porque Steve no se quedó, aunque tampoco se fue inmediatamente.

—Quería darte esto —dijo.

No hizo aspavientos, no se puso a cantar ni a bailar. No hizo *clic, clic*. No hizo un *guiño*. Me dio un post-it amarillo y se marchó.

Me quedé con el papel pegado a los dedos y tardé un momento en darme cuenta de lo que era.

Nombre de usuario: MattHomes

Contraseña: Escritor_en_Residencia

A veces estoy tan absorto en mí mismo que no me doy cuenta de la amabilidad que me rodea. Steve no tenía por qué hacer eso. No se está tan mal aquí. Me han registrado en el ordenador como Escritor_en_Residencia, y tengo una historia pendiente de terminar.

Día 13, por ejemplo

7.00 h.

Me despierta un golpe en la puerta de mi habitación y la llamada a la ronda de medicación de la mañana. Tengo en la boca un regusto metálico, efecto secundario de las pastillas para dormir.

7.01 h.

Me duermo.

7.20 h.

Vuelve a despertarme un segundo golpe. Esta vez la puerta se abre y una enfermera entra y abre las cortinas. Se queda a los pies de mi cama hasta que me levanto. Dice que hace un día precioso. No hace un día precioso.

7.22 h.

Echo a andar por el pasillo, en bata. Me pongo en la cola para que me den la medicación que no quiero tomar. Evito el contacto visual con los demás pacientes y ellos hacen lo mismo.

7.28 h.

Me dan un surtido de pastillas de distintos colores y formas en un vaso de plástico. ¿Le pregunto a la enfermera para qué son?

—La amarilla es para relajarte, y las dos blancas, para ayudarte con esas ideas que te agobian. La otra blanca es para paliar los efectos secundarios. Ya lo sabes, Matt.

—Sólo quería asegurarme.

—¿Todas las mañanas?

—Sí. Lo siento.

—Sabes que puedes confiar en nosotros.

—¿De verdad?

Me miran hasta que están seguros de que me las he tragado. Siempre me las trago. Siempre me miran.

7.30 h.

Desayuno un cuenco de cereales Weetabix con mucho azúcar y una barrita de chocolate Mars que me trajo mamá. El café es descafeinado. Las tazas las regalan las compañías farmacéuticas. Llevan impresas por todas partes las marcas de la medicación que detestamos.

7.45 h.

Me siento con otros pacientes en el jardín de fumadores, rodeado por una valla alta. Algunos hablan. Los maníacos hablan. Pero sólo dicen gilipolleces. La mayoría guarda silencio.

Los que no tienen tabaco gorronean a los que sí tienen y prometen pagarlo cuando reciban sus giros.

Nos pasamos siglos fumando. No hay otra cosa que hacer. Nada. Algunos tienen los dedos amarillos. Uno los tiene marrones. Tosemos mucho todos. No hay literalmente nada que hacer.

8.30 h.

Un enfermero asoma la cabeza por la puerta y dice que le toca el turno conmigo. Me pregunta si me apetece pasar un rato de tú a tú. No me siento cómodo hablando con él. Parece aliviado.

8.31 h.

Voy a hacer un pis.

8.34 h.

Sigo fumando.

9.30 h.

Me fumo el último cigarrillo. Me entra el pánico. Pruebo a hacer los ejercicios de respiración que me ha enseñado el terapeuta ocupacional. Una chiflada apaga su cigarrillo y se pone a jugar a las enfermeras. Me dice que los ejercicios de respiración a ella también le ayudan mucho. Me dice que enseguida se me pasará. Me pregunta si me apetece una taza de té, pero enseguida se distrae y se pone a hablar con otro de sus tés favoritos. No se da cuenta de que me voy.

9.40 h.

Preparo un baño. La bañera está salpicada de vello púbico. Dejo correr el agua para limpiarla. Siento opresión en el pecho. Me tiemblan las manos. El pánico va en aumento y me cuesta respirar. Me olvido del baño. Salgo del cuarto de baño.

9.45 h.

Llamo a la puerta de la sala de enfermeros. Todos los empleados del turno de mañana están ahí, tomando una taza de té, charlando, compartiendo un bizcocho que han dejado los del turno de noche.

Tengo la sensación de interrumpir.

—Necesito PRN —digo.

PRN es como llaman a la medicación que podemos tomar en momentos críticos.

Todos los pacientes lo saben.

—Necesito la que me tranquiliza.

—¿Diazepam? Ya te la hemos dado esta mañana, Matt. Tarda un rato en hacer efecto. Te daremos otra con la comida. ¿Por qué no haces los ejercicios de respiración?

—Ya los he hecho.

—¿Por qué no te distraes con algo? Podrías vestirte.

Eso hacemos para distraernos. Cosas divertidas. Como vestirse.

9.50 h.

Me pongo los pantalones de combate y la camiseta verde. Me ato los cordones de las botas. Me acuesto en la cama hecho un ovillo. Duermo.

12.20 h.

Me despierta un golpe en la puerta. Está pasando el carrito con la comida. Me levanto. Hago un pis.

12.25 h.

Me siento en el comedor con los demás y como la comida de hospital. No está mal. Tomo doble ración de bizcocho con mermelada.

12.32 h.

Una enfermera entra en el comedor y me da un diazepam. No espera a ver si me lo tomo. Sabe que esto sí me lo voy a tomar.

12.33 h.

Me ofrecen tres cigarrillos a cambio del diazepam.

12.45 h.

Me fumo el primer cigarrillo.

12.52 h.

Me fumo el segundo cigarrillo.

13.15 h.

Una mujer a la que no conozco sale al jardín de fumadores y me pregunta si soy Matt.

—Sí.

—Hola, soy la enfermera suplente y me gustaría que hablásemos un rato y que me contaras cómo te van las cosas.

—No te conozco.

—Pues así empezamos a conocernos.

—¿Vas a seguir trabajando aquí?

—No lo sé, espero que sí.

—¿Podemos ir a dar un paseo?

—No estoy segura. Tendré que comprobar si estás autorizado a salir acompañado.

—Lo estoy.

—Tengo que comprobarlo. Enseguida vuelvo.

La mujer a la que no conozco se retira.

13.35 h.

Me fumo el último cigarrillo.

13.45 h.

La mujer a la que sólo he visto una vez regresa.

—Perdona que haya tardado tanto. No encontraba tu expediente.

—Da igual.

—Estaba justo al final del archivador.

—Da igual.

—Estás autorizado a salir acompañado, pero la enfermera jefe dice que hoy andamos escasos de personal, hay gente enferma. Esta tarde no podemos salir a pasear. ¿Has salido esta mañana?

—No.

—Ah. Lo siento, Mark.

—Me llamo Matt.

—Perdona. La enfermera de guardia dice que tu madre viene a las cuatro. Podrás salir con ella. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Vamos de cabeza cuando estamos faltos de personal. Lo siento, Mark.

14.00 h.

Sala de televisión. Dos pacientes discuten. No se ponen de acuerdo en lo que quieren ver. Pienso en degollarme. Oigo a Simon. Me pregunto si la tele puede estar conectada con Simon. Me pregunto si Simon puede transmitirme mensajes a través de la tele. Pienso con qué puedo degollarme. Pienso en romper una taza de café. Oigo a Simon. Me siento encima de las manos. Los otros dos siguen discutiendo. Pienso en muñecas de trapo. Oigo a Simon. Pienso en átomos. Oigo a Simon. Miro la taza de café en la mesa de las revistas. Oigo a Simon. Simon se siente solo. Pienso. Pienso. Pienso.

16.00 h.

—Hola, cariño.

—Quiero irme a casa, mamá.

—Ay, mi niño.

—¡No me llames así!

Miro lo que me ha traído. Barritas de chocolate Mars, un paquete de Golden Virginia, bricks de zumo Ribena y Kia-Ora, un cuaderno de dibujo, lápices y una cazadora de camuflaje del almacén de excedentes militares de Southdown Road. Le doy las gracias y hago un esfuerzo por sonreír.

—Matthew, cariño. ¡Cómo tienes ese diente! Deja que te lleven al dentista. Hazlo por mí, por favor. O déjame que te lleve yo. El médico ha dicho...

—No me duele. No armes tanto lío.

—Quiero volver a ver mi sonrisa.

—No es tu sonrisa.

16.10 h.

Salimos a dar un paseo por los jardines del hospital. Le digo a mamá que estoy mejor. Le digo que no me pasa nada. Le pregunto si los muertos pueden transmitir mensajes a través de la tele. Intento aceptar lo que dice para tranquilizarme. Intento recordar que está de mi parte. Le digo que estoy mejor. Le pregunto si estoy mejor.

17.30 h.

Mamá se va. Es hora de cenar. Ceno.

17.50 h.

Me siento en el jardín de fumadores con otros pacientes. Algunos hablan. Los maníacos hablan. Pero sólo dicen gilipolleces. La mayoría guardamos silencio. Los que no tienen tabaco me gorronean y me prometen que me pagarán cuando reciban los giros. No hay nada que hacer.

18.30 h.

Cago, me acuesto e intento masturbarme. No lo consigo.

18.45 h.

Vuelvo al jardín de fumadores. Empieza a hacer frío.

19.05 h.

Doy vueltas por el pasillo. Hay otro paseante, un negro, con rastas largas y grises y la camisa desabrochada. Nos cruzamos siempre en el centro. Nos sonreímos. Es divertido. Pasillo arriba, pasillo abajo y a sonreír cuando nos cruzamos. A decir hola y adiós. Empezamos a acelerar el paso para cruzarnos antes. Empezamos a correr. Nos reímos cada vez que nos cruzamos y chocamos los cinco. Una enfermera sale de la sala de enfermeros y nos pide que nos tranquilicemos.

19.18 h.

Vuelvo al jardín de fumadores. En realidad no es un jardín. Es un recinto cuadrado, claustrofóbico, con unas cuantas sillas y el suelo de baldosas sembrado de colillas. No hay literalmente nada que hacer.

19.45 h.

Voy a la cocina a prepararme un té. Hay dos pacientes besuqueándose. Me preguntan qué estoy mirando. Me marcho antes de que el agua empiece a hervir.

19.47 h.

Vuelvo al jardín de fumadores. Nada.

21.40 h.

Está oscuro, es de noche y tengo barro en la boca y en los ojos. No deja de llover. Intento cogerlo en brazos, pero la tierra está mojada. Lo levanto y me caigo, lo levanto y me caigo, y él no dice nada. Tiene los brazos caídos, sin vida. Le suplico que diga algo. ¡Por favor! ¡Di algo! Me vuelvo a caer y lo abrazo, acerco su cara a la mía, lo abrazo con todas mis fuerzas y noto que su cuerpo está perdiendo calor. Le suplico que diga algo. Por favor. Por favor. Háblame.

22.00 h.

Me llaman para darme la medicación de la noche. Me pongo en la cola para que me den la medicación que no quiero tomar. Evito el contacto visual con los demás pacientes y ellos hacen lo mismo.

22.08 h.

Me dan un surtido de pastillas de distintos colores y formas en un vaso de plástico. Le pregunto a la enfermera para qué son.

—Son tus pastillas, Matt. Tienes que tomártelas.

—Las otras enfermeras me dicen para qué son.

—Entonces ya lo sabes.

—Dímelo, por favor.

—Está bien. Estas dos son para ayudarte con las voces y los pensamientos que te agobian.

—Yo no oigo voces.

—Bueno...

—Yo no oigo voces, ¿está claro? ¡Es mi hermano, joder! ¿Cuántas veces voy a tener que decir lo mismo?

—Por favor, no me hables así, Matt. Me intimidas.

—No pretendo intimidarte.

—Entonces no me grites, por favor.

—No quería intimidarte. No era mi intención.

—¿Te digo para qué son las otras pastillas?

—Sí, por favor.

—Ésta es porque tienes algunos efectos secundarios, para que no babeas de noche. Y ésta es para dormir. Ésta puedes no tomarla si quieres.

—¿Cuál?

—La de dormir. Es PRN. No es obligatorio que la tomes.

—Voy a probar a pasarme sin ella. Me deja mal sabor de boca.

—¿Sabor metálico?

—Sí.

—Es muy común. A ver qué tal te va sin tomarla.

—No pretendía intimidarte, lo siento.

22.30 h.

Me acuesto. Espero que venga el sueño.

22.36 h.

Llaman a la puerta y alguien dice que me llaman por teléfono.

La enfermera del turno de noche está leyendo una revista en recepción. Me mira mientras cojo el teléfono.

—Hola.

—Perdona, no he podido llamar antes.

—Da igual.

—Es por mi madre, está...

—Da igual.

—¿Qué tal estás?

—Eres Jacob, ¿no?

—Claro, tío, ya lo sabes.

La enfermera finge leer la revista. Me pego el teléfono a la mejilla y susurro:

—Gracias por llamar.

Silencio al otro lado de la línea.

—No te oigo, Matt.

—¿Cómo está tu madre?

—Está bien. Hoy le han traído una silla nueva. Está cabreada... Dice que con el reposacabezas parece una discapacitada. ¡Hay que joderse! ¡Como si no lo estuviera!

Alguien se ríe. Hay alguien con él. Le pregunto qué está haciendo.

—¿Cómo estás tú? —dice.

—¿Qué estás haciendo? —vuelvo a preguntar.

—Fumando con Hamed.

—¿Sí?

—Sí, tío. Tiene una hierba que es la hostia. Te llevaré un poco la próxima vez, si quieres. Pensaba haber ido hoy, pero ya sabes cómo...

—No te preocupes.

Me molesta que esté fumando con Hamed. No conozco a Hamed. Me molesta que el mundo siga girando sin mí.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Pregúntaselo a tu puto hermano.

—No te oigo.

—Estoy encerrado.

Silencio.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que estoy encerrado.

—No, antes de eso. ¿Qué has dicho de mi hermano?

No contesto. La enfermera pasa una página de la revista y me mira a los ojos.

—Ven mañana, si quieres.

—Mañana no sé si puedo, tío. Es que...

—Pues pasado mañana. —Estoy apretando el auricular con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Oigo la melodía de encendido de su X-Box 360.

—Tío, tengo que irme. Me está llamando mi madre. Te daré un toque pronto. Nos vemos.

22.39 h.

Oigo la grabación telefónica. La persona con la que estaba hablando ha colgado. La persona con la que estaba hablando ha colgado. La persona con la que estaba hablando ya está bastante jodida para encima tener que preocuparse por ti.

22.41 h.

Cuelgo el teléfono.

22.45 h.

Me tumbo en la cama. Me retuerzo la camisa.

00.30 h.

Me levanto y pido una pastilla para dormir. Me fumo otro cigarrillo. Vuelvo a la cama. Espero a que venga el sueño.

1.00 h.

La solapa de mi puerta se levanta. Una linterna me ilumina el pecho un momento. La solapa vuelve a cerrarse.

2.00 h.

Lo mismo que antes.

3.00 h.

Lo mismo que antes.

7.00 h.

Me despierta un golpe en la puerta de mi habitación y la llamada a la ronda de medicación de la mañana. Tengo en la boca un regusto metálico, efecto secundario de las pastillas para dormir.

(Repetición)

*yo no oigo voces

En el jardín de fumadores, las hojas secas corretean por el suelo de baldosas o tiemblan contra la alta valla de alambre.

Me quedaba mirando las hojas, esperando que él se revelase. Si me concentraba mucho, si estaba alerta, él me hablaba. Él había elegido estar conmigo, no con mamá ni con papá, ni con sus amigos del colegio. No hablaba con los médicos ni con las enfermeras. No cabía esperar que ellos lo entendiesen.

En mi habitación, de noche, cuando estaba despierto y llenaba el lavabo de agua fría para salpicarme la cara, si el grifo se atascaba y borboteaba antes de que el agua empezase a correr, él me decía: «Me siento solo». Cuando abría una botella de Dr. Peeper y las burbujas de caramelo chisporroteaban, me pedía que fuese a jugar con él. Me hablaba a través de un picor, a través de la certeza de un estornudo, del regusto de las pastillas o del azúcar que se caía de una cuchara.

Estaba en todo y en todas partes. Sus partes más diminutas: sus electrones, protones y neutrones.

Si estuviera más lúcido, si no tuviera los sentidos tan atrofiados por la medicación, sería capaz de descifrar, de comprender lo que intentaba decirme con el movimiento de las hojas o las miradas de soslayo de los pacientes mientras fumábamos sin parar.

comportamiento artístico

Dibujar era una manera de estar en otra parte.

Mamá me llevó un cuaderno de dibujo y varios lápices y bolígrafos. Por eso, cuando no estaba fumando o tratando de dormir, dibujaba las cosas que me imaginaba.

Soy un artista aceptable. Mamá cree que soy mejor de lo que soy. Tiene un cajón lleno de dibujos y de relatos míos que conserva desde que era pequeño.

Quería hacerle un regalo especial para su cumpleaños, porque cumplía cincuenta. Yo tenía quince y la convivencia conmigo no era nada fácil. Quería demostrarle que la quería, y la sigo queriendo. Pensé hacerle un retrato, pero se lo conté a papá y me dijo: «¿No crees que preferiría uno de la familia?». Tenía razón y me convenció. Decidí dibujarnos a todos juntos en el sofá, pero quería que fuera una sorpresa, así que entraba en el cuarto de estar cuando ella estaba viendo la tele, o leyendo, o lo que fuese, y tomaba apuntes en secreto, hacía bocetos parciales para ayudarme a recordar los detalles, como su costumbre de ladear ligeramente la cabeza o su manera de cruzar las piernas, metiendo un pie por detrás del otro tobillo.

Yo creo que la personalidad de las personas se esconde en estos detalles, y si sabes captarlos consigues captar a la persona.

Eso fue mucho después de la muerte de Simon, y ya no nos acordábamos de él todos los días. Puede que mamá sí, pero yo no. No tanto. Y mucho menos tanto como me acuerdo ahora. De todos modos, no me parecía bien hacer un retrato de familia sin él.

Al final hice un dibujo del que estoy muy orgulloso, y eso es algo que no suelo decir. Cogí una foto de Simon de la repisa de la chimenea, una en la que salía radiante, con su uniforme del colegio recién estrenado, y la apoyé en la mesita donde dejamos los periódicos, al lado del sofá. Dibujé a mamá a su lado y luego a mí, entre papá y ella. El cruce de piernas de mamá me salió casi perfecto, y a papá lo dibujé mordiéndose el labio inferior, como hace siempre cuando quiere concentrarse. Los autorretratos son lo más difícil. Es difícil captarse a uno mismo, incluso saber lo que hay que captar. Al final decidí representarme con un cuaderno en las rodillas, dibujando. Y si te fijas bien, se ve que la parte superior de lo que estoy dibujando es el propio retrato.

Creo que es lo mismo que estoy haciendo ahora. Incluyéndome a mí mismo en este relato y contándolo desde dentro.

En el hospital, me sentaba en el jardín de fumadores y dibujaba mi apartamento. Recordaba cómo era mi cocina y la dibujaba completa, con las baldosas rajadas y el papel de la pared abombado. La abuela Noo está delante del fregadero, pelando

verduras, y su paquete de cigarrillos mentolados está en la encimera. Cuando dibujo de memoria, me gusta pensar dónde estaría yo si de verdad estuviese allí. Estoy en el pasillo, fuera de la vista. Incluso dibujé un trozo del marco de la puerta a un lado. No estaba mal. Estaba muy concentrado en el dibujo y no me di cuenta de que una paciente me miraba de reojo.

Se llamaba Jessica, creo. Dijo que le gustaba el dibujo y me preguntó si le haría un retrato.

Cuando dibujas lo que tienes delante —en vez de sacarlo de un rincón de la memoria—, te fijas más en dónde estás y sientes que de verdad estás ahí. No sé si tiene mucho sentido, pero así es.

Jessica tuvo una hija que se llamaba Lilly, pero Lilly era mala. Eso me contó, para explicarme por qué tenía aquellas cicatrices. Me invitó a su cuarto y cerró las cortinas. Le dije que sería mejor dibujarla con luz natural, pero se desabrochó la blusa, se quitó el sujetador y nos quedamos en silencio.

Podía haber retratado a otros pacientes, a Tammy, quizá, con su vestido rosa, abrazada a su osito de peluche. Jessica lloraba y decía que era maravilloso sentirse mirada. Podría haber dibujado al hombre que examinaba los zapatos cada diez minutos para descubrir micrófonos ocultos, o haber captado a Euan en pleno caos, cuando se daba golpes contra las paredes por pura diversión. Podría haber dibujado a Susan, que se pasaba la hora de comer recogiendo los saleros de todas las mesas hasta que Alex le decía a gritos que se estuviera quieta y se ponían los dos de mal humor durante horas. O el pelo apagado y grasiento de Shreena, que se lo arrancaba a mechones y lo dejaba por todas partes. Podría haber dibujado los mechones y haber captado su personalidad en los sitios en que decidía tirarlo.

Había diecinueve camas en la planta. Llegaban nuevos pacientes al tiempo que otros se marchaban, como si aquello fuera el hotel más estrambótico del mundo. Podría haberlos dibujado a todos, pero sólo dibujé a Jessica. La dibujé medio desnuda en la penumbra de su habitación. Y dibujé sus cicatrices. Había alimentado al diablo con sus pechos y después se había librado del dolor.

—Es perfecto, Matt. Gracias.

—No hay de qué.

—Es perfecto de verdad.

—Me alegro.

Yo no quería pensar dónde estaba, no quería sentirme allí. Por eso no dibujé a otros pacientes, ni a la enfermera de guardia al día siguiente, mirando el retrato de Jessica y moviendo la cabeza muy despacio.

—A ella le pareció perfecto —protesté débilmente.

—No se trata de eso, Matthew.

—Ella me lo pidió.

—Se sintió presionada. Y eso no está bien.

—Eso es una gilipollez como la copa de un pino.

—Por favor, no emplees ese lenguaje.

—Es que lo es. Es una gilipollez. Yo ni siquiera quería dibujar a esa zorra.

—Ya está bien, Matthew. Nadie te está riñendo. Es sólo una cuestión de límites.

Todo el mundo está aquí para ponerse bien, y eso te incluye a ti también. Te pido que no entres en la habitación de otros pacientes, aunque ellos te inviten.

—Ella me invitó.

—Y te pido que no dibujes a nadie. Eso sí, veo que tienes mucho talento.

—Por favor, no...

—¿Sí?

—No digas eso. No lo necesito. No volveré a dibujar a nadie. No quiero. Ni siquiera quería dibujarla a ella.

—De acuerdo, dejémoslo así. Y no te estoy riñendo, Matt.

—¿Puedo irme?

—Por supuesto.

Dibujé a la abuela Noo en mi cocina, y el banco del parque donde me sentaba con Jacob cuando hacíamos pellas. Dibujé el mundo exterior. Si alguna vez vas a casa de mis padres, verás el retrato de mi familia encima de la chimenea. A mamá le encantó. Dibujar es una manera de estar en otra parte.

comportamiento literario

Thomas iba medio corriendo, medio tropezando, con la sudadera manchada de ketchup y su camiseta del Bristol City.

La alarma sonó con violencia y sobresalto.

Consiguió llegar hasta la fuente vacía antes de que lo atrapasen la enfermera Tal y el enfermero Cual, con ayuda de un tercer enfermero que llegaba justo en ese momento y aún llevaba el candado de la bici, amarillo y fluorescente, alrededor del tobillo. Abrí la ventana de mi habitación todo lo que se podía abrir, que no era mucho, como es evidente. Era imposible, con tantos gritos, oír lo que decía la enfermera Tal.

Thomas no le estaba gritando a ella. Le gritaba a Dios. Lanzaba una Biblia al cielo y berreaba: Cabrooooón, Cabrooooón, Cabrooooón.

Thomas era lo más parecido a un amigo que llegué a tener en el hospital. No hablábamos mucho, pero desde la noche que estuvimos dando vueltas por el pasillo y chocando los cinco, siempre se sentaba a mi lado en el comedor y compartía mi tabaco cuando a él se le terminaba. De vez en cuando hablaba de dos cosas, de Dios y del Bristol City, sus dos grandes amores, y al verlo en ese momento comprendí que con uno de los dos se había peleado.

La enfermera Tal le puso una mano en la espalda por debajo de las rastas grises. No la oía bien desde mi habitación, pero es posible que le estuviera diciendo: «Ya está, Thomas. No pasa nada. Por favor. Vuelve al pabellón».

Habría sido mejor que cerrasen la puerta principal, pero preferían dejarla abierta si todo estaba tranquilo, para que los pacientes voluntarios no se sintieran encerrados. Desde ese día no volvieron a dejarla abierta. Al menos por algún tiempo. Thomas seguía lanzando un Cabrooooón con todas sus fuerzas a la primera oportunidad.

Llegaron más enfermeros, intercambiando miradas, tomando posiciones.

Decidí rezar y pedirle a Dios que mostrara un poco de piedad o lo que fuera. No me sé muchas oraciones, así que busqué mi ejemplar de la Biblia. Había uno en cada habitación. Pensé que me daría alguna pista.

La encontré en el cajón de la mesilla, debajo de mi Nintendo DS y de un folleto de información para el paciente sobre la Ley de Salud Mental.

Era demasiado tarde. Se movían muy deprisa. Si no recuerdo mal, fue el enfermero Cualquiera quien le sujetó la cabeza a Thomas. Era negro, como Thomas, y tenía un cuerpo que parecía un bloque de ladrillo, un cuerpo que sólo se consigue pasando muchas horas en el gimnasio. Tenía también los dientes amarillos y saltones, como si fueran a salirse de la boca cada vez que sonreía.

En ese momento nadie sonreía.

El enfermero Cual le había cogido de un brazo y lo agarraba con tanta fuerza que

se le pusieron los nudillos blancos. Era un tío flaco y casi tan pálido como yo, con una eterna expresión de compasión y la cabeza siempre ligeramente ladeada. Siempre decía: *Hmmm, ¿y cómo te sentistes?* Pero estaba claro que lo tenía bien agarrado. Thomas seguía forcejeando, aunque no le servía de nada.

El enfermero He-pensado-qué-coño-yo-también-voy lo sujetaba del otro brazo. Era de mediana edad, calvo, gordo y sudoroso.

Estoy siendo cruel, ¿verdad?

No suelo meterme con la gente por su aspecto físico. Eso me importa un carajo, pero es que ahora mismo estoy cabreado. A veces me enfado cuando pienso en las cosas que vi en el hospital. Me cabreo ahora y me cabreé entonces, al ver a Thomas peleando con todas sus fuerzas, intentando huir, hasta que su adorada camiseta del Bristol City se le enganchó en la barandilla y se rasgó de arriba abajo.

—No pasa nada, Thomas. No pasa nada —le decía la enfermera Tal.

Guardé la Biblia mientras lo arrastraban cuesta arriba. Después me fumé una colilla de Golden Virginia. Pasó el carrito con la comida y todo volvió a lo que allí se entendía por normalidad.

Thomas no vino al comedor. Fui a la cocina, preparé dos tazas de té con tres azucarillos cada una y, cuando me aseguré de que nadie me veía, recorrí el pasillo y llamé a su puerta.

—¿Estás ahí, Thomas?

No hubo respuesta.

—Te he traído una taza de té, tío.

Levanté la solapa de la puerta unos centímetros. Estaba en la cama, hecho un ovillo, con una almohada entre las piernas y los ojos cerrados, chupándose el pulgar. Su camiseta rota estaba en la silla, y su Biblia, encima.

Nunca había visto a un hombre hecho y derecho dormir así. De todos modos, parecía en paz. Parecía muy lejos de todo. Por debajo de la cinturilla de la sudadera asomaban dos tiritas redondas.

Yo no dormía bien últimamente.

Me dio envidia.

Esa tarde pedí que alguien me llevara a mi apartamento, porque hacía semanas que no pasaba por allí y quería recoger el correo. Eso les dije.

El enfermero que llevaba el candado de la bici alrededor del tobillo abrió la puerta principal. Cedí el paso a la enfermera Tal, porque la abuela Noo dice que soy un caballero.

—Esta compañía de taxis es de lo que no hay. Lllaman a la oficina y dicen que están esperando, sales y no hay nadie. Siempre igual.

Si conoces Bristol, es probable que conozcas el hospital de Southdown. No es un manicomio ni una casa de locos o como quieras llamarlo. Es un hospital normal y

corriente, pero tiene una unidad psiquiátrica. Antes de que me llevaran allí, ni siquiera sabía que existieran sitios así. Habíamos salido por el túnel que separaba el pabellón de los locos de atar del hospital general, y en ese momento estábamos delante del ala de maternidad, en la parada de taxis.

Hacía frío y el cielo estaba cubierto y gris. A pesar de todo, era agradable estar al aire libre. La enfermera Tal se subió la bufanda por encima de la barbilla. Estaba tiritando.

—Perdona, no sé por qué lo pago contigo. Está claro que no es culpa tuya.

—Ha sido una mañana difícil —dije.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno... no sé. Por lo de Thomas.

—Lamento que lo vieras. No es agradable ver que...

—¿Está bien Thomas?

—Está bien, Matt.

Un hombre pasó deprisa con un ramo de flores y un oso de peluche gigante debajo del brazo

—¿Lo habéis sedado? Se dice así, ¿no?

—Hmm... no puedo hablar de los pacientes. No quiero ser antipática, pero tampoco hablaría de ti.

No había nada más que decir, pero el silencio era demasiado denso. Demasiado incómodo para soportarlo. Así que dije:

—Yo nací aquí. ¿Es ahí donde nacen los niños?

—Ajá.

—Entonces nací aquí. Es la última vez que he estado en un hospital desde entonces.

—¿De verdad? ¿Nunca te has roto un hueso?

—No.

Podía haberle contado los cientos de horas que pasé en el hospital con Simon, podía haberle hablado de nuestras excursiones de los sábados al hospital de Old Lane, cuando yo me quedaba esperando en el coche con papá, en el asiento del copiloto, jugando a veo-veo mientras mamá llevaba a Simon al logopeda.

Así hasta que volvían dando saltos por el aparcamiento, Simon practicando las vocales. Papá hacía como si no los viese, y yo decía: «Veo veo una cosita que empieza por M y por S».

Y él se hacía el tonto y decía tonterías, como: «Hmmm, ¿Marks & Spencer?» O: «A ver si lo adivino. ¿Los Mouldy Spuds?». No tenía ninguna gracia, pero tal como lo decía resultaba muy gracioso, o yo me empeñaba en que lo era. Me partía de la risa.

Podría habérselo contado a la enfermera Tal, pero llegó un taxi.

—Allá vamos, a por tu correo —dijo.

Me puse el cinturón de seguridad y me acordé de cómo mamá me echaba del asiento delantero y me hacía pasar detrás, con Simon, mientras le daba a papá un beso en la mejilla y preguntaba: «¿Nos contáis el chiste?».

Los sábados, después del logopeda, íbamos a ver a la abuela. A la madre de papá. Era mayor que la abuela Noo y murió hace mucho tiempo. Creo que ya lo he contado.

X.

No recuerdo su cara.

En la parte de atrás de la casa de mi abuela había una habitación que ella llamaba la biblioteca. Era tan pequeña que casi no cabía una silla y no tenía ventanas. La puerta y una lámpara de pie ocupaban todo el espacio a un lado, mientras que las otras tres paredes estaban forradas de estanterías con cientos y cientos de libros. Yo no entraba casi nunca, porque me resultaba claustrofóbico y me daba un poco de miedo. Era un cuarto oscuro y frío, demasiado apartado de las voces tranquilizadoras de los adultos en el salón. Pero entré una vez, porque Simon me estaba fastidiando, venga a repetir las vocales, y quería estar solo. Recuerdo que pasé los dedos por los lomos de los libros, me puse a leer los nombres de los autores y me inventé un juego. Decidí que cada nombre de cada lomo era la persona para la que se había escrito el libro, en lugar de quien lo había escrito. Decidí que todo el mundo tenía un libro que llevaba su nombre y que si lo buscaba bien acabaría encontrando el mío.

No sé si me lo creía, pero más tarde, cuando estaba en la cocina tomando unas galletas y un batido, se lo conté a los mayores como si me lo creyera de verdad, como si estuviera firmemente convencido.

—Es un encanto —dijo la abuela.

—Si quieres que un libro lleve tu nombre, cielo, tendrás que escribirlo tú mismo.

La enfermera Tal se quedó en mi puerta como un guardia de seguridad mientras yo recogía las ofertas de las tarjetas de crédito y la propaganda de pizza Domino's amontonada en el felpudo. Nunca recibía correo importante. No esperaba nada. No había ido a casa para recoger el correo.

Recorrí el pasillo frío y pasé por delante de la cocina. Las botellas limpias de mi Proyecto Especial estaban del revés en el escurrerplatos. Había más botellas en el cuarto de estar, pero alguien las había pegado a la pared del fondo. Eso sí, no habían tirado nada. Eso era lo importante.

Habían limpiado la alfombra y noté un leve olor a pintura fresca.

Cogí de la mesa mi cuaderno de espiral tamaño A4, lo estuve hojeando y arranqué las páginas que ya estaban garabateadas. No quería verlas. No podía permitir que volvieran a absorberme. Una cuarta parte del cuaderno estaba en blanco, y con eso bastaba. Mamá me había llevado al hospital papel de dibujo de buena calidad, pero no quería utilizarlo para escribir. Pensé que era el momento de empezar a tomar

algunas notas. Algunas observaciones: cómo eran los enfermeros, si tenían los dientes amarillos y saltones, como si fueran a salirse de la boca, cosas así. Por si acaso alguna vez me decidía a escribir como es debido. Ahora bien, hay que tener cuidado a la hora de tomar notas en un hospital psiquiátrico, eso decía El Cerdo. Fue él quien me habló de los comportamientos literarios, pero entonces yo aún no lo conocía.

Tampoco el cuaderno era la razón por la que quería pasar por casa.

Lo que quería estaba en mi dormitorio. Al menos eso esperaba. El olor a pintura era más intenso allí. No me gusta pensar en lo que debió de sentir mi padre. Solo, en mi habitación, pintando en silencio para esconder mi locura exhibida en las paredes. Mamá se habría ofrecido a ayudar, seguro, a venir con él. Pero él no lo habría consentido. Habría dicho que no era para tanto, que bastaba con dar un par de manos de pintura, que se fuera a ver a sus padres. Se las arreglaría bien sin su ayuda.

Apenas entraba la luz del día por la ventana pequeña. Encendí la luz. Fue entonces cuando vi que él también había escrito algo. No estoy seguro del todo, pero apostaría cualquier cosa a que fue la primera y la única vez que papá hizo un grafiti en una pared. Puede que no conozcas a mi padre, pero seguro que conoces a gente como él. Todo el mundo conoce gente que haría un grafiti en las paredes y gente que jamás lo haría. Ni siquiera en el cubículo de los lavabos públicos o en una cabina de teléfono. Me gusta que mi padre sea de los que nunca lo harían.

Pero había escrito algo al lado del interruptor de la luz. No esperaba que yo llegase a leerlo nunca. Lo sé porque lo cubrió con pintura cuando vino a dar la segunda mano. Y él no podía saber que yo iría a casa precisamente ese día a recoger el correo. Pasé los dedos por encima de las letras escritas con un bolígrafo. Había escrito:

Esto lo vamos a superar, mon ami

Esto lo vamos a superar juntos

A pesar de que estaba bastante relajado, por los tranquilizantes, sentí que se me encogía el corazón al pensar en su tristeza. Temí que pudiera equivocarse.

Rebusqué en los cajones a toda prisa. Quería salir de allí.

—¿Va todo bien? —preguntó la enfermera Tal.

Casi la tiro al suelo al salir precipitadamente.

—Quiero irme. Perdón. ¿Podemos irnos ya?

Se fijó en la bolsa que llevaba apretada contra el pecho.

—¿Eso es todo lo que querías recoger?

—Sí. Gracias por traerme. ¿Podemos irnos ya?

—Claro. Pero ¿qué te parece si...?

—Por favor. No quiero nada más.

—Vale. El taxi nos está esperando. Podemos irnos.

—Lo siento. Gracias. Gracias.

Thomas no contestó cuando volví a llamar a su puerta. Estaba dormido como un tronco.

Entré con el mayor sigilo posible, aunque creo que no lo habría despertado aunque me hubiese puesto a tocar un tambor.



Saqué la camiseta de mi bolsa. A mí ni siquiera me gusta el fútbol. A saber cómo llegó a mis manos esa camiseta del Bristol City. La tenía hecha una bola con las

demás camisetas desde hacía un montón de tiempo, quizá esperando este momento. Debía de ser de cien temporadas anteriores, pero aunque fuera de cien temporadas anteriores, no estaba rajada.

Se la eché por encima con cuidado.

—Aquí tienes, tío.

Ni siquiera se movió.

ruido sordo y hueco

Hoy sólo quince minutos antes del pinchazo. Tengo algunos problemas con las pastillas y la solución es una aguja larga y afilada.

Cada dos semanas, en lados alternos.

Prefiero no pensarlo. Es mejor no pensarlo hasta el preciso instante en que me ponen la inyección.

Soy repetitivo, ¿eh?

Llevo una vida de corta y pega.

Hay un ambiente raro hoy. Es difícil de explicar. Se puede cortar con un cuchillo, como diría la abuela Noo. Los enfermeros desaparecen en cuanto pueden, se encierran en su sala y se ponen a cuchichear, muy serios. Se creen que no los vemos, pero hay una puñetera ventana. Al cabo de un rato salen y se muestran supercontentos y supersonrientes, como si no pasara nada. Pero se les ve hechos mierda. No quiero ser desagradable. Quiero decir que parecen muy cansados. O estresados. La verdad es que me dan un poco de pena. Ahora mismo, Jeanette, que es la encargada del grupo de arte, está cuchicheando con Patricia con el mismo entusiasmo de siempre, pero se nota que está fingiendo, que sigue un guión mecánicamente.

Tal vez estoy viendo cosas donde no las hay. Anoche estuve bebiendo con El Cerdo y me acosté muy tarde. Esta mañana también nos hemos tomado un par de birras. El Cerdo no es un nombre. El Cerdo es una etiqueta.

En eso he estado pensando.

Es una etiqueta que él mismo se ha puesto, para tapar las que le ponen los demás. Se la ha puesto encima de MENDIGO y de ARTISTA FRACASADO. Es listo de cojones. Le patina un poco la lengua y se distrae con facilidad, pero si te tomas la molestia de escucharlo, es de esas personas que tiene millones de datos almacenados en la cabeza. Fue El Cerdo quien me explicó lo que era el comportamiento literario. Me habló de eso la primera vez que nos emborrachamos juntos, en un momento en que yo había bajado la guardia y estaba dando vueltas a la bronca que me habían echado Denise, *Clic-Clic-Guiño*, el doctor Clement y los demás peces gordos a los que pagan por controlar mi vida.

Ahora me habla mucho de eso. El Cerdo se repite bastante cuando ha bebido, y bebe bastante. Creo que él también lleva una vida de corta y pega.

Bebió un trago de Special Brew.

—Eso fue en los setenta, chaval. Antes de que tú nacieras. Pero que no te engañen. Las cosas no cambian.

Esto fue lo que ocurrió

En la década de 1970, un grupo de investigadores ingresaron voluntariamente en distintos manicomios de Estados Unidos. Para poder ingresar, fingieron que oían voces. Fingieron que oían una voz que decía: ruido sordo y hueco.

Pero cuando por fin los ingresaron, dejaron de fingir y nunca más volvieron a hablar de esa voz.

Y aquí viene la locura

El personal del hospital se negó a creer que habían mejorado, los dejaron encerrados —en algunos casos muchos meses— y los obligaron a reconocer que tenían una enfermedad mental y a seguir una medicación si querían salir de allí. Es lo que pasa con las etiquetas. Que se pegan.

Si la gente piensa que estás LOCO, entonces todo lo que hagas, todo lo que pienses llevará grabado la etiqueta de LOCO.

Uno de los investigadores escribió en un cuaderno cómo resistió, cómo era la comida, esas cosas. Cuando concluyó el experimento, pudo leer las otras notas, las que habían tomado sus médicos y sus enfermeros. Lo veían garabatear en su cuaderno y registraban: «el paciente adopta comportamientos literarios».

¿Qué narices significa eso?

No me estoy haciendo el tonto. Sinceramente no tengo la más remota idea de lo que puede significar. ¿Es lo que estoy haciendo yo? ¿Estoy adoptando comportamientos literarios? También dibujo. ¿Eso es comportamiento artístico? En confianza te lo digo, dentro de un rato es posible que vaya a cagar. ¿Eso es comportamiento escatológico?

Yo sólo sé lo que dice El Cerdo. Lo repetimos juntos, como un mantra, como un saludo especial. Abrimos una lata y mientras se nos llenan los dedos de espuma, El Cerdo gruñe:

—Puede que no consigas vencer a esos capullos.

Luego entrechocamos las latas y gritamos a pleno pulmón, le gritamos a la noche, a los coches que pasan: «¡Pero no puedes dejar de luchar!».

Vale que es una chorrada, pero me ayuda un poco.

Ahora tengo que irme.

Denise acaba de aparecer al final del pasillo.

—Cuando puedas, Matt.

Normalmente le hago esperar. Me resisto. Pero hoy parece estresada y, si soy sincero, me da un poco de lástima, no lo puedo evitar. De verdad que hoy el ambiente se puede cortar con un cuchillo. Hasta se podría cortar con las tijeras de punta redonda que nos dan en el grupo de arte. Definitivamente algo no va bien.

de par en par

Vimos un capítulo de EastEnders en el sofá verde.

Estamos juntos, mamá, papá y yo, como siempre, porque a Simon le gustaba sentarse en la alfombra con las piernas cruzadas, muy cerca de la tele.

Éste era el episodio en que Bianca se iba de Walford, pero de eso hace mucho tiempo. Sólo me acuerdo porque Simon estaba enamorado de ella. A mí me conmovía, creo. O simplemente me daba pena. Una pena imposible. Éste era nuestro nuevo retrato de familia: los tres sentados, mirando el sitio donde debería estar Simon.

Ya te lo he contado.

Ya he dicho que ver EastEnders era un ritual, que lo grabábamos si no íbamos a estar en casa. Pero no había vuelto a mencionarlo, porque el episodio en que Bianca se marchaba fue el fin de este ritual. Fue la última vez que vimos EastEnders en familia, y fue el último capítulo que yo vi. Punto final. Hasta casi diez años después. Me había quedado sin tabaco. Me había tomado mi última PNR. No tenía nada que hacer, así que me senté en la sala de televisión, en una de las butacas sucias y hundidas, procurando olvidarme de las náuseas, del dolor de cabeza, del hambre, de la rigidez y del agotamiento que me causaban las dos pastillas blancas que tomaba dos veces al día.

Había más gente de lo normal en la sala. Habían traído sillas del comedor, y un par de enfermeras merodeaban alrededor de la puerta. Todo el mundo quería ver ese episodio.

Y él estaba en la melodía de la serie. Estaba en el mapa de Londres, cuando la cámara giraba y ascendía.

A veces parece que el mundo entero es como la letra pequeña que aparece al pie de la publicidad, y los actos más cotidianos, como sonreír o dar la mano, se cargan de mensajes contradictorios. Aquello no era ni una sonrisa ni un apretón de manos, sino un episodio de EastEnders. Era el episodio en el que, tras casi diez años de ausencia, Bianca por fin regresaba. Era pelirroja y pecosa.

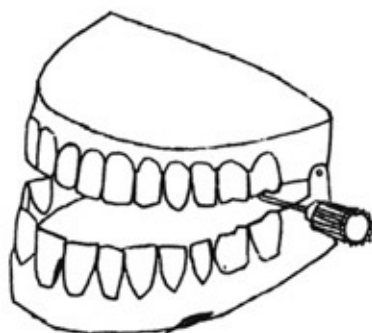
Pude haber pensado que era una coincidencia, que estas cosas pasan. No paran de decirme que busque pruebas, que intente distinguir entre lo que es probable y lo que es improbable. Pude haber cerrado los puños, haberme apretado las sienes con los nudillos y haber buscado una explicación racional para mis pensamientos.

Pero no habría servido de nada, porque incluso ahora, no puedo dejar de pensar que él no intentara decirme algo.

Esa noche no podía estarme quieto.

Debí de recorrer el pasillo lo menos cien veces, descalzo, con los pies helados.

Cada vez que pasaba veía al auxiliar de enfermería con su manajo de llaves y su carpeta roja y vieja. Unas veces estaba sentado detrás de la mesa, bajo una luz intensa y blanca, y otras veces deambulaba en la penumbra, asomándose a vigilar por las solapas de las puertas de las habitaciones de los pacientes. De vez en cuando me miraba, levantaba una ceja y buscaba mi nombre en la lista.



Los empleados se turnaban en las labores de vigilancia: hacían una ronda por todo el pabellón cada quince minutos para asegurarse de que nadie se había fugado, o algo peor. Lo sé porque los he observado. Ellos me observaban a mí y yo los observaba a ellos.

Cuando tu hermano mayor te está llamando, cuando por fin es hora de jugar, si tienes que escaparte de un psiquiátrico lo primero que hay que hacer es observar.

La mañana siguiente, en pijama y sudando, esperé mientras la enfermera cogía mis pastillas de la bandeja, las sacaba del envase y las dejaba caer en un vaso de plástico.

—Aquí tienes, Matt.

—¿Puedes decirme para qué son?

—¿Por qué no me lo dices tú?

—No me acuerdo.

—Creo que sí te acuerdas. Inténtalo.

Empezaba a conocer bastante bien a esa enfermera. Se llamaba Claire, o puede que Anna.

—Inténtalo —insistió—. Son tus pastillas, no las mías.

—¿Viste EastEnders?

—¿Por qué cambias de tema?

—¿Lo viste?

—¿Cuándo?

—Ayer. ¿Lo viste?

—No sigo la serie. ¿Estuvo bien?

—No estoy seguro.

Me dio el vaso con las pastillas y llenó otro vaso de agua.

Las enfermeras de los psiquiátricos no parecen enfermeras. No llevan uniformes, como nosotros en la residencia de ancianos, y no van corriendo por ahí con camisas de fuerza en la mano, como se ve en las películas. Clara-o-puede-que-Anna llevaba unos vaqueros y una rebeca. Tenía un *piercing* en el labio y mechones rojos en el pelo. No era más que uno o dos años mayor que yo.

—Es importante que te expreses —dijo entonces—. Si no te abres, si no dices cómo te sientes, ¿cómo vamos a ayudarte?

Eso dicen a todas horas, cosas por el estilo. Normalmente yo no contesto, pero esta vez contesté.

—Me duele el diente —dije—. El que me rompí. Mamá no para de darme la lata. Dice que quiere recuperar mi sonrisa. Si no estás muy liada...

—¿Quieres ir al dentista?

—Sólo si no estás muy liada.

Yo nunca pedía nada, y vi que le gustaba que se lo pidiera. Ésos son los momentos que ellos llaman progresos, los registran en sus notas. Lo sé porque los he observado. Ellos me observaban a mí y yo los observaba a ellos.

—Claro que podemos ir. Faltaría más. ¿Tienes algún dentista?

Negué con la cabeza y aparté la mirada... no quería mentir en voz alta, no quería que viera lo que estaba pensando.

—No te preocupes. Hay una clínica de emergencia al lado de la estación. A veces nos hacen un hueco. ¿Sabes qué, Matt? El policía que te trajo aquí se sentía fatal porque te hicieras daño mientras él te custodiaba y quería llevarte al dentista.

—¿Y por qué no me llevó?

Hice la pregunta un poco enfadado. No era mi intención, pero me salió así. No se me dan bien las conversaciones largas. Estaba sudando, notaba que se me estaba empapando la espalda de la bata.

Claire-o-puede-que-Anna también estaba sudando.

—Pues porque no... No funciona así... Eso no se hace. Además, estabas muy alterado, lo más importante era traerte aquí. Pero se lo dijo a todo el mundo para asegurarse de que te llevaríamos lo antes posible. Anda, ¿por qué no te vistes mientras yo lo organizo en cuanto termine con esto?

Me quedé delante del lavabo, mirándome en el espejo.

Me metí un dedo por debajo de la lengua y escupí la papilla de pastillas, que me estaban dando arcadas. A continuación eliminé las pruebas, tirándolas por el sumidero.

El cielo empezaba a despejarse. Las cortinas de mi habitación eran muy finas y no llegaban hasta el borde de la ventana. En el alféizar tenía un cenicero. Estaba prohibido fumar en las habitaciones, pero yo fumaba de todos modos y ellos no eran demasiado estrictos. Le había pedido el cenicero a otro paciente, a cambio de unos bricks de Kia-Ora. Era un cenicero de cristal grueso, como los de los bares, y la luz de la mañana se reflejaba en el cristal formando un arcoíris sobre mi cama.

Me quité el pijama y me tumbé, desnudo, para que el arcoíris me bañara la piel. Empezaba a notar el cansancio tras la mala noche que había pasado. Me dejé llevar por los colores, pensando en lo bonitos que eran, y de pronto oí una especie de rugido.

—Hola, ¿quién hay ahí? —El rugido volvió a sonar. Venía de debajo de la cama—. ¿Quién eres? Calla. Contesta.

Oí entonces una risita, y no me cupo la menor duda de quién era. No me levanté, sólo me tumbé de costado y levanté las sábanas que colgaban por el borde de la cama. La risita se convirtió en un grito de alegría.

—Sabía que eras tú.

Tenía la cara pintada de naranja, con rayas negras, y la nariz era una mancha negra de la que salían rayas que simulaban los bigotes.

—Soy un tigre —sonrió de oreja a oreja—. ¿Parezco un tigre?

—El mejor de todos —sonreí también yo.

Volvió a rugir y se arrastró por el suelo para salir de debajo de la cama.

—Parezco un tigre, pero me deslizo como una serpiente.

Le costaba pronunciar la S y buena parte de las sesiones de logopedia las

dedicaba a practicar ese sonido, pero se le daba muy bien deslizarse como una serpiente y yo sabía que quería que se lo dijera.

—Lo haces muy bien, Simon. Muy bien.

Resplandeció de orgullo, dio un salto y me abrazó. Dejé que me aplastara con su peso. Era maravilloso abrazarlo, aunque casi no podía respirar.

Entonces arrugó la cara:

—¿Qué estabas haciendo en el lavabo, Matthew?

—¿Me estabas espiando?

Dijo que sí con la cabeza, marcando los movimientos exageradamente, doblándose desde la cintura.

—¡Te he visto! ¡Te he visto!

—Entonces ya sabes lo que estaba haciendo.

Se inclinó sobre el lavabo y miró por el sumidero. Se movía de un sitio a otro en un abrir y cerrar de ojos, como si volara a través del tiempo.

—¿Por qué has escupido las pastillas? ¿No te pondrás malo?

—Quieres que juguemos, ¿no?

Me miró con una seriedad que nunca le había visto.

—Para siempre. Quiero que juegues conmigo para siempre —dijo.

Me asustó un poco lo serio que estaba. Sentí un escalofrío y me tapé con la manta.

—Tengo ocho años —dijo de pronto. Contó hasta ocho con los dedos y luego, con mucha concentración, sacó la lengua y bajó dos dedos—. ¡Así que tú tienes seis!

—No, yo ya no tengo seis.

Se quedó mirando los dedos, desconcertado. Me sentí culpable por hacerme mayor, por dejarlo atrás. No sabía qué decir. Entonces se me ocurrió una idea. Me estiré para alcanzar el cajón de la mesilla y saqué con cuidado una foto de la cartera.

—Mira. ¿Te acuerdas?

Se sentó en la cama a mi lado. No le llegaban los pies al suelo.

—¡En el zoo! ¡En el zoo! —dijo, pataleando de emoción.

—Eso es. Mira. También hay un tigre.

Fuimos al zoo de Bristol el día de mi cumpleaños, cuando cumplí seis, y nos pintaron la cara de tigres. La abuela Noo nos hizo la foto, con las mejillas unidas, rugiendo a la cámara. La llevó muchos años en el bolso, pero un día, cuando le dije que era mi foto favorita, insistió en regalármela. No servía de nada discutir con ella cuando se empeñaba en algo.

Yo tenía algo más en la cartera, pero no quería enseñárselo a Simon. No quería que se hiciera ilusiones, no fuera a ser que las cosas no salieran bien. Era un papel doblado que guardaba debajo de la tarjeta de crédito. La recepcionista del pabellón lo había imprimido para mí desde Internet unos días antes. Era una mujer muy

simpática, que siempre estaba comiendo chicle y les hablaba a las limpiadoras de su hija con mucho orgullo. Les contaba que ya estaba en el último curso de piano y además era una bailarina de primera.

Me quedé escuchando la conversación con la esperanza de que hiciera un paréntesis, pero no se callaba. Ni siquiera hizo una pausa para tomar aire hasta que por fin se volvió a mí.

—¿Puedo ayudarte en algo, cielo? —preguntó.

—Necesito una dirección —dije—. ¿Podría hacer una búsqueda en el ordenador?

—Hmmm.

—Eh... Es de un camping. Un camping de caravanas. No recuerdo exactamente dónde está. Creo que en...

—¿Cómo se llama, cielo?

—Perdón. Sí. Se llama Ocean Cove. O se llamaba. No sé sí...

Tenía las uñas largas, pintadas de rojo, y tecleaba como una ametralladora.

—Ocean Cove, parque de vacaciones, en Portland, Dorset. ¿Es ése?

Papá iba al volante del Ford Mondeo ranchera y mamá le iba dando patatas fritas y trocitos de manzana.

Simon se había quedado dormido, con un Transformer en las rodillas. Yo estuve jugando con la Game Boy hasta que se agotó la batería. Entonces jugamos a ver quién era el primero que veía el mar. Mis padres me dejaron ganar. Mamá me lanzó un beso por el retrovisor.

Papá pulsó un botón para abrir el techo, porque le encantaba el aire salado.

Simon se despertó cuando pasamos por encima del resalte que había en la entrada del camping, para que los coches frenaran. Agrandó los ojos y se puso a aplaudir, incapaz, como siempre, de encontrar las palabras exactas.

—¿Es éste, cielo?

—Sí, ése es. Ahí es donde...

Hizo clic con el ratón y Google le ofreció la dirección, mostrando la imagen de un mapa pequeño y borroso.

Si me hubiese preguntado para qué lo quería, tal vez le habría contado la verdad. Fue ahí donde abandoné a mi hermano y es ahí donde más me necesita.

Es posible que eso la hubiese sacado de su trance, que hubiera ladeado la cabeza con aire compasivo para decir: «¿Sabes qué, cielo? ¿Por qué no esperas aquí un momento mientras voy a ver si alguno de los enfermeros tiene un rato para hablar contigo?».

Pero no lo hizo,

porque
todas
las
ESTRELLAS
del
UNIVERSO

se habían puesto de acuerdo en ese plan para mí, y porque mientras yo doblaba el papel y lo guardaba en la cartera, empezó a contarle a la mujer de la limpieza que su hija estaba pensando en estudiar también ballet en serio, pero, claro, la semana no tenía tantos días.

Me incorporé de un salto. El arcoíris había desaparecido y Simon también. Claire-o-puede-que-Anna estaba en la puerta de mi habitación.

—He pedido un taxi —dijo—. Llegará dentro de veinte minutos.

Me froté la cara con las dos manos. Había mojado la almohada de babas.

—Me parece que alguien ha vuelto a quedarse dormido —dijo Claire-o-puede-que-Anna—. Tienes que vestirte. Hace un día precioso. Parece que la primavera por fin nos dice hola. Te avisaré cuando llegue el taxi.

Me lavé la cara con agua fría y rebusqué entre el montón de ropa que tenía en el suelo. Cogí los pantalones de combate verdes y la cazadora de camuflaje. No es que quiera enrolarme en el ejército ni nada por el estilo, sólo estaba pasando por una fase de vestirme de uniforme, para sentir menos miedo.

Me senté en la cama para atarme los cordones de las botas.

—Sé que sigues ahí debajo, Si.

Simon nunca sabía callarse. Ni siquiera cuando nos escondíamos detrás de la puerta para esperar que entrase papá. En cuanto yo cerraba la puerta, le entraba un ataque de risa.

Claire-o-puede-que-Anna dio las gracias al taxista y le dijo que alguien le avisaría desde el hospital para que viniese a recogernos. La dentista apareció en la sala de espera con una mascarilla sujeta con elásticos.

—Matthew Homes —dijo.

Miré a Claire-o-puede-que-Anna.

—Prefiero entrar solo, si puede ser —dije.

Ella dudó un momento y luego asintió.

—Sí. Claro. Esperaré aquí.

Le dije a la dentista que entraba enseguida, que necesitaba ir un momento al lavabo.

—Estamos en el pasillo, la segunda puerta a la derecha. Ven cuando estés listo.

En las clínicas dentales no hay medidas de seguridad, no hay nadie vigilando en las puertas con un manajo de llaves y carpetas rojas. Yo tenía asignado un dentista, pero la clínica de urgencia está más cerca de la estación.

Cuando tu hermano mayor te está llamando, cuando por fin es la hora de ir a jugar, si tienes que escaparte de un psiquiátrico lo primero que hay que hacer es observar y después dejar que alguien haga por ti la parte más difícil del trabajo. *Di: ahh*. Soy un paciente mental, no un idiota.

un rasguño fuerte

Denise no estaba de buen humor cuando fui a ponerme la inyección el otro día, sin ducharme y con resaca.

—Hueles a cerveza, Matt.

—No es ilegal.

Movió la cabeza y soltó un suspiro cansado.

—No, no es ilegal.

Ya habíamos pasado por la típica conversación clínica de cuéntame-cómo-tesientes-en-tu-habitación al final del pasillo de arriba; ese que apesta a desinfectante. El olor no ayuda. A veces me entra el pánico cuando van a ponerme la inyección, y el olor a desinfectante definitivamente no ayuda.

Mientras abría la bolsa donde guardaba sus artilugios, le pregunté si podía beber un poco de agua.

—Sírrete —dijo, señalando el lavabo.

Cogí una taza que llevaba impreso el nombre de un fármaco muy complicado y un eslogan: *Tratamos hoy para mañana*. Esas tazas las llevan a los hospitales los visitantes médicos. La primera vez que entré en la sala de enfermeros a pedir el Diccionario de Enfermería, conté tres tazas, una alfombrilla de ratón, un montón de bolis, dos tacos de post-it y el reloj de pared con anuncios de distintas marcas de medicamentos. Es como estar en una puta cárcel rodeado de anuncios de cerrojos. Tendría que haberlo dicho, porque me parece una buena comparación. Pero estas cosas siempre se me ocurren después.

Me bebí el agua y rellené la taza. Denise me observaba con mucha atención.

—He estado bebiendo con El Cerdo —expliqué—. Hemos tomado un par de birras también esta mañana.

—La verdad, Matt. Eres tu peor enemigo.

Es raro hacerle un comentario así a alguien que tiene una enfermedad mental grave. Pues claro que soy mi peor enemigo. Ése es el problema. Eso también tendría que habérselo dicho. Aunque puede que no, porque parecía cansada. Y también parecía disgustada. Normalmente me habría dado la charla, pero esta vez no dijo nada. No me sermoneó. Por cómo volvió a suspirar vi que no iba a darme la charla. Fue un suspiro que quería decir: hoy no. Hoy hacemos lo que hay que hacer y nada más.

—Me temo que tengo malas noticias —dijo.

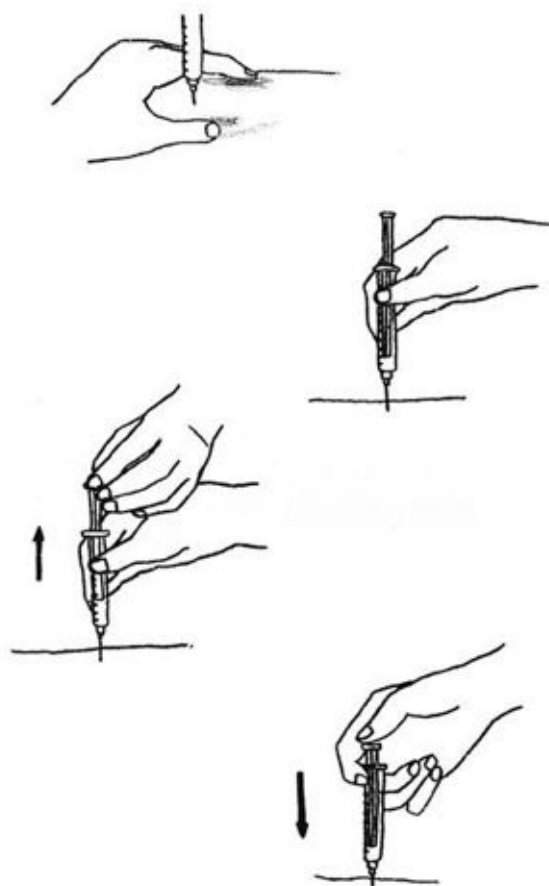
Ya te había contado que había un ambiente muy raro, ¿verdad? Que se podía cortar con un cuchillo. Que incluso se podía cortar con esa porquería de tijeras redondas que nos daban en el grupo de arte.

Denise es una mujer, y eso significa que es multitarea. Eso dicen, ¿no? Es el

típico blablablá que dice la gente.

—Tiene que ver con Hope Road. Por lo visto vamos a tener que reducir los grupos, puede que tengamos que reducirlo todo.

—Ah.



—Llevamos un tiempo tratando de evitarlo, pero la junta del hospital está recortando servicios. Se están haciendo recortes en todo el Sistema Nacional de Salud. Y parece ser que no hay excepciones.

Me estaba mirando, para ver qué decía, así que pregunté:

—¿Tu trabajo está asegurado?

Entonces sonrió, aunque parecía triste.

—Eres un encanto. Puede que sí, que esté asegurado. Pero, como te digo, tenemos que hacer recortes. La verdad es que nos ha pillado desprevenidos. Esta semana habrá una reunión, pero no tiene pinta de que... El caso es que hemos decidido contárselo a los usuarios, para evitar sorpresas.

—¿A quiénes?

—A los usuarios del servicio, a los pacientes.

—Ah. Ya entiendo.

Nos llaman de distintas maneras. Usuarios del servicio puede que sea la más reciente. Seguro que hay gente a la que pagan para inventarse estas gilipolleces.

Pensé en Steve. Él es de los que dirían usuarios del servicio, seguro. Lo diría como si mereciese que lo nombraran caballero por ser tan sensible y complaciente. Me imaginé entonces que perdía su trabajo y, para ser sincero, me pilló desprevenido. No odio a la gente que trabaja aquí. Lo que odio es no tener la opción de librarme de ellos.

—¿Y qué hay de Steve? —pregunté.

—Bueno, no quiero entrar en detalles. No me corresponde. Sólo quería que supieras...

No terminó la frase y no supe si era porque estaba disgustada o porque intentaba concentrarse. Quizá tuviera que concentrarse para no disgustarse.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Quieres un poco de agua?

—No, no. Estoy bien. Pero ha sido un golpe muy duro para todos.

Tomó aire y lo soltó despacio, como cuando hacíamos ejercicios de respiración. Y después soltó un discurso, como si siguiera un guión aprendido de memoria. Se notaba que me estaba diciendo lo mismo que le decía a todo el mundo. Que pasara lo que pasara seguiría trabajando conmigo. Que iría a verme a casa y me ayudaría a rellenar los formularios y a administrar el presupuesto y todas esas cosas. Y que podríamos quedar en el café al que íbamos a veces. O ir juntos al supermercado. Y terminó diciendo que sabía que yo era una persona muy capaz y muy independiente, y confiaba plenamente en mí. No digo que no fuese un buen guión. Sólo digo que era un guión.

Pero creo que luego se equivocó de página, porque, desde que conocía a Denise, nunca le había oído soltar un taco. Es una persona muy tranquila. Supongo que no le queda más remedio. Nunca la he visto ponerse nerviosa o perder los papeles, pero al coger la jeringuilla, con las manos un poco temblorosas, oí que decía entre dientes: «Este gobierno de los cojones».

Eso digo literalmente: de los cojones. Yo nunca había oído a nadie que dijera eso en serio. Y en cierto modo me entristeció todavía más. No me gustó verla así. No me gusta ver a nadie disgustado. No se me da bien consolar a los demás. Pensé

acariciarle un brazo, pero ¿y si se apartaba? Pude haberle dicho que todo se arreglaría, pero ¿cómo lo sabía yo?

Además, no estamos en el mismo bando, ¿o sí? Supongo que por eso pensó que me importaba una mierda y por eso sonrió. Fue una sonrisa torpe, pero uno sólo sabe lo que significa una sonrisa cuando es él quien sonrío. Los demás sólo ven la sonrisa que esperan.

—Mira —dijo de pronto—. Ya sé que a ti no te gusta estar aquí.

—No me disgusta.

—A veces no te disgusta, y eso está bien. Pero éste es un buen servicio y ayuda a mucha gente.

No estuvo bien que me señalara como el chico malo. No sé de qué lado piensa ella que estoy, pero no soy yo quien está amenazando con cerrar el servicio. Curiosamente, esas decisiones no las consultan con nosotros, con los usuarios del servicio.

—Da igual —dijo, recobrando su calma habitual—. Sólo quería ponerte al corriente. Está todo un poco en el aire, pero estas cosas a veces se precipitan. Por lo visto es el dinero lo que cuenta hoy a la hora de tomar las decisiones. Eso se nos escapa de las manos.

Miré la jeringa y la aguja brillante.

—¿Cuánto cuesta eso?

—Esto es distinto, Matt. Gracias a esto estás fuera del hospital y estás bien. Y será aún más importante si se retiran otras ayudas.

—¿Tienes algún inconveniente en verme el trasero, Denise?

Eso le hizo reír. La situación se estaba poniendo un poco tensa, y esta tontería rebajó la tensión. A veces nos llevamos bien. Fingió un gesto remilgado y coqueto, y cogió un papel para abanicarse como antiguamente, como hacen las damas en las series de época.

—Señor Homes. ¿Qué muchacha podría resistirse?

Me desabroché el cinturón, me bajé los pantalones hasta los tobillos y tiré de los calzoncillos hacia abajo mientras ella se arrodillaba detrás de mí. Supongo que eso no se ve en las series de época. Tengo algunos problemas con las pastillas y la solución es una aguja larga y afilada. Cada dos semanas, en lados alternos. Prefiero no pensarlo. Es mejor no pensarlo hasta el preciso instante en que me ponen la inyección.

—Allá vamos. Sólo un pinchazo fuerte.

Tuve que apoyar una mano en la mesa para sujetarme, tragar saliva y aguantar las ganas de vomitar.

—Ya casi está —dijo.

Me limpió la zona del pinchazo con un algodón y me puso una tiritita.

Es difícil decir nada después del pinchazo, pero esta vez tenía una pregunta.

—¿Podré seguir usando el ordenador?

Denise tiró la aguja en un cubo de plástico y cerró la tapa de un manotazo.

—Sinceramente, no lo sé, Matt. Está todo en el aire. ¡Lo último que he oído decir es que quieren alquilar la mitad del edificio a una empresa de diseño gráfico! Lo utilizas mucho, ¿verdad?

—¿Qué?

—El ordenador.

—Un poco. Sólo cuando está libre.

—No te estaba criticando. Me parece estupendo que le saques provecho. Me encantaría leer algo de lo que has escrito si me lo permites...

—¿Puedo quedarme con eso?

—¿Perdón?

Señalé el papel con el que había simulado un abanico.

—Humm. Claro que sí, si lo quieres. No es más que la hoja de instrucciones. En realidad es para los enfermeros. Puedo conseguirte una hoja de información para el paciente si lo prefieres.

—¿Paciente? Creía que éramos usuarios del servicio.

—Bueno... sí.

—¿Diseño gráfico has dicho?

Se encogió de hombros.

—Se ha propuesto. No hay nada definitivo. Como he dicho, esta semana habrá más reuniones y te pondré al corriente en cuanto sepamos algo más. Lo importante es que seguirás recibiendo apoyo, ¿de acuerdo?

Al salir desdoblé el papel y señalé los dibujos simples y claros que indicaban los pasos a seguir.

—Supongo que nosotros también necesitamos diseñadores gráficos, ¿no?

Denise puso cara de desesperación, pero lo hizo en broma. A veces nos llevamos bien.

—Es una forma de verlo —dijo—. Ahora vete a casa y descansa un poco.

ESQUIZOFRENIA, f. trastorno mental severo caracterizado por la desintegración de los procesos de pensamiento, el contacto con la realidad y la respuesta emocional. Etimología: del griego schizein («dividir») y phreen («inteligencia»).

Cuando miro la foto en la que estoy con Simon en el zoo de Bristol, con las caras pintadas de tigres, me miro pero no me reconozco.

Sé que soy yo, porque me han dicho que soy yo, pero no recuerdo que el día en que cumplí seis años fui al zoo de Bristol y me pintaron la cara como un tigre y sonreí a la cámara. No recuerdo la mejilla de mi hermano apretada contra la mía, ni las rayas naranjas y negras.

Si miro con atención, veo que tenemos los ojos del mismo color, no Simon y yo, sino yo y el chico que también soy yo, el chico al que no reconozco, con el que ya no comparto un solo pensamiento, una sola preocupación o esperanza.

Somos la misma persona: únicamente nos separa el paso del tiempo. Estamos unidos por un hilo irrompible, pero no lo reconozco.

Soy yo. Estoy en mi apartamento, sentado en la butaca con quemaduras en los brazos. Tengo un cigarrillo entre los labios y la máquina de escribir apoyada en las rodillas. Pesa mucho. Siento el peso y estoy incómodo, y enseguida cambio de postura o me llevo la máquina de escribir a la mesa y me siento en la silla. Éste soy yo, esto es lo que está ocurriendo en este momento, pero en ese rincón de mi cabeza donde se forman las imágenes estoy viendo a otro yo.

Es una tarde luminosa. Se adivina la llegada de la primavera. Me sentí más seguro al aire libre, cuando bajé del tren. En realidad no era por el ruido que hacía el bebé, pero cuando un bebé llora en un tren, los demás pasajeros intercambian miradas incómodas. Demasiada letra pequeña. Pasé la mayor parte del viaje en el espacio entre dos vagones, yendo al baño a fumar de vez en cuando.

—¿Te has perdido, chico?

Había ido siguiendo los carteles de la carretera, pero al llegar a la mini rotonda, al final del puerto deportivo, faltaba un cartel. La carretera estaba en obras: había conos de advertencia, hombres con casco y chaquetas amarillas y un martillo neumático que no dejaba pensar. No había visto a la mujer de pelo blanco que esperaba pacientemente a que el monigote se pusiera en verde para poder cruzar. Olía a jabón perfumado. Noté su olor a pesar de la peste del alquitrán.

Yo estaba mirando el mapa que me había imprimido la recepcionista del hospital, intentando descifrarlo. Me esforcé en hablar con voz tranquila y normal.

—Creo que sí. Voy a Portland. ¿Sabe por dónde se va?

La mujer llevaba un bastón de caminante, con banderines plateados de sitios como Land's End y el distrito de los lagos. Se inclinó un poco, y el bastón perdió apoyo.

—Me temo que tendrás que hablar más alto —dijo.

—No. No se preocupe. No me he perdido.

—Hace una tarde preciosa, ¿verdad? —Aún hacía fresco como para llevar un jersey, pero el cielo estaba limpio y claro como el agua. Así lo dijo ella. A lo largo del puerto había pescadores con sus cañas de pescar, inmóviles como estatuas, con recipientes de plástico sucios llenos de lombrices vivas.

—¿Has dicho Portland? —preguntó de pronto, como hace la gente cuando conoce bien un sitio.

Asentí con la cabeza.

Siempre he escrito relatos, desde que era muy pequeño. Los primeros intentos fueron horrorosos, pero a medida que iba creciendo, cuando estaba encarcelado en la mesa de la cocina, con un montón de libros y cuadernos, un procesador de textos y una madre loca, mis escritos empezaron a mejorar. Escribía historias de magia y de monstruos en tierras misteriosas donde ocurrían aventuras.

Nunca he dejado de escribir.

La mujer frunció el ceño, con aire pensativo. Hay un camino que va por la costa, de Weymouth a Portland, me explicó. Sigue las vías del tren de Rodwell. El tren ya no pasa por ahí. Quitaron las vías hace años, pero los andenes sobreviven, cubiertos de zarzas y de maleza. Me indicó el camino, señalando con el bastón. Podía cogerlo un poco después de la gasolinera de Asda.

—Es un paseo precioso —dijo—. Y Portland es una maravilla. ¿Puedo preguntarte qué te trae por aquí?

—No. Gracias por las indicaciones.

Era un paseo precioso. Me compré un sándwich de jamón y queso y un paquete de Skittles de chocolate en la gasolinera y me lo comí en Chesil Beach.

Me acordé de la caja de recuerdos de Simon, de las piedras que tintineaban en el fondo. Coleccionaba las piedras más brillantes y los trozos de cristal erosionados por el mar. Papá le decía que no valían la pena, que cuando se secaban no parecían ni la mitad de bonitos, pero Simon era incapaz de resistirse.

Busqué en los bolsillos y me lie un cigarrillo. No sé hacer aros de humo, pero sé hacer algo mucho mejor. Di una calada fuerte y aguanté la respiración todo lo que pude. Después solté el humo muy despacio, y el humo dibujó el rostro de Simon.

—Hola, Sí.

—Hola, Matthew.

Esta vez no era un tigre. Era mayor, y estaba muy bien peinado, para hacerse una foto en el colegio. Fue más o menos por aquel entonces cuando le dije que era un bebé por ir con su mantita a todas partes. Fingió que seguía enfadado conmigo.

—No me fastidies, Simon. He venido, ¿no?

—¿Eres tú, Matt? ¿Has venido a jugar conmigo?

Cogí un guijarro y lo lancé al mar. La nube de humo se dispersó.

—Sí, he venido. Vamos a jugar para siempre.

Chesil Beach traza una curva semejante a una columna vertebral desde la costa de Dorset hasta la costa oeste de Portland. Ocean Cove está en la costa este. Aún me quedaba un buen trecho para llegar, pero mi hermano me llevó.

En el escaparate de la biblioteca Tophill de Portland me llamó la atención un libro. Estaba en la sección de libros infantiles, donde hay una mesa de plástico y unas sillas en miniatura. ¿Qué puedo hacer... CUANDO ALGUIEN SE MUERE?

La bibliotecaria me dijo que estaban a punto de cerrar. Le prometí que no tardaría. Me senté en la alfombra de cohetes espaciales y leí lo

que significa la muerte. Ocurre cuando el cuerpo de una persona deja de funcionar y no tenía solución, explicaba el libro. Las personas que mueren no sienten dolor ni se enteran de nada. Supe que Wes estaba enfadado con su hermano Denny, porque lo había dejado solo, y que sus papás estaban muy tristes. Había dibujos y todo.

Las sombras se deslizaban despacio por los anaqueles. El tiempo estaba cambiando: había empezado a lloviznar, y las gotas chocaban en el escaparate. Tenía un pretexto para abusar de la hospitalidad que me ofrecieron. La bibliotecaria apareció, se llevó una mano a la boca y carraspeó cortésmente. Le pregunté a cuánto estábamos de Ocean Cove.

—A unos veinte minutos —dijo—. Puede que veinticinco. Pero es muy fácil. Todo recto por la carretera de la costa. Lástima que haya empezado a llover. ¿Quieres llevarte el libro?

—Es para niños.

—Vamos a cerrar.

BIENVENIDOS AL PARQUE DE VACACIONES

DE OCEAN COVE, decía un cartel.

No había tiendas de campaña, y las caravanas estaban vacías, aguardando en silencio la llegada de los primeros veraneantes. Tanta tranquilidad me inquietó. Sólo una caravana en todo el camping mostraba algún indicio de vida. Se veía un resplandor por detrás de las cortinas. Estaba algo apartada del camino, en la zona más alta del camping.

Mis pies me arrastraron hacia la caravana, avanzando despacio por el borde del camino, para que no me viesan.

Al acercarme oí un murmullo de voces que venían de la caravana y empecé a imaginarme algo. Era mi imaginación, pero se parecía más a un sueño, porque no podía controlarlo, ni dejar de pensar en ello: era la caravana en la que nos habíamos alojado aquel verano y las voces que oía eran las de mis padres. Seguíamos de vacaciones, como si el tiempo se hubiese parado. El resto del mundo había seguido su curso, pero el tiempo se había detenido aquí. En la luz tenue, en el murmullo de las voces, el pasado se repetía.

Simon y yo estábamos en la cama, y papá y mamá se preparaban para pasar la velada. Papá estaba leyendo en voz alta las definiciones de un crucigrama, y de pronto los dos se quedaron callados, pensando, hasta que mamá se distrajo y cambió de tema.

—Matthew ha estado muy raro hoy —dijo.

—¿Sí?

—Esta tarde. Estaba blanco como una sábana.

—Yo no me he fijado.

—No estabas aquí. Estabas volando la cometa con Simon. Intenté convencerlo para ir con vosotros, pero no quiso. No sé. Dijo que estaba jugando al escondite, pero...

Se me hizo un nudo en el pecho y me llegó hasta lo más hondo de las tripas. Es la noche en la que ocurre, es nuestra última noche. Papá dobla el periódico y deja en la mesa su vaso de vino. Mamá se inclina sobre él y lo abraza. Uno de los dos dice: «¿Crees que hemos sido demasiado duros con él?».

—¿Cuándo?

—El otro día. Fue una caída muy mala. No me extrañaría que le quedara

una buena cicatriz en la rodilla. Sólo le faltaba que encima le regañásemos.

—Es que no tuvo cuidado...

—Pero son niños. ¿No es normal que a veces se porten un poco mal? Además, los dos sabían que no podían bajar. No podemos echarle toda la culpa a Matt.

Esto no era un recuerdo y tampoco era una conversación que oyese sin querer. Eran pura y simplemente imaginaciones.

—Se siente fatal porque Simon tuviese que traerlo hasta aquí en brazos —dijo mamá—. Me lo dijo. Ya sabes cómo es, cuando se culpa de las cosas. Se mete en un círculo vicioso. Me parte el alma.

—Mañana pasaremos un buen día con ellos. Le diremos a Matt que elija lo que quiere que hagamos. Buscaré un momento para hablar con él y ver qué le preocupa.

—De verdad, Richard. Estaba blanco.

Me estaba empapando. Empezaba a oscurecer. Rodeé la caravana para acercarme a nuestra habitación.

Llamé a la ventana.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

Esta vez había dos voces, más claras.

—Estoy seguro de que he oído algo.

Las cortinas se abrieron y me largué a toda prisa. No eran mis padres quienes estaban ahí. No éramos nosotros. Pasé corriendo por delante de las duchas, de los contenedores, del grifo.

Todo me resultaba familiar.

Hundí las manos en los bolsillos y seguí andando a grandes zancadas, salí por la puerta lateral, continué un trecho por la carretera principal y llegué al sinuoso sendero del acantilado. El viento arreciaba y se había vuelto más frío. Las ramas de los árboles crujían estrepitosamente. Miré hacia arriba y estuve a punto de resbalar en un montón de hojas mojadas. Creo que eso era importante para que él siguiera cerca de mí.

A cada paso que daba lo sentía más cerca. Todo era exactamente tal como lo recordaba, hasta que doblé el recodo fatídico. Eso sí había cambiado: vi una barandilla oxidada y un cartel descolorido. Éste era su legado:

Los niños deben ir SIEMPRE acompañados de un adulto

La barandilla estaba fría. Me colé por debajo y me abrí paso entre un montón de zarzas húmedas para trepar por la empinada ladera de tierra. Avancé luego en lateral, sin levantar apenas los pies del suelo, hasta que alcancé el borde del acantilado.

El extremo de mi mundo.

Los últimos rayos de sol estarían hundiéndose en ese instante en algún punto del mar. Pero aquí no. El sol no se pone por el este. No hay atardeceres de colores espectaculares. En el este, el día simplemente se diluye en la negrura. Eso me gustó. Él ya llevaba demasiado tiempo solo. Cerré los ojos y me armé de valor para dar el paso final.

Pero en ese rincón de mi cabeza donde se forman las imágenes apareció de pronto otro yo, un niño de nueve años que abría los ojos, que se había despertado a medianoche con pensamientos, preocupaciones y esperanzas que ya no eran míos.

Quizá el niño que era yo a los nueve años se acordase del niño de seis, quizá aún recordara el olor de la pintura de tigre y el rostro sonriente de la abuela Noo medio escondido detrás de la cámara.

No me he escindido. No soy una persona distinta. Soy yo, el mismo de siempre, el único de quien no puedo escapar. Estoy sentado en el cuarto de estar de mi apartamento, tirando del hilo del tiempo hasta trasladarme al borde del acantilado y tirando del hilo del tiempo hasta despertarme en nuestra caravana, pensando en círculos, en la niña y en su muñeca de trapo, en cómo me había gritado y me había dicho que lo había estropeado todo, a pesar de que yo sólo quería ayudar.

—Despierta, Simon. Despierta. —Susurré para no despertar a mis padres, porque las paredes eran muy finas—. Despierta.

Me estiré por encima del mínimo hueco que separaba nuestras camas y le pinché con los dedos en la tripa blanda y regordeta. Parpadeó dos veces antes de abrir los ojos.

—¿Qué pasa, Matt? ¿Es de día?

—No.

—¿Por qué estás despierto?

—No puedo dormir. ¿Quieres ver una cosa?

—¿Qué?

—¿Quieres ver un muerto?

—¿Qué? ¡Sí!

—Lo digo en serio.

Se desplazó hasta el borde de su cama y acercó su cabeza a la mía.

—No, no lo dices en serio.

—Te prometo que sí.

Entonces soltó una carcajada y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—Calla, Si. Los vas a despertar. ¿Por qué haces tanto ruido siempre?

—Perdón. No quería...

—Baja la voz. Vístete.

Mamá o papá tosieron en sueños, y nos quedamos petrificados. Simon se puso a hacer teatro, se puso rígido, empezó a mover los ojos de lado a lado y sonrió de oreja a oreja.

—Deja de hacer el tonto. Toma, ponte esto.

Le lancé un montón de ropa y el chubasquero con botones de trenca.

—No está lloviendo, Matt.

—No, pero puede llover. Y hace frío. ¿Dónde está la linterna?

—La tienes en tu mochila.

—Ah, sí. Chsss.

Nos vestimos y se puso el chubasquero, pero no acertaba a abrocharse los botones. Siempre tenía problemas con esos botones cuando estaba nervioso o emocionado. No le gustaba que le ayudasen, así que me quedé mirándolo, encendiendo y apagando la linterna mientras intentaba meter los botones por la presilla que no era y volvía a empezar.

—No puedo abrocharme los botones, Matt.

—¿Quieres que te ayude?

–No. Puedo yo solo. ¿De verdad vamos a ver un muerto?

–Sí. Mételo por ahí.

–Puedo yo solo.

–Chsss. Vale. Sólo quería...

–¡Ya está! –Me miró con su enorme sonrisa de bobo.

–Venga. Vamos.

Veo mi mano en la manivela de la puerta de la caravana, pero no la reconozco. No veo el hilo del tiempo que transformó esas manos de niño en estas otras, manchadas de nicotina, manchadas de tinta, con las uñas mordidas de pura frustración y los dedos como muñones.

Abrí la puerta y salí a la última media hora de vida de mi hermano. Me siguió, jadeando de emoción.

–¿Adónde vamos? ¿Dónde está?

–No está lejos.

–Llueve un poco.

–Pues ponte la capucha.

No necesitamos la linterna hasta que dejamos atrás las caravanas y nos adentramos por el camino estrecho que llevaba hasta el punto donde, cuando te la ligabas, tenías que cerrar los ojos y contar hasta cien.

Empezó a llover con más fuerza. Simon se rezagaba y volvía la cabeza por encima del hombro.

–Deberíamos volver, Matt. Estoy cansado. No podemos salir de noche. No hay nadie despierto. Quiero volver.

–No seas cobardica. Ya casi hemos llegado. Toma. Coge esto.

Le pasé la linterna y rodeamos la tienda del camping para llegar a la zona que estaba cerca de los contenedores, donde la hierba estaba más alta. La oscuridad era más intensa allí.

Quizá tuviera miedo.

Es probable que estuviera asustado, porque de noche todo da más miedo, pero más que asustado estaba enfadado. Estaba enfadado porque siempre tenía que responsabilizarme de todo, porque Simon acaparaba toda la atención y porque me habían gritado cuando me caí y me hice una brecha en la rodilla, y porque esa niña, con su estúpida muñeca, también se había creído con derecho a gritarme.

Estaba enfadado con Simon, porque no era capaz de sujetar la linterna sin moverla a todos lados, por cómo andaba, desplazando todo el peso del cuerpo cada vez que plantaba un pie y porque no paraba de gimotear para que volviéramos y de decir que no quería ver un muerto. Hundí las manos en la tierra húmeda, debajo de la cruz, hasta que noté algo blando en las yemas de los dedos.

–Esto no me gusta, Matthew. Me estoy mojando. No es verdad que ahí haya un muerto. Yo me voy. Me voy ahora mismo.

–¡Espera! Sujeta bien la linterna. No la muevas. Apunta aquí.

Saqué un puñado de barro, y otro, con Simon a mi lado y la lluvia goteando desde sus mejillas. Me pidió que parase, dijo que tenía miedo. No le hice caso. Levanté la muñeca por el aire, sucia, empapada, con los brazos caídos. Me eché a reír, me reía de Simon por ser tan patético.

–Es una muñeca, Simon. ¡No es más que una estúpida muñeca! ¡Mira! ¡Mira! Quiere jugar contigo.

Simon empezó a retroceder, abrazándose como hacía cuando le entraba

el pánico, cuando nada servía para tranquilizarlo. Me rogaba: ¡Para! ¡Para! ¡Para! Sostenía la linterna con las manos temblorosas, apuntando a la muñeca. Los ojos de la muñeca, un par de botones, brillaban en la oscuridad.

–Quiere jugar contigo, Simon. Quiere que la persigas.

Intentó correr de esa manera tan absurda, con el cuerpo muy inclinado y las piernas muy abiertas, y pasó torpemente por el hueco que había entre la tienda y los contenedores.

–Quiere jugar.

Me escondí detrás del grifo para esperarlo en el camino que llevaba hasta las caravanas y salí de un salto al verlo llegar. Se quedó helado y soltó la linterna, que se estrelló contra el suelo. La recogí, sin dejar de reírme, y le apunté con la luz a la cara.

Ya no tenía gracia. Había dejado de tener gracia. Simon estaba llorando a lágrima viva, le colgaban los mocos de la nariz hasta los labios. Su cara ya no se parecía a la luna. Estaba aterrizado.

A lo lejos se oían romper las olas contra los acantilados, y en alguna parte, la niña, la niña que me había gritado y me había dicho que ya no era bienvenido, gimoteaba en sueños.

–Simon. Te estaba tomando el pelo. Era una broma.

–¡NO, NO! –Me dio un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas.

Siempre he sido un pelele. Me doblé por la mitad y se me cortó la respiración.

–Era...

No podía respirar.

Simon siguió adelante, se alejó de las caravanas y de mí.

–Simon, espera. Por favor.

Pero iba muy deprisa, salió por la puerta lateral y siguió por la carretera y por el sendero del acantilado, en la oscuridad.

–Simon, espera.

No podía alcanzarlo.

No pude.

Simon Anthony Homes tuvo un final inesperado y cruel.

Despreciado.

Así es como lo veo ahora. El universo entero le dio la espalda y se alejó de él, incapaz de protegerlo.

No cayó desde muy alto, ni el golpe fue especialmente severo. No fue más fuerte que el que yo me había dado unos días antes. Y ocurrió exactamente en el mismo punto del sendero, en el mismo recodo donde las raíces al aire se enredaban en los tobillos desprevenidos. Me caí, me di un golpe y Simon me llevó en brazos. Me llevó un buen rato hasta ponerme a salvo, sin ayuda de nadie, porque me quería.

La diferencia –una diferencia– fue que Simon volvió la cabeza justo un momento antes de caer. Me miró por encima del hombro. Fue un instante brevísimo.

–Háblame.

Sucedió tan deprisa que nunca consigo ralentizarlo.

No sé por qué lo espero, pero en cierto modo lo espero. Soy egoísta y tengo la sensación de que me han engañado, porque la gente, cuando describe una tragedia, suele decir que todo ocurrió como a cámara lenta.

No fue así.

—Por favor, di algo.

Simon me miró por encima del hombro, y quise convencerme de que estaba sonriendo. De que era él quien ahora me estaba gastando una broma. De que no estaba asustado. Todo era un juego, y estaba contento porque por una vez había conseguido tomarme el pelo. A veces también me digo que su mirada era de perdón. En el último momento supo que yo lo quería, que no tenía intención de hacerle daño.

Pero todo sucedió muy deprisa. Mi mundo no se movía a cámara lenta. A veces me pregunto si el suyo sí, y en ese caso, cuál fue la última imagen que le ofrecí. ¿Fui capaz de ofrecerle consuelo o sólo traición?

Lo malo fue el modo en que cayó, con el cuello vuelto hacia atrás. Fue por culpa de su debilidad muscular, uno de los síntomas de su trastorno. Había una probabilidad entre un millón, una estadística insignificante. Fue la coincidencia exacta de ese movimiento corporal, la velocidad, la trayectoria, la tierra mojada y resbaladiza y la presencia de una terca raíz al aire.

Y fue culpa mía.

La ola que pudiera estar formándose en el mar unos segundos antes de que Simon cayera tardaría apenas unos segundos en romper. Este universo cruel y despectivo siguió funcionando como si nada importante hubiese pasado.

—Por favor, háblame.

Intento levantarlo, llevarlo, pero la tierra está mojada. Tengo barro en la boca, en los ojos, y sigue lloviendo. Lo levanto y me caigo, lo levanto y me caigo. Está callado. Le suplico que me diga algo. Por favor, di algo. Vuelvo a caer y me estampo contra una roca, con mi hermano en brazos, su cara pegada a la mía, tan cerca que noto cómo se está enfriando. Por favor. Por favor. Háblame.

—No puedo llevarte en brazos. Perdóname.

La muñeca de trapo está a nuestro lado, tirada en el barro. Parece que tiene frío sin su abrigo. Con cuidado, con mucho cuidado, incorporo la cabeza de Simon y le pongo la muñeca debajo. Quiero que esté cómodo.

Soy yo. Estoy en mi apartamento, sentado en la butaca con quemaduras en los brazos. Se está haciendo tarde. Llevo mucho rato tecleando y estoy cansado. Me he apagado un cigarrillo en el antebrazo y ahora también yo tengo una quemadura. Tenía la esperanza de que el dolor me retuviese aquí, pero no soy capaz de sostener el hilo.

El tiempo se deshace entre mis dedos.

En ese rincón de mi cabeza donde se forman las imágenes, estoy viendo a otro yo. Me he escapado de un psiquiátrico y estoy en el borde de un acantilado, en el extremo más oriental de mi mundo. Es de noche, pero brilla la luna. Luna llena. Es Simon, que me mira. Oigo su voz en el viento. Tiene frío y no es capaz de abrocharse los botones. Arrastro los pies hasta que las puntas sobresalen en el borde del acantilado.

—¿Me estás oyendo?

Me imagino cómo será morir, estar muerto. ¿Qué le pasará a mi cuerpo, cómo se enterará mi familia? ¿Quién se lo dirá a la abuela Noo? ¿Quién se lo dirá a Jacob? Me siento culpable por pensar en eso. Necesito valor para dar el paso final.

–Apártate de ahí.

Hay alguien detrás de mí. Oigo pasos.

–¿Me estás oyendo? Es peligroso. Te puedes caer.

Pero en el rincón de mi cabeza donde se forman las imágenes estoy viendo a otro yo: un niño de nueve años a los pies de la cama de sus padres, chorreando agua y barro y formando un charco en el suelo de linóleo. Está mirando a sus padres, cómo duermen abrazados, su madre con la cara encajada en la axila de su padre, la boca abierta y el vello de la axila rozándole la frente, las sábanas subidas a los pies, sin cubrirle los tobillos.

Este niño sabe que tiene que despertarlos. Si escucha con atención, oirá que le estoy gritando: despiértalos. Díselo. Ha ocurrido un accidente. Simon se ha caído. Ha ocurrido una desgracia.

Despiértalos.

El niño apoya la espalda en la pared y se desliza hasta el suelo en silencio, se abraza el pecho con las rodillas y no oye nada más que las últimas gotas de lluvia en la ventana y algún que otro murmullo de sus padres dormidos y abrazados.

–Matthew, cariño. ¿Qué ha pasado? –Mamá se arrodilló a mi lado y me zarandeó para despertarme. El sol de la mañana inundaba la caravana. Noté la respiración caliente de mi madre en mi mejilla y un leve olor a decrepitud.

En cuestión de minutos papá ya había salido y estaba llamando a mi hermano. Diciéndole que se dejase de tonterías. Los aullidos de las sirenas a lo lejos ponían la melodía al terror que notaba en la voz de mi madre.

–No me mires así. Háblame. ¿Qué has hecho? ¿Dónde está Simon?

Tenía el cuello entumecido y agarrotado de dormir en el suelo, y la ropa mojada. Empecé a tiritar y no podía dejar de castañetear los dientes.

–Tengo mucho frío, mami.

–Olvídate del frío. ¿Dónde está Simon?

No fui con ellos al hospital. Me quedé con los Onslow, un matrimonio jubilado que eran nuestros vecinos en el camping.

–Tenemos Serpientes y Escaleras –dijo la señora Onslow, dejando en la alfombra una bandeja con galletas y un refresco. No respondí. Volvió a la cocina para ocuparse de los platos. Supongo que no sabía qué hacer.

Llamaron a la puerta, y el señor Onslow dobló el periódico. Le oí susurrar con papá, pero no entendí lo que decían.

Papá entró poco después. Se sentó en la alfombra con las piernas cruzadas, como estaba yo, y me pareció muy raro, porque nunca lo había visto sentarse así y no entendía por qué elegía precisamente ese momento. Estaba pálido y parecía cansado.

–Bueno, mon ami. ¿Cómo estás? –preguntó, alborotándome el pelo.

Me encogí de hombros.

–Ha venido la policía –se le quebró la voz y tuvo que hacer una pausa para sobreponerse–. No tardarán mucho. Tienes que contarles lo que nos has contado.

Clavé la vista en el suelo.

–Creía que os había despertado, papá.

Mamá me abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de romperme las costillas. Necesitaba asegurarse de que estaba allí, de que era real. Sabía que los dos policías estaban esperando, incómodos, tomando una taza de té, así que en cuanto dejó de estrujarme me aparté de ella.

Los policías se presentaron.

Uno era más o menos de la edad de papá, llevaba gafas y tenía un bigote muy frondoso, entre castaño y pelirrojo. El otro era más joven, con el pelo negro, lacio y peinado hacia atrás, un poco levantado en el centro. Los dos iban de uniforme y habían dejado las gorras encima de la mesa.

—Lo primero que queremos decirte es que no has hecho nada malo —dijo el del bigote—. Nadie te está acusando de nada. Nadie está diciendo que hayas hecho algo malo.

Mamá me apretó la mano.

—Tenemos que tomarte declaración. Eso significa que voy a hacerte unas preguntas y vamos a escribir lo que nos digas. Pero si quieres parar en algún momento, no tienes más que decirlo. ¿Qué tienes que hacer si quieres parar?

—Decirlo.

—Eso es. Muy bien. Vamos a empezar. Te voy a contar un cuento. ¿Te gustan los cuentos?

—A veces.

—A veces. Bueno, a mí no se me da bien contar cuentos, pero éste no es muy largo. Había una vez un niño que tenía tu edad, puede que un poco más, y un día quiso fumar. Así que le cogió a su padre un cigarrillo y se lo fumó en su habitación. Entonces oyó que su madre subía las escaleras y lo apagó a todo correr. La madre entró en la habitación y le preguntó si estaba fumando. Y el niño dijo que no. Pues ése era el cuento. Ya te dije que no se me da bien contar cuentos. Pero, dime una cosa, ¿el niño mintió o dijo la verdad?

—Mintió.

—Mintió. Eso es. Pero ya te he dicho que tú no has hecho nada malo, por eso tienes que decirme la verdad, ¿de acuerdo?

Sentí un vacío enorme en el pecho y pensé que iba a devorarme por completo.

—Pero si no te acuerdas de algo, o si no lo sabes, entonces tienes que decirlo. ¿De qué color es la puerta de mi casa?

—No lo sé.

—Eso es. No lo sabes. No la has visto y por eso no lo sabes. ¿Es amarilla?

—No lo sé.

—Muy bien. Ahora, recuérdame qué tienes que hacer si quieres que paremos.

—Decirlo.

—Exacto.

Tomó aire entre dientes y le hizo una señal al del pelo negro, que mordió la capucha del bolígrafo.

—Yo ya he hablado mucho, ¿verdad? Ahora te toca a ti. Quiero que me cuentes qué pasó anoche.

Yo esperaba que me esposaran y me llevaran a la cárcel inmediatamente, pero no fue así. Cuando se marcharon, esperaba que mis

padres me gritaran, pero tampoco fue así.

Lo esperaba porque era demasiado idiota para comprender que hay cosas demasiado grandes. En esos casos, cualquier castigo es un insulto al delito.

Esta voz –la de él– ¿la oyes en tu cabeza o parece venir de fuera? ¿Y qué te dice exactamente? ¿Te dice que hagas cosas o sólo hace comentarios sobre lo que ya has hecho? ¿Y has hecho alguna de las cosas que te dice? ¿Cuáles? Dijiste que tu madre toma pastillas, ¿para qué son? ¿Hay alguien más en tu familia que esté LOCO DE ATAR? ¿Consumes drogas ilegales? ¿Cuánto alcohol bebes, a la semana, a diario? ¿Y cómo te sientes en este momento en una escala del 1 al 10? ¿Y en una escala del 1 al 7.400.000.000.000.000.000.000.000.000? ¿Y qué tal duermes últimamente? ¿Y cómo andas de apetito? ¿Y qué pasó exactamente esa noche en el acantilado? Con tus propias palabras. ¿Lo recuerdas, puedes recordarlo? ¿Quieres hacer alguna pregunta?

No.

Has dicho que tu hermano estaba en la luna, que oías su voz en el viento.

Sí.

¿Qué decía?

No me acuerdo.

¿Te decía que saltaras? ¿Te decía que te quitaras la vida?

No es así, no diga eso. Quería que jugase con él. Se siente solo, nada más.

No queremos molestarte, pero es importante que hablemos de esto.

¿Por qué?

Necesitamos saber que estás a salvo. Dices que él quería que jugases con él. ¿Cómo juegas con una persona que está muerta, Matt?

Que te den.

En alguna parte, entre todos los papeles que tengo que rellenar, está mi Evaluación de Riesgos. Un papel amarillo chillón que advierte de lo frágil, vulnerable y peligroso que soy.

Nombre: Matthew Homes

Fecha de nacimiento: 12.05.1990

Diagnóstico: La Serpiente Resbaladiza

Medicación actual: Las obras

Riesgo para sí mismo/los demás (ofrezca, por favor, ejemplos vagos y embellecidos presentados como hechos objetivos): Matthew vive solo y cuenta con una red de apoyo limitada y pocos amigos. Padece alucinaciones que le obligan a hacer cosas y que atribuye a un hermano muerto. Pirado, ¿eh? El problema es que se sabe que interpreta estas alucinaciones como una invitación a quitarse la vida.

Actualmente está siendo tratado por los Servicios Sociales de Salud Mental de Brunel, y esporádicamente acude a terapia de grupo en el Centro de Día de Hope Road (el resto del tiempo lo pasa solo en casa, escribiendo sin parar en una máquina de escribir que le regaló su abuela, que bien pensado ya es un síntoma de estar mal de la cabeza).

El 2 de abril de 2008, cuando llevaba unas semanas ingresado en un

psiquiátrico para Locos Pirados de Atar, Matthew se ausentó sin permiso para regresar al lugar donde había muerto su hermano, con la intención de cometer su última chaladura.

Una transeúnte anónima desbarató sus planes. Matthew no representa en este momento un riesgo significativo para los demás. Dicho esto, cuando la citada transeúnte se puso en contacto posteriormente con el hospital, preocupada al parecer por el bienestar de Matthew y con el propósito de asegurarse de que había regresado sano y salvo, el personal del hospital logró presionarla hasta que dijo que había pasado mucho miedo y en verdad había temido por su vida.

Así que, ya lo sabes. Toda precaución es poca.

Que os den
a todos.

Alguien me estaba tocando el brazo.

Me volví rápidamente y casi pierdo el equilibrio. Me sujetó con más fuerza.

—¡Joder! —dijo—. Creí... creí que ibas a caerte. ¿Estás bien?

Era pelirroja. Unos mechones de pelo escapaban por debajo de la capucha del chubasquero y le cubrían la cara. A la luz de la luna sólo acerté a distinguir las pecas. Y apretada contra su pecho, como si de ello dependieran los latidos de su corazón, llevaba la mantita de Simon.

Eso tenía sentido. Tenía el sentido perfecto de un sueño antes de despertar. En este sueño era Bianca, la protagonista de EastEnders, y me había traído la mantita de Simon para que yo lo arropase con ella. Estiré una mano para cogerla, pero ella se alejó de mí, sin dejar de mirarme, al tiempo que lanzaba un brazo hacia atrás buscando la seguridad de la barandilla.

—Es mía —dijo.

—Pero...

Algo había cambiado. Se llevó la mantita amarilla a la barbilla, y entonces vi una hebilla de plástico negra. Vi una manga, un cuello. No era la mantita de Simon. No era Bianca.

—Eres... Eres tú —dije—. Sé que eres tú.

Se me olvida que a veces puedo dar mucho miedo a los demás. La chica miró mi cazadora de camuflaje y mis botas grandes y negras.

—No te conozco —dijo, con una voz muy débil—. Sólo quería comprobar que estabas bien. Nada más. Ya me voy.

—La has conservado. La has conservado todos estos años.

Simon estaba en el movimiento de su pelo. Estaba en la tela amarilla que ondeaba al viento.

—Ya me voy —repitió.

—No recuerdo tu nombre —dijo.

—Porque no me conoces.

Dio media vuelta para marcharse, pero no podía permitírselo. Tenía que asegurarme de que era real.

—¡Suéltame!

La tela cayó al suelo, y una ráfaga de viento se la llevó al instante. Simon podía ser muy escurridizo. Salí tras él y lo pisé justo a tiempo.

–Ya lo tengo –sonreí.

Pensé que ella se alegraría, pero parecía aterrorizada. Aterrorizada de verdad.

–Por favor, ¿por qué haces eso? No te conozco. Sólo quería ayudarte...

La estaba sujetando, ése era el problema. La había agarrado de la muñeca.

–No. No lo entiendes. No voy a hacerte daño. Nunca quise hacerte daño.

Dio un tirón y, al soltarle yo la muñeca, se cayó al suelo. Y en ese momento volví a verla como una niña, como una niña que cuidaba de una tumba diminuta. Yo sólo quería ayudarla, hacer algo, pero no sabía cómo. No sabía qué hacer y me incliné torpemente sobre ella. Quería consolarla, pero no hice nada más que empeorarlo todo. No sabía qué decir.

Le pregunté cómo se llamaba.

–Annabelle.

Me miró, se secó la mejilla con el puño del chubasquero y se le cayó la capucha.

–Annabelle –repetí–. Te llamas Annabelle.

Le brillaba la cara a la luz de la luna. Le veía las pecas, cientos de pecas desperdigadas.

–No te acuerdas de mí –dije. Tenía la respiración tan agitada que casi no me salían las palabras–. Fue hace mucho tiempo. Te vi, te vi enterrando a tu muñeca. Vi el entierro. Y después.

Y después.

Y después.

El grito llegó de la nada.

Eso me pareció.

Aunque es sólo una manera de decir que fue repentino. Que me pilló por sorpresa. En realidad no venía de la nada. Nada viene de la nada. Llevaba años dentro de mí. Nunca lo había dejado salir. La verdad es que no sabía cómo. Esas cosas nadie te las enseña. Recuerdo el viaje en coche, cuando volvimos a casa desde Ocean Cove, hace media vida. Mamá y papá lloraban al compás de la radio, pero yo no lloraba. No podía. Y ahora que lo pienso, nunca lloré.

No hubo llanto tampoco cuando terminé el Mario 64 en modo para un solo jugador, con otro mando enrollado y muerto a mi lado, en el espacio vacío.

Y no hubo llanto esa vez en el supermercado, con mamá, esa vez que me he permitido olvidar. Me estiré para coger la caja de tarta de fresa del estante, porque a Simon le gustaba la tarta de fresa, pero a nadie más le gustaba la tarta de fresa, y, al darme cuenta, tuve que volver a dejarla en el estante. Tuve que observarme mientras dejaba la puta tarta de fresa en el estante con la esperanza de que mamá no me viera, porque si me veía volvería a llevarme al médico y pasaríamos más horas en silencio, en la mesa de la cocina. No hubo llanto entonces.

Hubo más momentos que permití olvidar: despertarme todas las mañanas y creer por un instante que todo era normal, que no pasaba nada, antes

de que una patada en las tripas me recordase que todo había cambiado.

Y las conversaciones de los adultos, que se quedaban callados cuando yo entraba en la habitación. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo pensaba, todo el mundo intentaba desesperadamente no pensar que, si no hubiese sido por mi culpa, si no hubiese hecho lo que hice, él aún estaría vivo.

Allí estaban todos y cada uno de los momentos desde el día en que cerré los ojos para contar hasta cien hasta que los abrí para hacer trampas.

Aquello no venía de la nada, pero aún así me pilló por sorpresa. Las lágrimas caían muy deprisa, sin darme tiempo a secarlas.

—Lo siento muchísimo, Simon. Lo siento muchísimo. Perdóname. Por favor, ¿puedes perdonarme?

Annabelle podría haberme dejado allí. Sería comprensible y no la habría culpado. Le había dado un susto de muerte y por fin tenía la oportunidad de escapar. Escapar de este loco. Pero no se fue.

—Chsss. Chsss. No pasa nada.

Me cogió suavemente de la mano y la oí susurrar mientras lloraba.

—No pasa nada.

—Perdóname.

Chsss, chsss
No pasa nada.

este adiós, el adiós

El doctor Clement se puso en pie para saludarme, pero me estrechó la mano agarrándome de los dedos, de manera que me fue imposible estrechar la suya como es debido.

—Me alegro de verte, Matt. Richard. Susan. Siéntense, por favor.

—¿A alguien le apetece una taza de té? —ofreció Claire-o-puede-que-Anna.

—No, estamos bien —dijo mamá, con esa voz cohibida con la que da a entender a todo el mundo que no está bien, ni mucho menos. Estas reuniones le angustiaban a ella más que a mí.

Había llegado al hospital una hora antes, aferrada a una bolsa en la que me traía unos pantalones negros, una camisa blanca recién planchada y mis antiguos zapatos del instituto, limpios y relucientes. Me preparó un baño de espuma en el cuarto de baño de los pacientes. Me lavé los dientes y me afeité por primera vez en casi un mes. Papá vino del trabajo minutos antes de la hora prevista para la reunión. Nos dimos la mano a nuestra manera especial. Me dijo que estaba muy elegante.

—Muy bien —dijo el doctor Clement—. Vamos con las presentaciones.

Hubo muchas. Recorrimos la sala mientras cada persona decía su nombre y su profesión.

Yo me olvidé de todos al instante.

Cuando el estudiante de enfermería vino a buscarme, me explicó que había mucha gente, y que también habían invitado al equipo municipal. Dijo que eso era una buena señal. Los habían invitado para agilizar los trámites de mi salida del hospital con su colaboración. Se ofreció a esperarme fuera, si yo lo prefería, pero dijo que le vendría bien para su formación participar. Le contesté que su formación era muy importante para mí. Se me olvidó poner tono sarcástico. Me dio las gracias y dijo que no me preocupase de que hubiera tanta gente, porque el importante era yo. Cuando me tocó presentarme, dije: «Matthew Homes, humm, paciente».

El doctor Clement me observó un instante, mirando por encima de la montura de las gafas, y acto seguido soltó una carcajada.

—Bueno. Bien, el objetivo de esta reunión es ponernos al día y ver cómo le van las cosas a Matthew, para tomar entre todos las decisiones sobre los pasos que debemos dar a partir de ahora. ¿Cómo te encuentras, Matt?

El problema fue que, como yo era la persona importante, todo el mundo me estaba mirando. Es difícil pensar con claridad cuando tantas caras te observan: las ideas se atascan.

—Yo sí tomaría una taza de té, si puede ser. Tengo la boca un poco seca.

Hice ademán de levantarme, pero el doctor Clement me indicó con un gesto que no me moviera y dijo que ya lo preparaba él, pero miró al estudiante de enfermería,

invitándolo a que él se ofreciera. Se ofreció y el doctor Clement le dio las gracias.

—Gracias, Tim, ¿no te importa?

—No, no. Está bien. ¿Cómo lo tomas, Matt?

—Con tres azucarillos, por favor.

Mamá me lanzó una mirada de reproche.

—O dos —rectifiqué—. Da igual. Puedo ir yo si...

—No hay problema —dijo, saliendo de la habitación.

Un ventilador eléctrico que había en un rincón levantaba las páginas de mis notas médicas. Papá se removió en el asiento, alguien contuvo un bostezo, una mujer que estaba junto a la ventana apagó su teléfono móvil y lo dejó caer en un bolso de flores.

En una mesa, en el centro de la sala, había una caja de pañuelos de papel, un montón de folletos sobre distintos tipos de enfermedad mental y una planta en una maceta, con pinta de estar enferma. Es probable que dedicara demasiado tiempo a fijarme en estas cosas, demasiado tiempo a pensar en ellas.

—Sigamos —dijo el doctor Clement, con un deje de irritación—. Con tus propias palabras.

—No esperamos a...

Se inclinó en la silla, apoyándose sólo en las patas traseras, y puso los pies en el borde de la mesa. No llevaba zapatos de cordones para estar más presentable.

—No hace falta. Seguro que a Tim no le importa. Iremos empezando. ¿Cómo te sientes?

Cuando volví de Ocean Cove, me ingresaron en la Unidad de Vigilancia Intensiva. Era por mi bien, según dijeron. Allí estaría más tranquilo. En la Unidad de Vigilancia Intensiva todas las puertas están cerradas, la sala de los enfermeros es una fortaleza de cristales blindados y comemos con cubiertos de plástico. Me aumentaron la medicación, me vigilaban mientras me tomaba las pastillas y me preguntaban por mi estado de ánimo, mi sueño, mi tiempo o mi clima, hasta que se aseguraban de que me las había tragado. Fue más o menos entonces cuando alguien habló por primera vez de que había también un fármaco inyectable. Quizá intentaban prepararme, pero a mí me sonó como una amenaza.

Pasaba en la cama la mayor parte del tiempo, o fumando en el patio de hormigón, siempre acompañado de un enfermero. Tenía mucho tiempo para pensar y, cuando no pensaba en Simon, que era en quien más pensaba, pensaba en Annabelle.

—¿Una taza de té a la orilla del mar?

—¿Qué?

—Iba a tomar una. Te invito a acompañarme. Puedo fiarme de ti, ¿verdad?

La lluvia, más que caer, bailaba alrededor como un aspersor fino, brillante y plateada a la luz de la luna. No sé cuánto tiempo había estado llorando, pero ya había parado. Me sentía vacío. Y sentía también una extraña calma. Annabelle seguía a mi

lado y me observaba con mucha atención.

Sacó de un bolsillo un termo metálico con una abolladura cerca de la base. Forcejeó unos momentos para abrir el tapón y el termo lanzó un gemido al liberarse el vapor en el aire frío de la noche. Fue muy raro. Mejor dicho, no fue lo suficientemente raro. Yo soy de los que encuentran significados ocultos en las cosas, siempre leo entre líneas. Es probable que a estas alturas ya te hayas dado cuenta. No lo hago adrede, pero no puedo evitarlo. Veo símbolos. Veo rastros de realidad. Verdades escondidas. Pero no hay nada que leer en un termo. Ni siquiera en un termo un poco abollado, con un tapón que se resiste antes de abrirse. No hay nada, absolutamente nada, más corriente.

Esto estaba pasando de verdad.

—O podemos volver al camping si lo prefieres. ¿Quieres tomar una sopa caliente? ¿Ponerte ropa seca? Yo estoy calada.

—Humm...

—Claro que entonces tendrías que conocer a mi padre. Y querrá saber qué hacías entre las caravanas. No te echará la bronca, pero seguro que te pregunta. Estrictamente hablando, has entrado sin permiso.

—Lo siento, quería... creía...

Casi me sonrió.

—A mí no tienes que darme explicaciones. Sólo te estaba ofreciendo alternativas. Porque no puedo dejarte aquí, de ninguna manera. Tal como estás. No puedo dejar que...

Guardó silencio.

Pero yo sé lo que iba a decir. Movié la cabeza, con la capucha del chubasquero puesta.

—Perdona. Eso no ha sonado bien. Quería decir que... me quedaría preocupada.

El doctor Clement apoyó las patas delanteras de la silla en el suelo con un golpe definitivo.

Era consciente de que no me quitaba la vista de encima, de que analizaba los más mínimos movimientos de mi expresión. ¿Cómo me sentía?

Tal vez podía haberle contado cómo me sentí al cumplir dieciocho años encerrado en un psiquiátrico. Ese día estaba en la cocina de los pacientes, esperando a que pitase el hervidor, tratando de oír a Simon en el borboteo del agua, cuando mis padres aparecieron en la puerta. Mamá llevaba un paquete envuelto con un papel dorado y plateado, al que iba atado un globo de helio también plateado.

Yo ni siquiera sabía qué día era.

—Gracias, mamá. Gracias, papá.

Fuimos a mi habitación para desenvolverlo y el globo subió flotando hasta el techo, rebotó y se quedó pegado en una esquina.

—Si no te gusta...

—Sí me gusta.

—En realidad hemos pedido consejo a Jacob —dijo papá—. Nos encontramos con él el otro día, ¿te lo ha contado?

—No lo veo nunca.

—Dijo que pensaba venir...

—¡He dicho que no lo veo nunca!

No quería levantar la voz. Ellos no tenían la culpa.

—Perdón. Lo siento. No quería gritar.

Papá dobló el papel del envoltorio con mucho cuidado y buscó con la mirada una papelera antes de dejarlo encima de la cama y ponerse a mirar por la ventana. Mamá estaba sentada a mi lado. Me recogió el pelo por detrás de la oreja, como hacía cuando era pequeño.

—Creo que le resulta difícil —dijo al cabo de un rato—. A Jacob le resulta difícil. Y a nosotros también nos resulta difícil. Es difícil para la gente que te quiere.

Miré el globo de helio abrazado al techo.

—A mí también me resulta difícil.

—Ya lo sé, cariño. Ya lo sé.

Papá dio una palmada enérgica, de repente, como hace siempre cuando quiere ser decisivo. Cuando quiere salvarnos de nosotros mismos.

—¿Jugamos? —preguntó.

Aparté mi tristeza. No quería disgustarme cuando ellos se estaban esforzando tanto para que yo pasara un buen día.

—Es un regalo genial. Gracias.

Lo decía de verdad. Poco antes yo no quería nada más que una PlayStation 3 y un par de juegos decentes, pero ahora ni siquiera me acuerdo de cuáles eran los juegos. Lo que sí recuerdo es que mis padres eran unos inútiles, en todos los juegos, pero era divertido ver cómo intentaban jugar. Bajamos al salón donde estaba la tele para enchufar la máquina y jugamos por turnos, sentados en el sofá hundido, o de rodillas en la alfombra. No estábamos solos. Thomas y otros pacientes se sumaron al juego. Creo que estaba Euan. Y puede que Alex. ¿Era Alex? Da igual, porque siempre les cambio los nombres de todos modos. En esta historia nadie aparece con su verdadero nombre. Yo no le haría eso a nadie. Incluso Claire-o-puede-que-Anna se llama en realidad de otra manera que no recuerdo. No te habrás creído que yo me llamo Matthew Homes, ¿verdad? ¿No te habrás creído que le contaría mi vida entera a un desconocido?

¡Venga ya!

Fue divertido, porque cada vez que le tocaba jugar a ese al que aquí llamo Euan, era incapaz de estarse quieto. Se movía por todas partes y casi no miraba la pantalla.

Y hacía un montón de ruidos con la boca.

—¡Ahora verás! ¡Ahora verás!

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¡Ahora verás!

Me acordé de cuando era pequeño, de una vez que estaba malo, malo de verdad, y mamá me ayudó a hacer una cabaña en el cuarto de estar y jugamos al Donkey Kong con mi Game Boy Color.

—¿Te acuerdas, mamá?

Me miró con cara de no entender. Bueno, no de no entender, pero sí con la mirada perdida, como si me atravesara y pusiera la vista en un lugar muy lejano. También su voz sonó lejana.

—Creo que no lo recuerdo.

No se acuerda de muchas cosas de esa época. No sabe cómo era, cómo me trataba. No sabe que el sufrimiento le salía por los poros y llenaba toda la casa, que la dominaba por completo.

—Estabas loca de atar ya entonces —dije.

—¡Ahora verás! ¡Tooma!

—¿Qué has dicho, cariño?

Aunque tal vez soy yo el que lo confunde todo. Y por otro lado, ¿qué más da? Ella lo hacía lo mejor que podía. Supongo que eso de echar la culpa a los padres de lo confundido que está uno tiene una fecha de caducidad.

Supongo que eso es lo que significa cumplir dieciocho años.

Llega la hora de hacerse responsable.

—¿Qué has dicho, cariño? —repitió.

—Nada. No tiene importancia.

Me incliné y apoyé la cabeza en su hombro. Oía su respiración. Cuando me tocó el turno, se lo cedí a Thomas. Me acurruqué en el codo de mamá y puse un cojín en su regazo. Me quedé dormido así. Mamá es muy huesuda. Nunca me ha resultado cómoda, pero siempre ha estado ahí.

—¡Toma ya!

Esa noche se quedaron a cenar en el hospital. Normalmente cenábamos sándwiches, pero ese día papá compró pescado y patatas fritas para celebrar mi cumpleaños con todo el mundo, con los trabajadores y los pacientes. El comedor se llenó de crujidos de papel, y olía a sal y vinagre en todo el edificio.

Mamá desapareció un momento después de cenar, las luces se apagaron, y volvió con una tarta de chocolate y dieciocho velas encendidas. Me cantaron el cumpleaños feliz a coro y a grito pelado. Simon se sumó al coro.

Estaba allí, en las llamas de las velas.

Por supuesto que estaba en las llamas.

Una enfermera me cogió de la mano y me llevó corriendo al botiquín para meterme los dedos chamuscados debajo del grifo de agua fría. No me di cuenta de lo que hacía: sólo intentaba coger a mi hermano.

Volvieron a cambiarme la medicación. Más efectos secundarios. Más sedación. Simon se fue alejando poco a poco. Yo lo buscaba en las nubes de lluvia, en las hojas caídas y en las miradas de soslayo. Lo buscaba en los lugares en los que me había acostumbrado a encontrarlo. En el agua del grifo. En la sal derramada. En los espacios entre las palabras.

Al principio pensé si estaría enfadado conmigo, si se habría dado por vencido. Me daba mucha pena pensarlo. No sé quién de los dos dependía más del otro. Las semanas siguientes las pasé tumbado en la cama, escuchando fragmentos de conversaciones que llegaban desde la sala de enfermeros y entraban por la solapa de la puerta, y viendo cómo mi globo de helio se iba muriendo lentamente.

Lo peor de esta enfermedad no es lo que me hace creer o me empuja a hacer. No es el control que ejerce sobre mí, ni siquiera el control que les permite ejercer sobre mí a otras personas.

Lo peor de todo es lo egocéntrico que me he vuelto.

La enfermedad mental hace que la gente se repliegue hacia dentro. Eso me parece. Nos atrapa para siempre en nuestro dolor mental igual que atrapa la atención el dolor de una pierna rota o un corte en un dedo, absorbiéndonos hasta el punto en que la pierna sana o el dedo sano parecen dejar de existir.

Estoy atrapado en mi introspección. Prácticamente todos mis pensamientos giran en torno a mí mismo, como este relato: qué sentí, qué pensé, cómo reaccioné. ¿Sería eso lo que quería oír el doctor Clement?

Pero mi respuesta fue:

—No he hecho nada malo.

—Claro. Claro. Pero algunas personas están preocupadas por ti. ¿Por qué crees que se preocupan?

—No sé...

Una médico que estaba a mi lado cogió mi expediente, pero el doctor Clement la disuadió.

—Déjalo, Nicola. No hace falta que tomemos notas. Estamos aquí sólo para escuchar a Matthew.

Soltó el bolígrafo y se puso colorada. Los médicos tienen su jerarquía, y el doctor Clement está en lo más alto. Es mi psiquiatra. Lo que dice él va a misa.

—Quiero irme a casa —dije.

—¿Dónde vives? —preguntó Annabelle.

Me invitó a bajar a la playa con ella. No protesté. Había algo especial en su manera de mirarme, una expresión mitad resuelta, mitad suplicante. Y es posible que

me sintiera en deuda con ella.

Había dejado de llover y el viento se había calmado. Los guijarros crujían bajo nuestros pies mientras paseábamos por la playa, donde las olas oscuras y pequeñas se deshacían en espuma blanca.

—Vivo en Bristol. Tengo un apartamento. Bueno, no es que sea mío.

El mar parecía de seda negra. O de terciopelo. Siempre confundo las dos cosas. Lo que quiero decir es que estaba muy bonito. Tenía el mismo color que el cielo, y al mirar al horizonte no se distinguía bien dónde terminaba el mar y dónde empezaba el cielo.

Había una luna enorme. Y millones de estrellas salpicaban el cielo.

—Debe de ser bonito vivir aquí —dije.

—Vivo en una puñetera caravana, Matt. Con mi padre. No es bonito vivir aquí.

—Eso lo dices porque no has visto mi casa.

Se echó a reír. Yo no pretendía hacer un chiste, pero me gustó verla reír. Se reía mucho. Es de esas personas que dicen: «O te ríes o lloras».

Ella no lo dijo, pero me imagino que podría decirlo. Parecía muy buena persona. Supongo que alguien que se queda consolando a un desconocido que de pronto se pone a llorar por todo lo que no ha llorado en su vida tiene que ser muy buena persona. Era más que eso. Tenía algo especial, como si todo fuese importante, pero no hubiera nada tan importante que no pudiera aplazarse hasta haberte ofrecido otra taza de té o volver a preguntarte si tenías frío y decir que no había ningún problema en ir al camping para prestarte una sudadera de su padre. Y, además, siente mucho que lo estés pasando mal, lo siente de verdad. Pero todo se arreglará. Está segura.

Sabe lo que es la tristeza. Eso es. Se me ocurrió en el momento de escribirlo. Sabe lo que es la tristeza y eso la ha convertido en una buena persona.

—No tenía nombre —dijo.

Habíamos llegado al final de la playa y dimos la vuelta hacia las cabañas desperdigadas por la costa. Estábamos sentados en una barca de remos vuelta del revés, con las rodillas casi rozándose.

—No era mi muñeca favorita —añadió—. Si le hubiese puesto un nombre, habría sido muy distinto jugar con ella. Pero cuando nos viste, cuando viste el entierro, se llamaba Mami.

De eso sí se acordaba, porque todas sus muñecas se llamaban igual.

Si yo hubiese estado contando hasta cien el día anterior, tal vez la habría visto enterrando a una Barbie, o el anterior enterrando a un Furby o a un conejo de la granja de los Pin y Pon. Y todos se llamaban Mami.

—¡Joder! —dijo, escondiendo la cara entre las manos, a pesar de que estaba demasiado oscuro para ver que se había puesto colorada—. ¿Cómo era entonces?

La única diferencia con el día del entierro era lo que conservaba.

—¿Ese abrigo?

—Se supone que era un vestido.

Se sacó del bolsillo el trozo de tela amarillo, pero no me lo dio. Es extraño. Se fiaba de mí lo suficiente para estar allí sola conmigo, de noche. Pero sujetaba la tela de una manera curiosa, agarrándola con el puño. Comprendí que no me invitaba a cogerla.

—Lo hicimos juntas —dijo—, pero mamá me dejó ayudar un poco más de la cuenta y al final terminó siendo... Tienes razón, se parece más a un abrigo.

Aquel trozo de tela se había convertido en un fetiche. Sus amigos se burlaban de ella, porque lo llevaba a todas partes. Eso me contó. Está muy gastado en algunas zonas, de tanto frotarlo con los dedos mientras está leyendo o viendo la tele. Y está sucio. En realidad es más marrón que amarillo. Huele un poco. Se rio mucho mientras me lo contaba, y me dijo que nunca se había atrevido a meterlo en la lavadora, por miedo a que se deshiciera.

Todos estos detalles volvían la situación más real. No podía ser un trozo de la mantita de Simon, porque tenía su propia historia. Porque era de Annabelle.

—No tenía intención de conservarla tantos años —dijo, poniéndose seria de repente y mirándome a los ojos. Creo que no lo había pensado. Pero después de lo que pasó, cobró mayor sentido. Y supongo que en cierto modo fue por ti.

El doctor Clement le hizo un guiño a mi padre, como si le pidiera disculpas. Papá asintió con la cabeza, despacio.

—Vamos a hacerlo de otra manera —continuó el doctor Clement—. Me gustaría hacerte la pregunta más difícil.

Me sorprendí, instintivamente, dándole la mano a mamá. No porque yo necesitara consuelo, sino quizá para consolarla a ella. Mi plan de curación consiste en lo siguiente: maté a mi hermano cuando era pequeño, y ahora tengo que volver a matarlo. Me dan fármacos para envenenarlo y me hacen preguntas para asegurarse de que ha muerto.

El doctor Clement bajó la voz.

—Dime una cosa —dijo—. ¿Está Simon aquí, en esta habitación, con nosotros? ¿Sigue hablándote tu hermano?

Se abrió la puerta y el estudiante de enfermería entró brincando y se derramó el té en la mano.

—¡Huy! Aquí tienes, Matt. Perdona que haya tardado tanto.

—Gracias.

—No quedaba azúcar. He tenido que ir a buscarlo al almacén.

—Da igual, Tim.

Claire-o-puede-que-Anna le hizo señales para que se sentara.

Todos los presentes volvieron a mirarme. Debí de responder en voz muy baja,

porque el doctor Clement me pidió que hablase un poco más alto.

Alguien apagó el ventilador y las aspas ronronearon antes de detenerse.

Annabelle no quería que pasara lo que pasó.

Que yo la empujase y la tirase al suelo mientras enterraba a su muñeca, mientras intentaba hacer esa despedida, la despedida que ella creía que necesitaba.

No. No se refería a eso, porque no se acordaba. No tenía ningún recuerdo de que un niño la estuviese espiando, ni de cómo me gritó y me dijo que lo había estropeado todo.

Si te cuesta creerlo, piensa en tu propia vida, en cuando tenías ocho o nueve años. Mira a ver si los recuerdos que guardas son los que cabe esperar, o sin son fragmentos, momentos inconexos: un olor, una sensación. Las conversaciones y los lugares más improbables. A esa edad no elegimos lo que queremos recordar. En realidad no lo elegimos nunca.

Annabelle no se acuerda de eso, pero se acuerda de otras cosas, y es así como entre los dos estamos reuniendo las piezas de nuestro pasado. Es como un puzle al que le faltan algunas piezas, pero si conseguimos encajar la mayoría, sabremos qué corresponde a los huecos.

Una de las piezas de Annabelle es la del regreso de su muñeca a la tumba.

—Fue unas semanas después...

Annabelle dejó de interrumpirse. Dijo que hacía frío, que estaba calada hasta los huesos, que si no prefería ir a ponerme ropa seca.

—Yo estoy bien aquí —dije—. No tengo frío. ¿Y tú?

—No. Estoy bien. Me cuesta hablar de eso. No quiero que te disgustes. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? ¿No prefieres volver a casa?

No le había contado que mi casa era en esos momentos un psiquiátrico, pero no tardaría en hacerlo. Antes de que terminara la tarde, antes de verme sentado en la penumbra del autobús, con una sudadera seca, una manzana, una barrita de Snickers y un sándwich de queso. Antes de eso, se lo conté todo.

—Fue unas semanas después del accidente, ese trágico accidente de tu...

Simon no decía nada, pero estaba escuchando. Estaba en la playa. Estaba en las olas de la orilla. Estaba haciendo brillar los guijarros.

—¿Eso fue? —dije.

—¿Qué quieres decir?

—¿Fue así como lo llamó la gente? ¿Un accidente?

—Claro. Claro que sí. Tú crees que fue culpa tuya, ¿verdad?

—A veces. Últimamente casi siempre.

Negó con la cabeza.

—Mi padre también se sentía culpable. Por no haber puesto una barandilla, aunque tenía intención de hacerlo. Por no haber puesto un cartel. Por estar tan triste y

no ser capaz de hacer nada. Pero no fue culpa suya.

Y eso dijo el policía cuando fue a devolverle a Annabelle su muñeca en una bolsa de papel marrón. El policía de las gafas y el bigote frondoso entre pelirrojo y castaño. El mismo que me tomó declaración a mí. Era un viejo amigo de la familia. En realidad era más amigo de la madre de Annabelle. Habían sido compañeros de colegio. Había estado en su boda. Había estado en su entierro. Sabía que el padre de Annabelle lo estaba pasando muy mal, que bebía demasiado, que tenía muchas responsabilidades. Pasaba de vez en cuando con cualquier excusa para ver cómo estaba. Necesitaba excusas, porque el padre de Annabelle es de esos hombres que nunca pide ayuda.

Es como yo.

Y así, cuando la investigación de la muerte de Simon Homes concluyó con el veredicto de que todo había sido un trágico accidente, este amigo de la familia buscó una excusa y la encontró en la muñeca de trapo que hallaron en el acantilado. La que yo había puesto con mucho cuidado debajo de la cabeza de mi hermano, para que estuviera cómodo.

Fue una conclusión muy pobre, quizá. No. Lo fue definitivamente.

El policía no se paró a pensar que Annabelle podía entrar a saludar en cualquier momento. No se paró a pensar que nadie se quedaba un rato con ella a la hora de acostarse. Que nadie la bañaba. Que nadie le contaba un cuento. No pensó en nada. Pero a veces ocurre que todos los astros del universo conspiran para que ocurra algo bueno.

—Me quedé helada —dijo Annabelle.

Daba la impresión de que lo estaba reviviendo todo mientras me lo contaba. No apartaba la vista del mar, grande y negro, pero en ese rincón de su cabeza donde se forman las imágenes, Annabelle estaba en la recepción del camping. Su padre estaba hablando con el tío Mike, el policía. La conversación era forzada y torpe. Y encima del mostrador, con un brazo caído y la cabeza ladeada, mirando a Annabelle, estaba su muñeca muerta.

—¡Joder! No sé qué pensó que iba a hacer mi padre con ella. Lavarla y devolvérmela. Toma, aquí tienes a tu muñeca Bella-Boo. El tío Mike ha pensado que te gustaría recuperarla. Por cierto, ¡la han encontrado debajo del niño muerto! ¡Hay que joderse! Mierda. Lo siento. Lo siento mucho, Matt.

—No pasa nada —dije.

Y lo dije de verdad.

El doctor Clement intercambió una mirada con su compañera y los dos me miraron.

—No. No está —dije—. Simon no me está hablando. No está aquí. No está en la habitación. Murió hace mucho tiempo.

Mamá cogió un pañuelo de papel de encima de la mesa.

El doctor Clement carraspeó.

—Creo que has progresado mucho...

—¿Puedo irme a casa?

—Como digo, estás progresando mucho, pero estas cosas llevan su tiempo. Es mejor no precipitarse. Probaremos primero con breves salidas del hospital. Alguna tarde. Aún es pronto para que puedas estar solo en tu apartamento, pero...

—Puede quedarse con nosotros —dijo mamá—. Puede quedarse con nosotros. Nosotros cuidaremos de él.

—Si, ésa es una posibilidad.

No recuerdo mucho más de lo que pasó después. Me costaba seguir el hilo. Por eso no recuerdo cuándo empezó a hablar la mujer de los Servicios de Salud Mental. Tenía muchas ganas de trabajar conmigo, pero la cuestión no era quién cuidaría de mí, la cuestión era preparar el camino para que yo pudiera cuidar de mí mismo.

Así lo dijo.

Yo nunca sé qué contestar cuando la gente dice cosas así, cómo llenar el silencio expectante que sigue a esos comentarios.

—¿Cómo te llamas?

Sonrió.

—Soy Denise. Denise Lovell. Encantada de conocerte.

Me quedé un rato contemplando la planta enferma hasta que el doctor Clement miró su reloj y dijo que la reunión había sido muy provechosa.

Fue un poco brusco, porque cortó en seco a un hombre que seguía hablando con mucho entusiasmo de un Centro de Día donde había montones de grupos que me acogerían con los brazos abiertos.

—Perdona, Steve —dijo el doctor Clement—. Estoy pendiente de la hora.

—No tiene importancia. Me estaba enrollando más de la cuenta. Sólo añadido que el grupo de arte es muy popular. Me han dicho que dibujas muy bien, Matt. Ah, y pronto tendremos un ordenador, ¡por fin!

Me miró asintiendo con la cabeza y me hizo un guiño.

El policía se marchó con la muñeca y le hizo un gesto en silencio al padre de Annabelle, simulando que hablaba por teléfono y diciendo con los labios: «Te llamaré mañana, amigo».

Annabelle notó que sus pies se separaban del suelo.

Aterrizó en el regazo de su padre. Si cierra los ojos y se concentra, todavía siente la mano tibia de su padre en su mejilla llena de lágrimas y recuerda que él le apoyó la cabeza en su pecho. Todavía siente el borde de su corbata haciéndoles cosquillas en la nariz. Todavía oye la conversación que tuvieron.

No hablaron de muñecas. No hablaron del niño. De lo que hablaron largo y tendido, y por primera vez desde que ella murió, tres meses antes, fue de su mami.

Annabelle le contó a su padre que su mami le había repetido que lo sentía mucho cuando le explicó que tenía cáncer. Le había pedido perdón, como si fuera culpa suya, pero no lo era, ¿o sí? Y el papá de Annabelle le explicó que le pedía perdón por no poder quedarse con ella, por no estar allí para ayudarla cuando la vida se pusiera difícil. Porque la vida a veces es difícil. Pero podía contar con él, siempre, y siempre pensarían entre los dos qué habría dicho mami.

—Mami querría que siguieras leyéndome cuentos a la hora de acostarme —dijo Annabelle.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Y también querría que yo te obligara a comer verduras, de todas clases. Incluido el brócoli.

—No.

—¿No lo crees?

Annabelle se apretó contra la camisa de su padre y dijo que sí en voz baja.

—Sí, lo querría. Pero también querría que te quedaras a ver la clase de ballet en vez de irte al bar hasta que termino.

Si cierra los ojos y se concentra, todavía lo oye todo perfectamente.

—Creo que tienes razón. Creo que tienes razón.

Recuerda que se llevó el vestido amarillo de la muñeca a la barbilla y lo acarició con los dedos mientras hablaban.

El entierro había sido demasiado impactante y extraño. Y después de eso todo quedó vacío. Pero esa noche, sentada en las rodillas de su padre hasta muy tarde, porque los dos estaban de acuerdo en que mami no le pondría una hora de irse a la cama, empezaron a despedirse de ella.

—Fue un homenaje —dijo Annabelle.

Me sonrió. Había llorado un poco y tenía los ojos húmedos y brillantes, pero estaba sonriendo.

—Fue el principio para que todo empezase a mejorar —dijo.

Me levanté de la barca y noté que las piedras se desplazaban bajo mis botas.

—¿Estás bien? —preguntó Annabelle.

—¿Qué palabra has dicho?

—¿Cuándo?

—¿Cómo lo has llamado? ¿Homenaje?

—Eso me pareció.

—Suená bien.

—Estuvo bien. Muy bien.

—Tengo que irme, Annabelle.

El sol no se pone por el este, pero al ver la franja azul clara que se extendía sobre

el horizonte, parecía que estuviese a punto de salir.

Después de la reunión, mis padres me llevaron a la cafetería del hospital. Pidieron dos cafés y un chocolate con nata y virutas de chocolate.

—¿Puedo quedarme con vosotros? —pregunté.

—Siempre —dijo mamá.

—Quiero decir, cuando me dejen salir de aquí una tarde o lo que sea.

—Eso ha dicho el doctor Clement.

—Son buenas noticias, ¿no?

—Sí que lo son.

Nos quedamos callados, tomando nuestras bebidas. Una mujer con una redecilla en el pelo estaba limpiando las mesas. Alguien que estaba en la cola de la caja registradora tiró su bandeja y se quedó mirando el estropicio como si quisiera limpiarlo personalmente. Alguien anunció por megafonía algo de algo. La gente iba y venía. Estuvimos una eternidad sin decir nada. Hasta que rompí el silencio.

—Quiero hacer una cosa —dije.

—¿Qué?

—No ahora. El verano próximo.

—Falta mucho para eso —dijo papá.

—Ya lo sé. Pero ahora estoy demasiado... demasiado enfermo. Primero tengo que ponerme mejor. Eso lo sé.

Mamá dejó la taza encima de la mesa.

—Bueno, ¿qué es?

—No lo quiero decir. Pero tenéis que prometerme que puedo. Tenéis que prometerme que me lo permitís.

—Bueno...

—No. Necesito que confiéis en mí.

Papá se apoyó en la mesa y habló en voz baja.

—*Ami*. No es que no confiemos en ti, pero no podemos decir que sí sin...

Fue raro que ocurriera eso. Nunca me habría imaginado que mamá se llevaría los dedos a los labios para que papá dejara de poner reparos.

—Confiamos en ti —dijo—. Para lo que sea. Confiamos en ti.

recordatorio

Escribí las cartas de invitación donde estoy sentado ahora.

Fue lo primero que escribí en este ordenador, antes de que se me ocurriera escribir mi historia. Todavía las tengo guardadas, pero tuve que pedir ayuda a Steve para encontrarlas. Steve estaba un poco distraído. Todos lo están hoy. Eso sí, hay que reconocer que... dejaron las puertas abiertas hasta el final.

—Steve.

Hasta la puerta de la cocina estaba abierta. La terapeuta ocupacional había estado allí con un grupo de pacientes, haciendo una tarta de despedida.

—Steve. ¿Estás muy liado?

Estaba quitando carteles del tablón de anuncios.

—Hola, Matt. Perdona. Estaba en las nubes. ¿Qué tal vas?

—Bien. ¿Y tú?

—Bueno, ya sabes. Un poco agobiado. Montones de cajas.

—Si estás muy liado...

—No, no. ¿Qué quieres?

Le conté lo que quería y cogió una silla para sentarse a mi lado. Le dio la vuelta y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Eso fue el verano pasado, ¿verdad?

—Sí. Pero no te preocupes si...

—Podemos intentarlo.

Mientras buscaba carpetas y archivos, dijo que en la biblioteca pública también había ordenadores.

—Igual vale la pena que te hagas socio... si no lo eres. Podría estar bien —propuso—. Para que puedas seguir con...

Todas mis copias de impresora, todas mis páginas mecanografiadas están apiladas en un montón, al lado del teclado. Fue Jeanette, la encargada del grupo de arte, quien añadió mis dibujos. Esta mañana, cuando entré en la sala, Jeanette estaba recogiendo todo en silencio, despegando carteles de las paredes, guardando los pinceles en cajas. Pero dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la mesa, donde había ido dejando los dibujos y las pinturas que aún quedaban por allí.

Cuando llegué a la puerta, Jeanette estaba acariciando con el pulgar uno de los arcoíris de Patricia. No quería interrumpirla, pero me vio y me sonrió.

—¿Verdad que son maravillosos? Los tuyos también, Matt. Son maravillosos. Tienes que llevártelos a casa y conservarlos.

Es la primera vez que los veo todos juntos. Todos los textos y todos los dibujos. Steve señaló el montón y se detuvo cuando estaba a punto de acariciarlo como si fuera un cachorrito.

—No necesito los ordenadores de la biblioteca —dije—. Hoy mismo termino.

Hasta a mí me sorprendió la seguridad con que lo dije. Pero estoy seguro. Tengo una hora por delante, y a estas alturas tecleo muy deprisa. La recepcionista dice que ya la he superado. No es verdad, pero creo que me falta poco. Además, fue muy amable al decir eso.

—Ah. Aquí están —dijo Steve—. 18 de julio. ¿Te suena?

—Son cartas.

Hizo doble clic en el archivo y las cartas se desplegaron en la pantalla. Me asusté un poco y sentí que me deslizaba por el hilo del tiempo.

—¿Es lo que buscabas? —preguntó Steve.

Patricia pasó por detrás de nosotros con su top de leopardo y unos leggings de lycra. Llevaba un cuenco de patatas fritas en una mano y otro de cacahuets en la otra. Alguien la seguía con un plato de hojaldres de salchicha.

Creo que eso también me asustó un poco.

—¿Es lo que buscabas, Matt? —repitió Steve.

—Sí. Eso es. Gracias, Steve.

18 de julio de 2009

Querida tía Mel:

Espero que estés bien y disfrutando del verano. Espero que el tío Brian también esté bien, y Peter y Sam. Esta carta es para todos. A Aaron le escribiré personalmente a Londres.

Gracias por las postales que me habéis enviado al hospital. Sé que he tardado mucho en daros las gracias, y lo siento de verdad. Pero vamos al grano. ¿Sabías que están a punto de cumplirse diez años de la muerte de Simon? El accidente ocurrió el 15 de agosto de 1999. He decidido hacerle un homenaje el próximo 15 de agosto.

Lo he preparado todo yo. El homenaje será en Bristol, en el Beavers y Brownies, cerca de casa de papá y mamá. Primero pensé hacerlo en el salón de actos de la iglesia, pero a Simon la iglesia le aburría mucho. Además, no sé si te acuerdas de que lo celebramos en el Beavers y Brownies cuando Simon cumplió diez años y lo pasamos muy bien.

El homenaje será a las 12.00 h. Espero que podáis venir.

Con cariño,
Matt

18 de julio de 2009

Queridos Aaron y Jenny:

Espero que estéis bien y disfrutando del verano. La abuela Noo dice que en Londres hace más calor, por culpa del tráfico. Aquí también hace calor.

Soy Matt, por cierto. El primo de Aaron. Ya sé que no escribo nunca, así que empezaré por daros las gracias por las tarjetas que me enviáis siempre por Navidad. Yo soy un desastre para esas cosas.

Aaron, ¿sabías que pronto hará diez años de la muerte de Simon? Le estoy preparando un homenaje en el Beavers y Brownies, cerca de casa de mis padres, el 15 de agosto a las 12.00 h. Sé que estás muy ocupado con tu nuevo trabajo en el banco, pero como cae en sábado, espero que podáis venir. Podéis quedaros en mi apartamento si no tenéis otro sitio.

Espero veros allí,
Matt

PS: Jenny, sé que tú no llegaste a conocer a Simon, pero estoy seguro de que te habría caído genial, así que, por favor, ven tú también si quieres. Perdona si no he escrito tu nombre bien. No sé si te llamas Jenny o Gemma. Por favor, discúlpame si me equivoco. No es por poner excusas, es que soy esquizofrénico.

18 de julio de 2009

Querida tía Jacqueline:

Soy Matthew Homes. Tu sobrino. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y sé que es porque no te llevas demasiado bien con mamá. A mí a veces me pasa lo mismo, así que lo comprendo.

Quería invitarte al homenaje de mi hermano Simon, porque pronto se cumplirán diez años de su muerte. Será en el Brownies y Beavers, cerca de casa de mamá y papá, el 15 de agosto, a las 12.00 h. Ya he alquilado el local.

Espero que vengas. Sé que fumas mucho, y yo también. Podremos hacernos compañía.

Matt

18 de julio de 2009

Querido abuelo y querida abuela Noo:

Abuela, quería contártelo cuando vinieras a verme el próximo jueves, pero he pensado que te gustaría recibir la invitación por correo, igual que los demás.

¿Sabéis qué he hecho? La semana pasada busqué el teléfono de Brownies, el que está al lado de casa de mamá y papá, y he reservado el local para el 15 de agosto.

He decidido organizar un homenaje. Yo no sabía qué era un homenaje, pero ¿os acordáis de lo que os conté de Annabelle? ¿De que ella había hecho algo parecido para su madre? Eso me dio que pensar. Le di muchas vueltas. Y creo que nosotros también deberíamos hacerlo. Llevo mucho tiempo planeándolo. No hace falta, pero si quieres ayudarme a preparar los sándwiches y esas cosas, abuela, te lo agradeceré. Aunque ya digo que no hace falta. Te espero el jueves. Hasta pronto, abuelo... Espero que estés mejor de la tos.

Con cariño
Matt

18 de julio de 2009

Queridos papá y mamá:

El año pasado, en el hospital, os dije que quería hacer una cosa este verano. No os dije qué era, pero dijisteis que confiabais en mí de todos modos.

Nunca os di las gracias. Así que gracias.

El 15 de agosto celebraremos un homenaje a Simon. He invitado a toda la familia. Mejor dicho, voy a invitarlos, pero necesito que me deis la dirección de todos. Ya he escrito las cartas de invitación y he comprado los sobres y los sellos. También he reservado el local de Brownies y Beavers para las 12.00 h. Yo llevaré la comida.

Espero que comprendáis que esto tenía que hacerlo solo. Necesitaba hacer algo por él, porque vosotros ya hicisteis un montón de cosas... pero yo no.

Con cariño
Matt

Toc.

Toctoc.

Claro, claro, ha venido a ayudar.

—No hacía falta que trajeras nada, abuela.

—Tonterías. Son sólo cuatro cosillas de nada. No es justo que lo compres tú todo.

Me alegré mucho de verla. No había dormido bien. No había que preparar demasiadas cosas, pero cuando llegó el día me puse muy nervioso. La abuela entró en la cocina y vio la torre de sándwiches de jamón cortados a toda prisa y amontonados en la encimera.

—Perfecto —dijo—. Ya casi has terminado. ¿Te has acordado de que la tía Jacky es vegetariana?

—¿Ah, sí?

La abuela sonrió y me dio un empujón con la cadera.

—Has hecho una barbaridad. Déjame seguir a mí. Tú ve a lavarte y a vestirte.

Cuando salí de la ducha, los sándwiches estaban cortados en triángulos y colocados en una bandeja, y la abuela estaba arrodillada delante del horno, comprobando los hojaldres de salchicha.

—Justo a tiempo —dijo—. Ayúdame. Tengo las rodillas hechas polvo. No tardaré en estar tan mal como tu abuelo.

La ayudé a incorporarse.

—He comprado algunos aperitivos —dije—. ¿Los pongo en unos cuencos?

—Eso mejor lo hacemos allí, cielo. Estarán más frescos en los paquetes.

—Sí, perdona. Estoy un poco... quiero que salga todo perfecto.

La abuela Noo no contestó al momento. Encendió un cigarrillo mentolado del paquete secreto que guardaba en el cajón de mi cocina y echó el humo por la ventana. Se fumó sólo la mitad y lo apagó. Después me acarició la mejilla y me besó en la frente.

—No hace falta que sea perfecto —dijo al fin—. Ya es maravilloso.

—Gracias, abuela.

Golpeó suavemente la encimera.

—Ya puedes empezar a bajar todo esto al coche. Yo no puedo subir y bajar escaleras. No con estas rodillas.

—Gracias.

No fue perfecto.

Hubo cosas que no pensé bien. Empezando por el Beavers y Brownies. Es más grande de lo que recordaba, y no éramos muchos.

El dueño nos recibió a la abuela y mí en el aparcamiento, para darnos las llaves, nos explicó que era muy importante no bloquear las salidas de incendios, porque ya

habían tenido problemas por eso, y nos dijo que seguramente no dejarían ensayar al grupo de teatro amateur el verano siguiente porque arañaban el suelo con esas botas de suelas negras, y nos enseñó a abrir y cerrar las ventanas de arriba con una pértiga, y otro puñado de cosas a las que no presté atención; nos preguntó cuántos éramos y me miró como si hubiera cometido un error.

Aaron y Jenny no pudieron venir. Se disculparon a través de la tía Mel: lo sentían mucho, pero que se casaba un amigo y Aaron era el padrino. Aunque les era imposible venir, nos tendrían muy presentes y esperaban vernos a todos pronto.

La tía Mel sí vino, con mi primo menor, Sam. El tío Brian tenía trabajo y Peter se iba de excursión el fin de semana con los del premio Duque de Edimburgo.

—Si no iba —explicó la tía Mel con un susurro—, perdía la medalla de plata.

—Claro, claro —contestó mi madre, susurrando también—. Bueno, tendrá un tiempo estupendo para la excursión, ¿verdad? Si hace tan buen día como aquí. Casi demasiado calor para andar por el monte.

—Un día maravilloso, ¿verdad? Aunque el pronóstico dice que mañana podría cambiar.

Estábamos alrededor de una mesa larga, donde la abuela me había ayudado a colocar la comida y los refrescos. Detrás había un pequeño círculo de sillas que yo había preparado, y detrás otras cincuenta, apiladas en la pared del fondo.

—No te he preguntado por el viaje, Mel —dijo papá. Aunque seguro que sí le había preguntado, porque la tía Mel había pasado por casa de mis padres para refrescarse después del viaje. Y, conociendo a mi padre, seguro que era lo primero que le había preguntado.

—No ha estado mal, Richard. Gracias —dijo la tía Mel volviéndose a Sam—. ¿Verdad, cariño?

Sam se encogió de hombros y se metió un hojaldre de salchicha en la boca, y la tía Mel siguió diciendo:

—Encontramos un poco de tráfico llegando a...

—La M4 —interrumpió papá, asintiendo enérgicamente—. Seguro. Lo preguntaba porque dijiste que no habías tenido tiempo de parar en el área de servicio.

—Ah, sí. Sí. Pero da igual. Los precios se han puesto por las nubes, ¿verdad? No sé dónde he leído que iban a hacer una ley para regularlos.

—Es que es un mercado cautivo —dijo papá—. Es increíble que cobren cinco libras por una tostada de queso.

—Y lo demás —dijo mamá.

—Y lo demás —dijo papá.

¿Vienes a tomar la tarta, Matt?

Era la estudiante de trabajo social, la de los pendientes de oro. Cotilleó un

momento por encima de mi hombro mientras pasaba dando saltos.

La conversación será igual de forzada aquí.

—Bueno... Voy dentro de un rato —le dije—. Ya casi estoy terminando.

Es difícil concentrarse hoy, con tanto ajeteo.

A nadie le importaban los precios de las áreas de servicio de las autopistas. Nadie quería tener esa conversación.

No es fácil saber por dónde empezar, porque no somos como esas familias que salen en EastEnders, que sólo hablan de cosas importantes. Somos de esas familias que en general hablan poco, y cuando hablan, no hablan de nada en realidad.

La conversación se apagó y sólo se oía el tictac del reloj, hasta que mamá decidió hablar con Jacqueline.

—¿Tienes algún plan para estos últimos días del verano?

En la época en que vi a la tía Jacqueline por última vez, siempre iba vestida de negro, con los labios pintados de negro, y siempre tenía un cigarrillo en la boca. Ahora llevaba un vestido de colores y un fular rosa y había dejado de fumar.

—¿Perdona? —dijo la tía Jacqueline.

Mamá se estaba comiendo un trozo de sándwich y se pasó siglos masticando antes de tragarlo.

—Lo siento. Te preguntaba si tienes algún plan para estos últimos días del verano.

—Puede que volvamos a irnos —contestó la tía Jacqueline muy contenta, cogiendo del brazo a su nuevo novio, que estaba mirando los cuencos de aperitivos.

—¡Qué bien! —dijo mamá.

—Pero aún no lo hemos decidido, ¿verdad?

—¿Hum? No, no.

El novio era muy alto y muy delgado, y llevaba unos vaqueros cortos y unas sandalias. Tenía el pelo largo y blanco, recogido en una coleta, y una barba blanca y desaliñada. Era vegano.

La abuela Noo tenía motivos para tirarse de los pelos, pues fue ella quien insistió en que hiciésemos los sándwiches con mantequilla en vez de margarina, y el novio de la tía Jacqueline sólo podía tomar aperitivos. Pero eso también era un problema, porque él no tomaba patatas fritas con sabor a carne y cebolla, y no contento con eso nos dio una conferencia, en voz baja, sobre los conflictos morales que le causaban los alimentos aromatizados con sabor animal, aunque no contuviesen ningún rastro de animal.

Mamá me miró y puso los ojos en blanco.

—¿Dónde hay un lavabo? —preguntó Sam.

—Ahí mismo —señaló la abuela Noo.

Nos sentamos todos con los platos de papel en las rodillas y oímos la sonora

meada de Sam a través de la puerta del lavabo, que era muy fina.

No fue perfecto, pero daba igual, porque lo importante no eran los sándwiches, ni el enorme vacío que rodeaba nuestro pequeño círculo de sillas. Nos costó un poco arrancar, pero al final la abuela Noo lo hizo muy bien. Fue maravilloso.

—¡Qué buen chico era!

El abuelo se aflojó la corbata y se desabrochó el botón de la camisa. Se había puesto una camisa blanca, pero tenía las uñas negras, porque había estado un rato en el huerto esa mañana. Me pareció muy valiente que fuese el primero en hablar. El abuelo es muy introvertido, y por eso no es fácil conocerlo. Pero si algo he aprendido de la gente, es que siempre puede sorprenderte.

Mi abuelo no era un hombre delicado.

—Iluminaba la habitación con su presencia —dijo.

No estoy leyendo entre líneas. No intento buscar significados ocultos. Y si entonces lo hice, creo que no fui el único. En ese preciso instante, el sol se derramó por las ventanas. Habíamos dejado abierta la salida de incendios para que corriese el aire, y con el sol entró una brisa suave, agradable y fresca que nos envolvió de pronto en un remolino de millones de partículas de polvo dorado.

Nos quedamos todos sobrecogidos. La abuela Noo le apretó la mano a la tía Mel. La tía Jacqueline movió los dedos por el aire, muy despacio. A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas.

El abuelo no se enteró de nada.

—Eso sí, a impaciencia no había quien lo ganase. ¿Esperó a que se secara el pegamento antes de pintar ese avión? ¿Os acordáis? ¿El Sopwith Camel? ¡Ni hablar!

—¿Yo estaba? —preguntó Sam de repente. Al principio parecía un poco aburrido, repanchingado en la silla y pellizcándose el cuello. Pero entonces se inclinó hacia delante, arañando con las patas de la silla el suelo de madera reluciente—. Creo que sí estaba. Y Peter y Aaron también estaban. Me acuerdo de que nos ayudaste a montar el Airfix. ¿El Sopwith es ese que tiene dos pares de alas?

—Se llama biplano —dijo el abuelo.

—Sí. ¡Sí! Simon quería pintar el mío también. Quería pintarle una cara. Me acuerdo. ¡Joder! ¡Cuánto tiempo ha pasado!

—Ese lenguaje —protestó la tía Mel—. Este hijo mío es tremendo. —No estaba enfadada de verdad. Le alborotó el pelo con los dedos, y se notaba que no estaba enfadada.

Mamá nos miró al abuelo y a mí con una sonrisa enorme y una lágrima en el rabillo del ojo.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos en los lagos, papá? ¿Cuándo solo te dejaba a ti que lo ayudases con el orinal? —dijo.

—Eso fue muy gracioso, fue muy gracioso —asintió la abuela Noo.

Y entonces mamá hizo algo que yo no le había visto hacer nunca. Imitó a Simon: «¡Quiero que el abuelo me limpie el culito, mamá! ¡Tú no, el abuelo!».

El abuelo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, enseñando hasta los dientes de oro que tenía en la parte de atrás.

—¡Tuve mucha suerte en aquel viaje!

El Beavers y Brownies no parecía tan grande al final: los recuerdos casi no cabían en él. Pasamos a recordar las vacaciones, y la fiesta de Navidad en el colegio, cuando Simon hacía de posadero y decidió que sí había sitio para María y José. Y de ahí nos fuimos al Museo de la Ciencia de Bristol, donde vimos cómo se congelaba nuestra sombra en un papel que brillaba en la oscuridad. Trepamos por el árbol más peligroso del jardín, el que tenía un clavo oxidado, y tuvimos que ponernos la antitetánica. Hicimos cola para subir al Tren Fantasma, tres veces seguidas, muertos de miedo cuando ya nos iba a tocar. Pisoteamos las hojas de otoño en el arboreto, esa vez que Simon desapareció una hora entera y mamá estaba desesperada, pero Simon ni siquiera sabía que se había perdido, y lo encontramos tan contento, enseñando a decir la hora a una divertida pareja de ancianos, diciéndoles que a lo mejor necesitaba un poco de ayuda, pero sólo si la pedía.

La verdad es que yo no participé mucho en la conversación. No tenía tantos recuerdos para compartir. No tenía recuerdos completos, con principios, partes intermedias y finales. Era muy pequeño cuando conocí a mi hermano mayor, y no elegimos los recuerdos que conservamos.

Lo que hice en el homenaje fue escuchar.

La risa, el llanto y la quietud y el silencio que dejaban a continuación.

Quiero terminar mi relato aquí, porque es el momento del que me siento más orgulloso.

Pero esto no es el final.

Esta historia no tiene un final. Lo cierto es que no. ¿Cómo puede tenerlo si sigo aquí, si todavía la estoy viviendo? Cuando termine de imprimir estas últimas páginas, apagaré el ordenador, y hoy mismo vendrán unos hombres con cajas a llevárselo todo. Las luces del Centro de Día de Hope Road se apagarán por última vez, aunque con el tiempo otro centro de día volverá a abrirse y a cerrarse, y otro, y siempre habrá una Enfermera Tal y una Enfermero Cual, un *Clic-Clic-Guiño* y una Claire-o-puede-que-Anna.

Te he contado mi primera etapa en un hospital, pero desde entonces he vuelto más veces. Y sé que volveré en el futuro. Nos movemos en círculos, esta enfermedad y yo. Somos electrones orbitando alrededor de un núcleo.

El plan siempre es el mismo: me dan el alta y paso un par de semanas con mis padres, hasta que me adapto. A mamá le gustaría que volviese a tener nueve años, que pudiéramos construir una cabaña en el cuarto de estar y escondernos allí para

siempre. Papá se lo toma en serio. Sigue haciendo conmigo ese saludo especial y me habla como a un hombre. Cada cual me ayuda a su manera. Los primeros días son los más difíciles. El silencio es un problema. Me he acostumbrado a las rondas cada hora, a que alguien levante la solapa de la puerta para vigilarme, a oír retazos de conversación que llegan desde la sala de los enfermeros. Me he acostumbrado a que Simon ande cerca de mí. Lleva tiempo adaptarse cuando aparece y lleva tiempo adaptarse cuando desaparece.

Podría seguir contando cosas, pero ya sabes cómo soy. La tinta de la cinta de mi máquina de escribir se está secando. El centro cierra sus puertas. Ya he escrito lo suficiente para que cualquiera saque sus propias conclusiones.

Así que voy a juntar estas páginas con las demás y a olvidarme de ellas. Escribir sobre el pasado es un modo de revivirlo, un modo de ver cómo vuelve a desplegarse. Ponemos los recuerdos en un papel para saber que siempre existirán. Pero esta historia nunca ha querido atesorar un recuerdo sino buscar la manera de dejarlo marchar. No sé cómo termina, pero sí sé lo que ocurre a continuación. Recorro el pasillo hacia el ruido de una fiesta de despedida, pero no me sumaré a la fiesta. Torceré a la izquierda, luego a la derecha y empujaré la puerta principal con las dos manos.

Hoy no tengo nada más que decir.

Es un comienzo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis padres y a mi hermana, que estarán muy orgullosos de ver este libro en las estanterías. Soy muy afortunado por tener una familia que me apoya tanto.

Doy las gracias a todos los que han leído el libro y me han dado su opinión. No ha sido un sacrificio pequeño el que han hecho. Ahora sé —lo he aprendido— cómo llega a existir una novela. Gracias, Kev Hawkins y Hazel Ryder, por leer los primeros borradores y animarme con palabras que nunca podré olvidar. Gracias, Tanya Atapattu, por tantas cosas, pero sobre todo por cómo me apoyaste cuando más lo necesitaba. Gracias, Phil Bambridge, por tu generosa ayuda y tu lección de ciencia con el capítulo titulado Pródromo.

Gracias, Emma Anderson, por tus incisivos comentarios y tus consejos siempre útiles.

Terminé el primer borrador de esta novela en el Máster de Escritura Creativa de la Universidad de Bath. Gracias de nuevo a mis padres, por su apoyo económico en esa época, y también a mi compañera de piso, Samantha Barron, por soportar conmigo todas las vicisitudes de mis estudios. Gracias a mi tutora en esta novela, Tricia Wastvedt, y a tantos otros profesores y compañeros como Samantha Harvey, Gerard Woodward, John Jennings y Nick Stott.

Gracias, Ellie Gee, por ayudarme con los dibujos de Matthew. Y gracias a la artista Charlotte Farmer, que les ha dado vida en estas páginas.

Tengo una deuda enorme con mi agente literaria, Sophie Lambert (de Tibor Jones & Associates), por sus valiosas observaciones sobre lo escrito y tantas otras cosas. Y gracias a Louisa Joyner y a su maravilloso equipo.

Por último, y sobre todo, gracias a Emily Parker. Por infinitas razones, a ti va dedicada esta novela.